

Un extraño

Terry McLaughlin



Un extraño (2008)

Título original: A perfect stranger (2008)

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Romance 4

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Nick Martelli y Sydney Gordon

ARGUMENTO:

¿Qué debía hacer, casarse con el hombre perfecto... o enamorarse del perfecto desconocido?

El carismático **Nick Martelli** era todo atractivo y magnetismo animal. Desgraciadamente, no era el hombre con el que **Sydney Gordon** estaba prácticamente comprometida, el mismo que estaba esperando que volviera de Europa para aceptar su proposición de matrimonio.

Desde luego, Nick no era lo que Sydney entendía por un marido ideal. Ella buscaba un hombre estable que la ayudara a controlar su impulsiva naturaleza... o quizá no fuera eso lo que necesitaba.

CAPÍTULO 01

Sydney Gordon miró el anillo de compromiso que destellaba a la luz de las velas y se preguntó qué decir. Qué hacer.

Qué sentir.

Una cosa que no debería estar sintiendo era pánico. Ninguna mujer en su sano juicio reaccionaría con opresión en el pecho y golpeteo de sangre en las sienes a una propuesta del dulce, estable y guapo Henry Barlow, un abogado con una preciosa casa nueva, una buena cartera de acciones y muchas posibilidades de convertirse en socio de un bufete de abogados en Truckee, California, antes de que acabara el año.

Así que debía de estar volviéndose loca.

La prueba de ello burbujeaba en su interior, junto con el champaña de su copa ya casi vacía: ese mismo y chispeante impulso autodestructivo que la había llevado de un desastre a otro durante los últimos cuatro años, desde que su padre falleció y le dejó una inesperada póliza de seguros y la posibilidad de quemar dinero a su gusto. De abandonar su trabajo de pos graduado en Educación y probar el arte dramático. De lanzarse a una aventura con un actor y asistir a un festival regional dedicado a Shakespeare. De representar el papel de una infame seductora en escena, mientras pisoteaban su corazón entre bastidores. De añadir varias canas más al repeinado cabello de su madre. De ser engañada, traicionada, abandonada, desilusionada y casi desheredada, aunque no necesariamente en ese orden.

—¿Te gusta? —preguntó Henry.

—¿El anillo? —Sydney se bebió el resto de su champaña y le dedicó una sonrisa radiante. —Es precioso. Absolutamente perfecto.

Henry nunca la desilusionaría. Sólo había que ver lo cuidadosamente que había preparado el momento: el crepúsculo sobre el lago Tahoe desde la ventana del restaurante, la botella de champaña en hielo, el trío de jazz tocando la sentimental melodía que les había solicitado.

Y el fabuloso anillo: un diamante talla esmeralda de un quilate, con cuatro diamantes talla baguette engastados en una banda de platino. Lo sabía porque Henry acababa de darle una charla explicando la importancia de la talla, la transparencia y algo más que ya había olvidado.

Se mordió el labio, intentando recordar. No sirvió de nada. Fuera lo que fuera. lo había olvidado.

—Me gustaría que lo llevaras puesto mientras estés fuera —dijo él.

—¿Fuera? —ella parpadeó. —Ah, el tour. Hum...

Él puso una mano firme y cálida sobre la suya.

Ella esperó que la suya no pareciera húmeda y flácida en comparación.

—Te echaré de menos —dijo él.

—Sólo estaré en Europa un par de semanas.

Dos semanas... No era mucho tiempo para borrar cualquier atisbo de desconfianza que hubieran provocado sus pequeños fallos como profesora sustituta y dar imagen de educadora responsable y organizada. Dos semanas como monitora de un grupo de

alumnos de instituto durante un tour por Inglaterra y Francia, con el objetivo de dar una impresión excelente al equipo directivo del instituto Sierra Norte y conseguir un puesto a tiempo completo en el departamento de Lengua Inglesa. Tener éxito personal, por fin.

Henry apretó sus dedos con suavidad y ella comprendió que se había perdido en sus pensamientos. Volvió a sonreír y se recordó que debía dar gracias por haber encontrado un hombre como ése, un hombre que se había preocupado de organizar hasta el último detalle de ese momento romántico. Un hombre que la ayudaría a apagar su impulso de ser... en fin, impulsiva.

En Henry no había nada de impulsividad. Sólo había que observarlo: el ligero ajuste de la elegante corbata de seda, la sonrisa segura mientras rellenaba su copa de champaña. Henry era tan... tan...

Perfecto.

La perfección en si no era un problema. Su madre, por ejemplo, aprobaba a Henry y se lo recordaba a Sydney con frecuencia, cuando no estaba recordándole lo cerca que estaba su trigésimo cumpleaños. Últimamente, su madre tenía fijación con el cumpleaños de Sydney; era como si la idoneidad de Henry y el estado civil de casada se hubieran alineado cósmicamente.

Pobre Meredith Gordon. La madre de Sydney había pasado la mayor parte de su vida adulta poniendo parches a la situación financiera de la familia, después de que cada invento de su marido y su subsiguiente intento de comercialización acabaran con la mayoría de sus ahorros. Seguramente veía a Henry como la pareja perfecta para una hija que tenía tendencia a seguir el ejemplo excéntrico y errático de su padre.

No, el problema no era la perfección de Henry. El problema era que Henry era... bueno, él... lo cierto era que Henry era tan...

Persistente.

Eso: era persistente. Y últimamente su persistencia para fijar una fecha de boda había estado chirriando contra la ambivalencia de Sydney como uñas en una pizarra. Miró los dedos de la mano que Henry no sujetaba, tamborileaban sobre el mantel; los curvó y formó un educado y silencioso puño.

Sin embargo, la persistencia de Henry podía considerarse una cualidad admirable, incluso un punto a su favor. Agarró la copa para tomar otro sorbo, aliviada por haber encontrado algo que poner en la columna de puntos positivos de Henry.

Punto dos: sentido de la oportunidad. El de Henry era excelente. Sólo había que ver cómo había programado su declaración para la velada anterior a su viaje. Y era muy dulce por su parte entregarle el anillo para que lo llevara puesto y pensara en él mientras estaba a miles de kilómetros.

Si encontraba algunos puntos más para su lista de *Razones para casarse con Henry*, antes de que él acabara su conferencia... ejem, su declaración...

Declaración. Santo cielo, estaba volviendo a divagar. Casi se había perdido las bellas palabras que salían de sus perfectos labios arqueados sobre una mandíbula perfectamente cuadrada. Sonrió con tanta fuerza, con tanto aprecio, que uno de sus párpados empezó a temblar.

Había hablado de matrimonio antes, pero nunca con tanta formalidad. Con un carácter tan definitivo.

Tan inevitable.

Y era inevitable que dijera que sí, por supuesto. Casarse con Henry tenía mucho sentido. Se complementaban el uno al otro sorprendentemente bien, eran una pareja perfecta, en muchos sentidos.

El tic nervioso de su ojo se intensificó y deseó que Henry no lo viera y adivinase la tormenta de demencia que estaba desatando en ella el pánico.

«No, no», se dijo, luchando contra su ambivalencia. «No, no», pensó, mientras contenía la respiración para estrangular un insensato impulso; hasta que abrió la boca y, como un golpe de viento, dejó escapar la palabra que ninguno de los dos quería oír.

—No.

—¿No?

—¡No! Quiero decir... no que no —Sydney se puso el dedo en el rabillo del ojo e intentó buscar una salida del barrizal provocado por su último impulso. —Lo que quiero decir es...

Henry le dio una tranquilizadora palmadita en la mano antes de retirar la suya.

—Está bien. No hace falta que me expliques lo que quieres decir.

—¿No hace falta?

—Los dos sabemos lo que queremos —dijo él. —Eso es lo único que importa.

—Tienes razón —suspiró con alivio. Henry casi siempre tenía razón.

Él cerró la tapa de la cajita de terciopelo que contenía el anillo y volvió a metérsela al bolsillo.

—Esto te estará esperando cuando regreses —dijo con una sonrisa tranquilizadora. —Igual que yo.

Sydney acabó su segunda copa de champaña, echando más burbujas sobre las que sentía por dentro.

Al menos el tic del ojo había parado.

Nick Martelli apoyó un hombro en un edificio de piedra caliza, en el barrio de Bloomsbury, Londres, y se asomó tras una esquina. A una manzana, un mini bus del aeropuerto se detuvo ante su hotel.

Utilizando sus agudas dotes de observación, Jack Brogan, investigador de primera, registró en su memoria cada detalle de la escena de un solo vistazo: la limusina que se detenía ante la entrada del casino, el revelador bulto de una pistola semiautomática en el uniforme del portero, la silueta del cañón de un revólver emergiendo del oscuro callejón cercano...

Nick estrechó los ojos y se preguntó a qué personaje ficticio podría estar apuntando la segunda arma e hizo una mueca. Alzó una mano y palpó cuidadosamente un hinchado y amoratado pómulo, recuerdo de su primera, y última, operación de vigilancia con un detective privado. Había métodos más fáciles y sencillos de recoger ideas para la novela que estaba escribiendo.

Métodos como ese viaje a Europa.

Miró su reloj. Era más tarde de lo que pensaba, su hermano debía de haber llegado ya del aeropuerto y estaría en el hotel. Joe era acompañante de media docena de alumnos de un instituto de Filadelfia que hacían el tour Dos Ciudades, y Nick se había ofrecido a acompañarlo. Una de sus cosas favoritas era pasar tiempo con Joe, y hacía años que no compartían una aventura.

Se metió las manos en los bolsillos y fue hacia la entrada del hotel, deteniéndose en la esquina hasta que fuera posible cruzar. El conductor bajó del minibus, abrió un compartimiento y descargó el equipaje de los adolescentes y adultos de aspecto cansado que bajaron del autobús para recogerlo.

Unos minutos después, una maleta grande seguía en la acera, sin dueño. El conductor arrugó la frente, la miró, sacó un cigarrillo del bolsillo y fue detrás del autobús a fumar.

Jack reconoció al conductor que había bajado del vehículo negro como la noche: un doble agente al que había seguido en Trieste, un hombre que había roto el cuello a un amigo suyo por orden de un traidor, un hombre que sin duda volvería a matar sin remordimientos. Ningún transeúnte habría notado la sutil seña que intercambiaron los dos hombres que había junto a la entrada, pero Jack tenía una destreza especial para detectar el más mínimo subterfugio.

El agente abrió la puerta trasera de la limusina y extendió una mano enguantada hacia la única persona que ocupaba el vehículo. Una pierna larga y esbelta, terminada en un zapato de tacón de aguja, descendió lentamente a la acera y un vestido rojo fuego de lentejuelas ascendió seductora mente por un torneado muslo. El delicioso muslo pertenecía a una deslumbrante rubia...

O mejor una deslumbrante pelirroja.

No, una rubia.

Nick frunció el labio partido y gimió en vez de silbar con admiración, como había pretendido. Deseó que la deslumbrante mujer de cabello rubio rojizo que acababa de bajar del minibus fuera miembro del grupo del tour Dos Ciudades.

Ella hizo una pausa para subirse al hombro la correa de un abultado bolso y después lo golpeó contra el costado del autobús cuando se volvía para recoger el bolso de viaje que había dejado en el escalón. El bolso se enganchó en la puerta del autobús y dio un tirón. No sirvió de nada... seguía encajado.

Una fémina en apuros necesitaba ayuda. Una atractiva fémina sin anillos en las manos. Una oportunidad para hacer una presentación informal que podría llevar a varios otros sucesos informales.

El tráfico se detuvo. Los labios de Nick se curvaron con una media son lisa y bajó de la acera. Sus dotes de observación tampoco estaban nada mal.

Sydney tomó aire y volvió a intentar soltar su bolso de viaje de la puerta del autobús. Le dolían los pies y le rugía el estómago, el pelo que se había salido del pasador cosquilleaba sus mejillas o se le pegaba a la frente y sospechaba que su desodorante se había rendido mientras sobrevolaban el Atlántico. No tenía intención de comprobarlo.

Alguien le dio un golpecito en la espalda. Miró por encima del hombro y vio un desastre de cara, unos rasgos magullados que se contorsionaban con una demoníaca versión de una sonrisa. Lo que quiera que dijera el desconocido quedó apagado por el estridente claxon de un coche que pasaba, así que se limitó a hacer un ruidito apagado y asentir con la cabeza mientras intentaba procesar lo que estaba ocurriendo.

Un robo.

El se inclinó por delante de ella para agarrar la bolsa y desencajarla de la puerta. Ella agarró la etiqueta que colgaba de la cremallera y tiró con fuerza, intentando recuperarla. Un error táctico. Productos cosméticos y lencería salieron disparados y cayeron sobre el pavimento de Tottenham Court Road.

Él se alzaba ante su ropa íntima, con el pelo negro agitándose frente a su barba de dos días. El blanco sorprendente de su sonrisa torcida contrastaba con su rostro bronceado y sus ojos oscuros brillaban con lo que quiera que hiciera brillar los ojos de los rateros.

No había duda de que era un espécimen criminal de muy buen ver. Pero también estaba mirando el sostén de encaje rosa que había sobre la acera. Eso indicaba que era rapaz, pervertido o ambas cosas.

Un pervertido rapaz con un ojo morado y levemente hinchado y un feo corte en el labio superior. Alguien le había causado problemas recientemente. Y en ese momento ella estaba lo bastante cansada y cargada de cafeína como para desear causarle algunos más; su deseo se disparó cuando él se inclinó hacia el sostén de cierre frontal.

—¡No! —gritó y entró en acción para rescatar el sujetador. La correa del bolso se deslizó hombro abajo y el pesado objeto describió un accidental pero impresionante arco en el aire. Guía de Londres, agenda electrónica, documentos de trabajo relacionados con el tour, cámara, botella de agua y la última novela de misterio de Dick Francis conectaron con la mandíbula de él. Se oyó un satisfactorio «paf». El gruñó y se tambaleó, después pisó su combinación negra, resbaló y cayó al suelo de golpe.

—¡Socorro! ¡Ladrón! —gritó ella.

—¡Eh! ¡Señorita Gordon! —dos de sus alumnos bajaron corriendo las escaleras de la entrada al Hotel Edwardian. Los adolescentes se detuvieron en seco y miraron con ojos muy abiertos al desconocido. —Esto es muy, no sé, guay, ¿no? —dijo Zack.

—Lo he golpeado con mi bolso —Sydney se arrodilló para guardar su sostén en la bolsa de viaje rota.

—¡Bien! —dijo Matt. Sacó una cámara de video de la riñonera. —Péguele otra vez.

Enfocó a Sydney con la cámara y luego la dirigió a la ropa interior que había por la acera.

—Guau. Vaya.

Zack se inclinó a recoger la combinación, pero apartó la mano de golpe.

—Eh, señorita Gordon, me gustaría ayudarla con eso, pero creo que no deberíamos tocar esas cosas, ¿sabe? Creo que complicaría la relación alumno-maestra.

El ladrón se limpió sangre del labio mientras la cámara se acercaba a él buscando un primer plano.

—Quítame esa cosa de la cara —gruñó.

Sydney se quedó helada al oír su acento americano. Miró más de cerca al guapo hombre que había derrumbado, un hombre que no hacía ningún esfuerzo por huir de la escena del crimen frustrado. Pantalones vaqueros Levi's, zapatillas deportivas Nike, camiseta de un conocido restaurante de Filadelfia.

Cielos. Sintió una familiar inquietud en el estómago al plantearse que tal vez se había excedido en un su reacción. Tal vez fuera un caballero que intentaba ayudarla con su equipaje. No un ladrón.

No un atracador.

«Oh, Dios mío», pensó. Sus mejillas se encendieron como antorchas y controló un gruñido de bochorno. «La agresora he sido yo».

—¿Estos chicos te pertenecen? —preguntó su víctima, mirándola con su ojo hinchado.

Ella asintió y tragó saliva con culpabilidad.

—Mis alumnos. Matt. Zack, éste es... Lo siento, no oí su nombre.

Sabía que ella también debía presentarse, pero no estaba segura de cuál sería la etiqueta adecuada después de una agresión. ¿Debería presentarse antes de pedir disculpas, o después? Ese momento era el ideal para humillarse, dado que ya estaba de rodillas.

—Estoy muy... yo lo...

—«¡Socorro, ladrón!» me sirve —se puso en pie y se sacudió la porquería de los pantalones. —Señor Ladrón para vosotros dos —les dijo a los chicos.

—Soy Sydney, Sydney Gordon. Y siento mucho, muchísimo, el malentendido —se puso en pie e intentó recuperar su camiseta de dormir de Bugs Bunny, pero él le ganó la partida.

—Gracias —le dijo, —pero puedo acabar de recoger yo sola.

—Ahora sé por qué la caballerosidad ha muerto. Las mujeres como tú la tratáis a patadas —sacudió la camiseta y miró a Bugs. —Sólo intentaba ayudarte con el equipaje.

—Acabo de darme cuenta de eso. Y de veras que lo siento una barbaridad —le quitó la camiseta y la metió en la bolsa con manos temblorosas, desviando la mirada y deseando poder desaparecer por la alcantarilla más cercana.

Antes de que pudiera disculparse de nuevo, una versión más destartalada y con menos pelo de Señor Ladrón apareció en la puerta del hotel y bajó los escalones para reunirse con ellos. Se detuvo detrás de los chicos y observó cómo su caballero del ojo morado descolgaba unas braguitas con mariposas estampadas del guardabarros de autobús.

—Estás perdiendo la habilidad, Nick —dijo el hombre. —No sueles tener que esforzarte tanto para poner las manos en las bragas de una mujer.

—Pensó que era un ladrón —Nick se pasó una mano por el espeso cabello y soltó un suspiro exasperado. —¿Tengo pinta de ser un maldito ratero?

El recién llegado estudió el desmejorado rostro con el ceño fruncido y luego le ofreció su ancha mano a Sydney.

—Hola, Joe Martelli. El criminal es mi hermano. Su hermano. Sydney aceptó la mano y esbozó una débil sonrisa.

—Sydney Gordon. ¿Cómo está?

—No estoy mal —arrugó la frente y miró a Nick. —¿Dónde has estado? El recepcionista dice que llegaste hace horas. ¿Y qué te ha pasado en el ojo?

—Choqué con una puerta.

—¿Y en el labio?

—Era una puerta doble —respondió Nick, mirando a Sydney de reojo.

—Nick, yo... —empezó Sydney. Él la cortó con un gesto de la mano y miró a los chicos.

—Parece que la señorita Gordon ya tiene todas sus cosas. ¿Podéis ayudarla a llevar el equipaje al hotel?

—Sí. Claro —Matt guardó la cámara en su riñonera y agarró el asa de la maleta grande.

—Gracias, Matt —dijo Sydney antes de volverse de nuevo hacia los Martelli. —Ha sido un placer conocerlos. A los dos.

—Y a ti —Joe sonrió.

—Sí —la sonrisa de Nick se amplió, pero se convirtió en una mueca de dolor. —Ha sido agradable.

Sydney también hizo una mueca y después giró en redondo para huir de la escena de su crimen.

CAPÍTULO 02

Dos días después de haber respondido de forma inadecuada a la propuesta de Henry, dos horas después de llegar a Heathrow y dos pasos después de bajar del autobús, ya había golpeado y derrumbado a la primera persona que conocía en Londres. Como monitora estaba dando un ejemplo pésimo a sus alumnos.

Pero no tenía sentido perder horas de luz diurna lamentándose por ese último desastre. Seguro que tendría muchas noches en vela por delante para recordar sus momentos más vergonzosos. Lo importante era catalogar sus impresiones sobre Londres mientras seguía a Matt y a Zach y entraba en el hotel: bojs recortados en macetones, cristal biselado en paneles emplomados, acentos de Eton y un leve aroma a aceite de limón y lavanda en el ambiente. Se detuvo para absorber la atmósfera inglesa con cada poro de su piel.

«Estoy aquí», pensó por enésima vez desde que el avión había tocado tierra europea, y sintió un estremecimiento de excitación. «Estoy aquí de verdad».

Sydney inspiró con fuerza y se apartó el flequillo pegajoso de la frente. Era hora de centrarse. Su trabajo como monitora tenía que ser excepcional. Su reciente periodo como profesora suplente a largo plazo no le había proporcionado muchas oportunidades para lucir su talento para planificar en detalle y aprovechar al máximo todas las oportunidades educativas.

Durante las dos semanas siguientes iba a esforzarse al máximo para demostrar esos talentos.

—¡Syd! —Gracie Drew, colega de claustro y compañera de habitación durante el tour, la saludó con la mano desde el mostrador de recepción. La camisa hawaiana en tonos fucsia y lima de Gracie brillaba como un cartel de neón entre la multitud de adolescentes y monitores. —Eh. Syd. ¿Por qué has tardado tanto?

—No quieras saberlo —se quitó la bolsa de viaje del hombro y suspiró. —Pero ya estoy aquí. Y lista para derrumbarme en nuestra habitación.

—Más te vale no relajarte mucho —dijo Gracie, le dio una llave de la habitación. —He oído que tenemos una reunión con el director del tour en la sala Palladian dentro de veinte minutos.

Matt y Zack dejaron el equipaje de Sydney a sus pies y se dieron la vuelta para perderse entre la gente.

—Tranquilos, chicos —dijo ella, con su tono oficial de monitora. —¿Adónde creéis que vais?

—No sé —Zack encogió los hombros. —¿Qué os parece vuestra habitación? —Gracie sacó una barrita de chicle de su envoltorio de aluminio, la dobló y se la metió en la boca. —La señorita Gordon y yo iremos a echar un vistazo dentro de un rato.

Los chicos fueron hacia el ascensor y Sydney suspiró y se apartó el flequillo de los ojos.

—Espero que consigamos que todos cenem y se acuesten pronto hoy. La empresa organizadora del tour ha preparado un itinerario muy completo para mañana.

—Supongo que pretenden atiborrar de cultura a estos chicos, o morir intentándolo. Menos mal que nos han dejado un par de tardes libres para... ¡eh!

Gracie sonrió e hizo una seña a alguien que había detrás de Sydney.

—Aquí está otro profesor que quiero que conozcas. Un tipo genial. Te encantará. De Filadelfia. Llegó con uno de los grupos en el autobús anterior al nuestro. Joe, ven a conocer a Sydney.

Sydney decidió que no serviría de nada desear que el conocido de Gracie no fuera el mismo Joe que había visto su ropa interior. Apretó los dientes para forzar una sonrisa y se dio la vuelta para encontrarse a los dos Martelli mirándola, con las manos en los bolsillos e idéntica postura.

—Hola, Sydney —dijo Joe. —El mundo es un pañuelo, ¿verdad?

—Y tú debes de ser Nick —Gracie tomó su mano y le dio un fuerte apretón mientras contemplaba su rostro. —Parece que has tenido problemas.

—Yo no —dijo Nick, —Escapé corriendo tan rápido como pude.

—Buena decisión —sonrió. —Soy Gracie Drew, del instituto Sierra Norte. Está cerca de Tahoe, del lado de California.

—Encantado de conocerte, Gracie.

Nick ladeó la cabeza y miró a Sydney fijamente durante un largo momento.

—Hola, Sydney.

La sonrisa de Sydney se amplió al máximo.

—Bueno... —Joe se balanceó en los talones. —Parece que vamos a pasar mucho tiempo juntos. Como una gran familia feliz. No sé qué opinaréis vosotros, pero a mí me apetece mucho.

—¿Puedo ayudarte a subir el equipaje a tu habitación? —le preguntó Nick a Sydney.

—Gracias, pero no hace falta.

—Insisto —dijo él. —Es lo más caballeroso.

Agarró las asas de las maletas y fue hacia el ascensor. Sydney lo siguió. Él pulsó el botón de llamada y se inclinó hacia ella para murmurarle al oído:

—Tal vez podríamos cenar juntos esta noche. Podría dejar caer mi plato en tu regazo y tu tirarme mi bebida a la cara. Por los viejos tiempos.

—Suenas encantador —ignoró la vibración que parecía provocarle en la espalda el ronroneo grave de su voz. —Puede que otro día.

—Vale —dijo Nick. —Otro día me va bien —esbozó su sutil y torcida sonrisa y sus ojos brillaron con algo que asaltó el sistema nervioso de Sydney.

«Oh, cielos».

Dos días después, al mediodía, Nick se abrió paso entre grupos de turistas, dirigiéndose al extremo del parque St. James que estaba frente a las verjas del Palacio de Buckingham. No buscaba una perspectiva diferente del cambio de guardia: buscaba un trozo de hierba adecuado para echarse una siestecita. Eligió un hueco vacío, se tumbó de espaldas con los brazos tras la cabeza y cerró los ojos.

Un guardia gritó una serie de órdenes y la banda empezó a tocar otra pieza musical. Los cascos de los caballos golpeaban en el pavimento a contrapunto con el sonido de

las cámaras disparándose. El sol británico acarició su magullado rostro y calmó sus desvaídos cardenales con un calor discreto.

Había sido un idiota al ofrecerse voluntario para esa sesión de vigilancia. En vez de conseguir una perspectiva de primera mano sobre técnicas detectivescas, había demostrado que no tenía ningún talento como investigador y había servido para que un mujeriego frustrado entrenara sus puños.

Había pensado que un par de semanas en Europa serían una fuente de ideas menos dolorosa pero, una vez más, había utilizado el lado equivocado del cerebro. Allí estaba, ayudando a su hermano a conducir a un puñado de adolescentes en busca de cultura, sin conseguir más que algunas ideas de ambientación. Y, para colmo, había sido golpeado por una paranoica con fobia a los atracadores.

En realidad una paranoica atraco-fóbica muy atractiva.

La esbelta rubia puso una uña color rojo sangre sobre una de las teclas de su teléfono móvil y la presionó durante un segundo más de lo necesario. Jack supo de inmediato que había enviado un mensaje a la red. La observó colocar un mechón de su largo y ondulado pelo tras una delicada oreja y dejar caer el teléfono en su brillante bolso de cuero negro, un bolso de mensajero de aspecto inocente lleno de códigos para...

Un zapato blando dio un golpecito en las costillas de Nick y la voz de Joe descendió hacia él.

—¿No te preocupa que alguien te pise?

Nick abrió un ojo y vio a su hermano meterse el último trozo de un sándwich de gambas y huevo en la boca. Los modales de Joe eran inconfundibles: sin duda era el descendiente de alguna horda de bárbaros que había assolado la campiña.

—Eres el único «alguien» que conozco que podría ser tan torpe —dijo Nick, apoyando la cabeza más cómodamente.

—No el único.

—Cierto —Nick sonrió. —También la señorita Sydney Gordon, alias Destruyectora.

—Pobre chica —Joe hizo una bola con el papel del sándwich y se lo metió en un bolsillo ya lleno de basura. —Ese expositor de panfletos era un peligro público. Seguramente no estaba bien fijado a la pared, o algo así.

—Ya. Hay que ser precavido al ver una combinación de pernos de acero y piedra — Nick cerró los ojos. —Y piensa en los cientos de usuarios del metro que salvó de quedar enredados en un molinete defectuoso.

—Esas ranuras para meter los billetes a la entrada tienen su truco.

Nick rezongó con fuerza y cruzó un tobillo sobre el otro. Un misterio más a resolver: ¿Por qué estaba esa profesora californiana tan tensa? Se pasaba cada segundo del día preocupándose del tour, la hora, el transporte, el tiempo, los chicos y, por lo que él sabía, la cantidad de arenques daneses importados esa semana. Era suficiente para hacer que un tipo se preguntase si las úlceras podían contagiarse.

Por otro lado, había algo en ella que le sugería argumentos para historias tan rápidamente que apenas le daba tiempo de apuntarlos antes de que se desarrollaran y convirtieran en otros. Sin duda era... estimulante.

La banda de música cambió el ritmo y las botas de los guardias iniciaron un nuevo taconeo de marcha. Joe volvió a golpearlo con el zapato.

—¿No quieres verlo?

—Ya he mirado. No se ve mucho más que espaldas de turistas y la parte superior de esos peludos gorros negros.

—¿Has visto a Edward en algún sitio?

—El primer paraguas de cuadros de la derecha —los labios de Nick temblaron al pensar en el director del tour. —Se moverá rápido, ahora que su turno ha terminado. Seguramente irá hacia el box de guías turísticos para que le insuflen circulación en el brazo. No sé cómo puede mantener esa cosa en alto todo el día.

—Es un tipo duro, amigo —dijo Joe, con un acento que le recordó a John Wayne imitando a un británico. —Hablando de tipos duros...

—Otra vez no —gruñó Nick.

—¿Fue una pelea de bar? —preguntó Joe. —Podrías contármelo si te hubieran atizado en una pelea de bar, ¿no? Sobre todo los detalles.

—No fue una pelea de bar.

—Pero me lo dirías si lo hubiera sido, ¿verdad?

—Sí, te lo diría.

—Así que... no fue una pelea de bar.

—No fue una pelea de bar —Nick abrió un ojo y miró a su hermano.

—Vale —dijo Joe encogiéndose de hombros, con expresión decepcionada. —Sólo preguntaba.

Salió otra limusina que sacaba a otro grupo de gente vestida de gala por una de las ornadas verjas de palacio. La multitud de turistas empezó a clarear cuando el reloj dio la media.

—¿Adónde vamos a llevar a los chicos después de esto? —preguntó Joe, —Esta tarde estamos libres para comer y hacer visitas por nuestra cuenta.

—Tú eres el que tiene el itinerario y la responsabilidad —Nick se sentó y apoyó las muñecas en las rodillas. —Yo sólo he venido de acompañante.

—No dejas de repetir eso.

—Porque es verdad —dijo Nick, —Es tu trabajo. Son tus alumnos. Yo no soy el que tiene título de profesor.

—Pero eres el genio de la planificación. —Ya no.

No más ansiedad por las pujas, problemas en obra, dolores de cabeza por los proveedores, insomnio por las fechas de entrega. No más empresa contratista especializada, desde el inicio de su paréntesis anual. Y no más problemas semanales con su serie televisiva de reformas en el hogar, desde que había traspasado su función de presentador a un asistente y asumido el puesto de asesor. La vida era demasiado corta para vivirla en un estado de estrés perpetuo, sobre todo cuando tenía suficiente dinero en el banco para tomarse unas largas vacaciones.

Tenía buen ojo para descubrir las posibilidades de un proyecto, talento para construir, destreza para planificar y organizar y una serenidad ante la cámara que daba

muy buenos resultados en la pequeña pantalla. Pero tenía otros talentos que quería desarrollar, otros sueños que perseguir.

Convertirse en autor de best-sellers, por ejemplo. Deseaba más que nada ver su nombre en algo que no fueran reseñas cortas en revistas populares.

—Me he retirado —le recordó a Joe. —Y pienso seguir así.

—Dices lo mismo todos los años —Joe se cambió la mochila al otro hombro y se limpió las manos en los pantalones. —Supongo que podría ir a preguntarle a Sydney qué ha planeado. Creo que sigue allí, cerca del pie de la señora gorda.

Sólo a Joe podía ocurrírsele referirse a la estatua de la reina Victoria, emperatriz de cuanto veían sus ojos, incluyendo el elegante paseo, como la «señora gorda».

Nick se puso en pie y echó un vistazo a los turistas que rodeaban la base del monumento a Victoria, buscando a otra dama escultural, una de largo cabello rubio rojizo recogido bajo un ridículo sombrero de paja.

—Buena idea —dijo. —Seguramente tiene el programa del tour tatuado en la muñeca, bajo un reloj de pulsera que da la hora de diez capitales extranjeras y del centro de investigación de la Antártida.

—No es tan terrible.

—Tienes razón —dijo Nick. —Es peor.

—Sólo le gusta ser organizada. Al menos ella está prestando atención.

—Apunta hasta los chistes malos de Edward, por Dios bendito.

—Admítelo —dijo Joe. —Te sientes atraído por ella.

Nick encontró con la vista a la dama en cuestión y se encogió de hombros ante lo obvio: complexión esbelta, curvas interesantes, coloración similar a la de Nicole Kidman. Deseó que fuera igual de fácil encogerse de hombros ante ese algo menos obvio que tenía y que su radar registraba en todo momento.

—¿Acaso hay algo en ella que no resulte atractivo a cualquiera?

—Ja —rió Joe. —Lo sabía.

Mientras miraban, lo que parecía un plano de la ciudad y un puñado de billetes de metro cayó del enorme bolso de Sydney y descendió revoloteando hasta el suelo. Ella no pareció darse cuenta.

—Maldición —dijo Nick.

CAPÍTULO 03

Nick miró las cosas de Sydney desparramadas por el suelo y supo que debería acercarse a ayudarla. Pero se quedó parado donde estaba, dejando que su irrefrenable impulso hacia la caballerosidad se encogiera debido a una extraña sensación de haber vivido eso antes, por no mencionar el instinto de autoprotección.

—Será mejor ir a recoger esas cosas —dijo Joe, subiéndose un poco la mochila. — Puede que no se haya dado cuenta de que se han caído.

—Ni en broma —respondió Nick. —Si me arrodillo cerca de sus pies pensaré que intentó mirar falda arriba y me aplastará con ese arma de destrucción masiva que cuelga de su hombro. No quiero sufrir otro golpe.

—¿Otro golpe? —Joe miró el ojo morado de Nick con el ceño fruncido.

—¿No son ésas algunas de tus chicas, mezcladas con el grupo de California? — preguntó Nick, con la esperanza de distraerlo. —Ve a por ellas. Yo reuniré a los chicos.

Joe le agarró el brazo antes de que pudiera escapar.

—No olvides que has prometido compartir conmigo la supervisión de la comida.

—Ya —Nick se metió las manos en los bolsillos e hizo una mueca a su hermano. En teoría se suponía que el viaje era una oportunidad de escapar del numeroso clan Martelli y pasar tiempo a solas con Joe. En la práctica, implicaba llevar a cuestas a otros cuarenta y dos participantes en el tour. —Sé que lo hice.

Cuando el tráfico se detuvo cruzaron y Nick ayudó a Joe a reunir a los estudiantes dispersos y conducirlo hacia la base de la estatua. La blusa naranja neón de Gracie era tan fácil de ver como el paraguas de Edward.

—Saludos, hermanos Martelli —dijo ella con una sonrisa, sin dejar de mascar chicle. —Parece que somos los últimos del grupo. Los de Albuquerque y Chicago ya se han marchado a ver el London Eye.

—Estábamos hablando sobre nuestros planes para esta tarde.

—Era de esperar —dijo Nick. Ignoró la mirada fría que ella le dirigió y señaló el suelo. —Se te ha caído algo. Otra vez.

Ella alzó la nariz con desdén y se agachó para recoger sus cosas. Era encantadora cuando estaba enfadada. Tal vez por eso no dejaba de pincharla. Tal vez fuera inmaduro por su parte, pero un tipo tenía que disfrutar cuando podía.

—¿Adónde vais a ir? —preguntó Joe.

—Estábamos a punto de lanzar una moneda al aire —dijo Gracie. —Cara, Harrods. Cruz, cualquier otro sitio.

—He oído decir que hay unos puestos de comida fantásticos en Harrods —dijo Joe.

Nick soltó un suspiro y meneó la cabeza.

—Tal vez podríamos pensar en algo un poco más educativo —dijo Sydney, poniéndose en pie y metiendo los papeles de nuevo en el bolso.

—¿Educativo? —Gracie siguió mascando y arrugó la frente.

—Exactamente —Sydney se colocó la correa del bolso en el hombro. —Hay montones de museos...

—Y vamos a verlos todos —dijo uno de los chicos de Sierra Norte. Hizo una mueca de aburrimiento y dio una patada a un escalón de mármol.

Museos. Compras. No eran exactamente las opciones que elegiría un chico adolescente para una tarde soleada en un país extranjero.

Nick se volvió hacia Sydney con una de sus sonrisas más encantadoras, una que había perfeccionado para tratar con proveedores de material rabiosos.

—No sé si lo sabes —dijo, —pero hay un museo en la misma calle que Harrods, un poco más abajo.

—Sí —ella juntó las cejas con suspicacia. —El Museo Victoria and Albert.

—¿Qué me decís de la comida? —sugirió Joe. —Esos puestos de comida tienen muy buena fama.

—Tal vez podríamos llegar a un acuerdo —dijo Nick, sin dejar de mirar a Sydney a los ojos.

—¿Qué tipo de acuerdo? —preguntó Gracie.

—Joe, Sydney y tú podéis llevar a los compradores a Harrods. Y a los puestos de comida —añadió, mirando a su hermano. —Y yo me llevaré a los que quieran ir a «cualquier otro sitio».

—¿Al museo? —preguntó Sydney.

—Sí —contestó Nick, —iremos hacia allí.

Ella sacó una de las guías de viaje que parecía llevar cosidas en el forro de la ropa y consultó los datos de admisión, cierre, servicio de comidas y aseos, tienda de regalos y exposiciones especiales del Victoria and Albert. Apuntó las líneas de metro, los transbordos, las agencias de cambio de divisas próximas, la dirección de la embajada americana, el centro médico más cercano y la hora exacta en la que Nick debía estar de vuelta en el hotel con los estudiantes. Le entregó la nota y una tarjeta con el teléfono de su número móvil y apuntó el de él en otra.

Nick dejó que su discurso pasara por encima de él como una ola mientras intentaba descubrir a qué se debía la resaca, que tiraba de él por debajo, arrastrándolo hacia ella. Tal vez fuera la forma en que sus finas cejas se arrugaban cuando se concentraba, o cómo uno de sus dientes delanteros, un poco torcido, mordisqueaba el carnoso labio inferior. O quizá fuera el aroma a champú de melocotón y mujer cálida que le cosquilleaba en la nariz. Fuera lo que fuera, lo llevó a preguntarse si llevaría puestas las diminutas bragas de mariposas.

Gracie cortó el discurso por lo sano, lo nominó monitor oficial y condujo a Sydney, Joe y sus alumnos hacia el paseo. Nick cruzó la plaza en dirección opuesta. Los tres chicos de Sierra Norte que habían optado por arriesgarse a ir con él lo alcanzaron trotando.

—¿De verdad vamos a ir a un estúpido museo? —preguntó uno de ellos.

—No —repuso Nick.

—Pero oí que le dijiste a la señorita Gordon que iríamos allí.

—Dije que iríamos en esa dirección —sonrió a los chicos. —No dije que entraríamos.

Sydney caminaba de un lado a otro, junto a la entrada al comedor del Hotel Edwardian, planificando un asesinato. Imaginó el decorado, el vestuario, los efectos de sonido y las luces. El estallido de una pistola, no, el destello de un cuchillo.

—Sí —farfulló. —Un cuchillo.

Giró la muñeca y miró su reloj. Habían pasado dos minutos desde la última vez que había llamado al móvil de Nick Martel 1 i y escuchado su voz grave pedirle que dejara un mensaje. Faltaban cinco minutos para la cena organizada para el grupo. Hacía una hora que Nick debería haber llegado con sus estudiantes, como había prometido.

—Un cuchillo grande y ancho, de carnicero —murmuró.

La alegre campanilla del ascensor más cercano anunció la llegada de Gracie. Se había cambiado las sandalias con suela de goma negra de caminal por calzado de vestir: unas chanclas con lentejuelas.

—¿Han vuelto ya? —preguntó. Sydney negó con la cabeza.

—No los he visto aquí abajo.

—Nick los traerá en cualquier minuto, sanos y salvos.

—Pero deberían haber vuelto hace una hora —echó otro inútil vistazo al reloj. —Salimos para el teatro poco después de cenar. ¿Y si ha ocurrido algo horrible?

—¿Sabes una cosa, Syd? —Gracie le dio una maternal palmadita en la mejilla. —Te preocupas demasiado. Entre medias de tus obligaciones como monitora deberías encontrar el momento para disfrutar de la experiencia tú misma, ¿no crees?

—Tienes razón —inspiró con fuerza y luchó contra otra incómoda oleada de pánico. —Y hasta ahora todo ha sido fantástico. No puedo creer que por fin esté aquí.

—Yo tampoco —dijo Gracie. —No después de haber visto tus listas de equipaje.

—La organización es importante —Sydney se movió a un lado para dejar pasar a algunos miembros del grupo al comedor.

—Importante, sí. Una religión, no.

—Tienes razón. Supongo que debería relajarme —«pero sólo un poco». La organización era una herramienta útil para mantener el control, además de un método para mantener a raya los impulsos. —Sólo quiero asegurarme de que todo vaya lo mejor posible.

Gracie se quitó el bolso rosa neón estilo Princesa Diana del hombro y empezó a ajustar la hebilla de la correa.

—Sigo sin saber por qué crees que necesitas este trabajo como monitora para conseguir ese puesto de profesora a tiempo completo. Ya hiciste un trabajo de miedo como suplente a largo plazo.

Sydney se estremeció al oír el término «de miedo». Le traía a la memoria imágenes del fiasco de una obra teatral de primavera con la que sus alumnos habían torturado al público: explosión de partes del atrezzo y desintegración del escenario.

—Gracias. Pero yo...

—Las cosas irán como tengan que ir, macro-controles o no cada detalle.

—Tienes razón —Sydney suspiró. —Perdona.

—Aún no he perdido un estudiante en uno de estos viajes a Europa. Seguramente están viviendo una aventura y han perdido la noción del tiempo. Nick cuidará de ellos —el rostro de Gracie adquirió una expresión ensoñadora y dulce. —Ese hombre es uno entre un millón. Y los chicos lo adoran.

—Nick, Nick, Nick —Sydney puso los ojos en blanco. —¿Qué tiene ese tipo para que todo el mundo se encandile con él?

—¿Un encanto increíble? ¿Un sentido del humor fantástico? —Gracie acabó de acortar la correa del bolso. —Y su trasero tampoco está nada mal, la verdad.

—¡Gracie!

—Eh, que esté casada y acercándome a la edad madura no significa que esté ciega. Y no soy la única que se dedica a admirar cuerpos. Es obvio que Nick admira el tuyo.

—¿Cómo de obvio? —Sydney intentó ignorar el leve cosquilleo de satisfacción femenina y se recordó que debía sentirse ofendida.

—Lo bastante para sentirte halagada. No lo suficiente como para esconderte detrás de una maceta —Gracie volvió a colgarse el bolso del hombro. —Deja de esconderte, chica. Anima un poco al tipo.

—Incluso si quisiera flirtear con él, y decididamente no quiero —dijo Sydney, —éste no es el lugar ni el momento. No creo que dedicarme al coqueteo fuera un buen ejemplo para los alumnos.

—Hum. Treinta adolescentes rebosantes de carga hormonal, espiando cada uno de nuestros movimientos. Entiendo que eso podría dificultar un poco las cosas —Gracie arrugó la frente. —Hablando de retos románticos, Don Nueve Vidas telefoneó hace unos minutos.

¿Henry?

«Sí», se recordó Sydney, Henry. El hombre que debería haber sido la primera razón para esconderse entre la maleza y evitar al encantador Nick Martelli. El que Henry no hubiera sido su primera consideración acababa de convertirse en el problema número dos.

—¿Henry ha llamado aquí?

—Sí, lo hizo. Y parecía muy decepcionado por no haberte encontrado en la habitación. Me pidió que te diera un mensaje. Pero si no te importa, preferiría no hacerlo; estoy a punto de sentarme a cenar y no quiero perder el apetito.

—Lo siento —dijo Sydney con una sonrisa de disculpa. —Sólo intenta ser dulce conmigo.

—Lo bastante dulce como para que me duelan los dientes sólo de pensarlo —Gracie movió la cabeza. —Además, ¿qué es lo que le pasa a ese hombre?

—¿Qué quieres decir?

—Cualquier hombre que no deja de insinuar el matrimonio, como él, debería concretarlo con un anillo o dejarte libre para que encuentres a alguien que lo haga.

—Ya lo ha hecho —Sydney, incómoda, cambió de postura.

—¿Te ha dejado libre?

—No, me ha propuesto matrimonio.

—No veo ningún anillo —dijo Gracie, clavando la vista en la mano izquierda de Sydney.

—Eso es porque no lo acepté —Sydney alzó la mano izquierda y miró su reloj de pulsera. —Nick ya llega oficialmente tarde.

Gracie puso la mano sobre el reloj de Sydney e hizo que bajara el brazo.

—¿Qué tenía de malo el anillo?

—Nada.

—Entonces, ¿qué tiene de malo él? Aparte de lo obvio.

—Nada —exclamó Sydney con un suspiro de exasperación. No entendía la desaprobación de Gracie. Henry siempre había sido más que perfectamente educado con todos sus amigos. —Él no tiene nada de malo.

Y los días que iba a pasar en Europa servirían para dar más fuerza a ese hecho. Al fin y al cabo la distancia daba alas al amor. Estaba segura de que el viaje refrescaría su perspectiva y renovarían su aprecio por todas sus excelentes cualidades. Era el hombre perfecto para convertirse en marido.

—No es lo que tú piensas. Es...

Hizo una pausa, esperando que le llegara la inspiración. Pero no llegó.

—Es un hombre muy agradable.

—Un elogio bastante pobre, me parece a mí —rezongó Gracie.

—Y puntual —Sydney vio cómo los camareros vestidos con chaqueta blanca sacaban los platos con la cena de la cocina. Henry nunca la dejaría esperando y preocupada.

Ésa era una de las nuevas perspectivas que había estado esperando. Comparado con Nick Martelli, Henry era absolutamente...

Perfecto.

Se oyeron voces adolescentes y arrastrar de pies al otro lado de la esquina. Sydney dejó caer los hombros con alivio.

—Aquí llegan los chicos.

—Bueno, bueno, bueno —Gracie hizo una seña a los chicos para que entraran al comedor. —¿Tenéis buenas historias que contar?

—Las mejores, señora Drew —Zack sonrió. —Hemos estado en una revuelta.

—¿Una revuelta? —gimió Sydney.

—Una manifestación, no una revuelta —puntualizó Eric. —Nick nos llevó a ver a unos sheiks manifestarse.

—Sikhs —corrigió Matt. —Separatistas sikh, en la embajada india.

—Pero antes fuimos a tomar algo a un pub —añadió Eric.

—¿Qué? —Sydney decidió que utilizaría un cuchillo de carnicero grande, ancho y mellado.

—Nosotros tomamos refrescos. Nick bebió esa cosa marrón.

—Cerveza oscura —explicó Zack. —Asquerosa.

—¿Y cómo sabes tú eso? —Sydney estrechó los ojos.

—Dejó que todos probáramos un sorbo —Zack lanzó una mirada inquieta a los demás, —Nick dice que es importante experimentar otras culturas.

—Tendré que pedirle al señor Martelli que me lo cuente todo —aseveró ella. —Sin duda tiene ideas muy interesantes respecto a los tours educativos.

—Le contaré todo lo que hemos hecho esta tarde, señorita Gordon —retumbó una conocida voz detrás de su hombro. —E incluso incluiré una o dos disculpas si cena conmigo.

Ella se dio la vuelta para mirar a Nick Martelli. Él bajó la vista para mirarla, con ojos brillantes como obsidiana. Con total desvergüenza, esos ojos recorrieron el borde del escote de su vestido.

Sydney curvó los dedos de los pies dentro de las sandalias, molesta por el descarado de su mirada y por el cosquilleo automático que había provocado en ella. Enderezó la espalda y alzó la barbilla. Se negaba a convertirse en otra víctima de su encanto.

—Bienvenido de vuelta, señor Martelli. No estaba segura de que fuera a conseguirlo.

—Nick. El único «señor Martelli» que hay aquí es mi hermano —puso la ancha palma de una mano sobre su brazo. —¿Qué me dices de lo de cenar?

—Oh, pero yo... Gracie y yo...

—Adelante —dijo Gracie, agitando la mano. —Los chicos me lo contarán todo.

Los dedos de Nick se cerraron sobre su brazo con toda cortesía.

Estaba atrapada. Habiendo perdido el control de la situación, Sydney apretó los dientes y entreabrió los labios con la esperanza de que la mueca pareciera una sonrisa.

—De acuerdo, entonces. No me gustaría resultar problemática.

—No es problema, señorita Gordon —la mueca de Nick se amplió hasta convertirse en una sonrisa inocente. —Ningún problema en absoluto.

CAPÍTULO 04

Nick no estaba seguro de por qué había soltado esa invitación a cenar. Debía de haber sido por el tono desdeñoso de Syd y su expresión acusadora, o por la tentación del mohín de su carnoso labio inferior. Cualquier hombre habría deseado mantenerla en tensión para que se lo mordisqueara. Y la oferta le había permitido ponerle las manos encima. Una mano, al menos, en un suave y delgado brazo femenino.

Probablemente eso sería lo más lejos que iba a llegar. Por lo visto, la señorita Gordon tenía novio. Nada serio, según los estudiantes espías a los que había sonsacado esa tarde, pero las mujeres del tipo de Syd rara vez consideraban una relación con un hombre con tan poca disponibilidad como él.

Y eso era una maldita lástima.

Con un astuto movimiento, rápido como el rayo, un movimiento inherente en un experto en artes marciales, Jack la aprisionó contra la pared. Su expresión helada se convirtió en un peligroso mohín seductor y su cálido aliento le abrasó los labios.

Sus senos subían y bajaban por el esfuerzo de su inútil lucha contra él, rozando los botones de ónice de su camisa almidonada.

La condujo a la mesa más ruidosa de la sala. Joe estaba en un extremo devorando con calma un panecillo, mientras sus alumnos golpeaban la mesa con los cubiertos y estaban a punto de volcar la jarra de agua.

—Has vuelto —dijo Joe, mientras Nick apartaba una silla para Sydney. —Existe un Dios.

—Habríamos regresado antes —dijo Nick, sentándose junto a ella, —pero nos detuvo la policía.

—¿Qué ocurrió esta vez? —Joe lo miró con despreocupación.

—¿Esta vez? —el tono escarchado de la voz de Sydney habría servido para congelar el asado que había en los platos.

—Fuimos testigos de un accidente —explicó Nick, encogiéndose de hombros. —El policía que había en escena seguramente podría haber hecho su trabajo sin nuestra ayuda, pero ya sabes cómo disfrutan los chicos con esas cosas. Los dejé que se tomaran su tiempo y vivieran su breve momento de gloria.

Llenó el vaso de agua de Sydney y cambió de tema.

—Tus alumnos me han dicho que eres actriz.

—En realidad no —uno de sus párpados palpité con lo que se parecía ser un tic nervioso. —Al menos, no últimamente. Y no profesional, en cualquier caso.

—¿Pero no es eso lo que enseñas? —preguntó

Nick Le hizo una seña al camarero para que llevara otra cesta de pan.

—¿Teatro?

—En realidad tampoco soy profesora —respondió ella, dejando por un momento su pose aristocrática para acomodarse en la silla. —No a tiempo completo, en cualquier caso. Era profesora sustituta de teatro por la tarde. Algunas clases de Lengua Inglesa por la mañana.

—Y ahora estás haciendo este tour —comentó Joe, sirviéndose más puré de patatas. —No debe de quedarte mucho tiempo para actuar.

—¿No lo echas de menos? —preguntó Nick. Colocó un brazo en el respaldo de su silla y se inclinó hacia ella para alcanzar el platillo de la mantequilla. —¿La pasión, el glamour? ¿Los aplausos?

Ella se tensó cuando el pulgar de Nick rozó la espalda de su vestido; él dejó caer el brazo.

—Eh, sí. Y no.

—¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que aún actúo de vez en cuando. Con un grupo local —picoteó su ensalada. —Pero las tareas que ocurren tras la escena me interesan más que cualquiera de los papeles que he interpretado.

—¿Qué tareas? —preguntó Nick. —¿Por qué son más interesantes?

—Nick —Joe le lanzó una mirada de advertencia. —Pasa la sal. Por favor.

Nick empujó el salero hacia él y volvió a mirar a Sydney. Había algo allí, algo preocupante que enturbiaba sus ojos azules. Algo misterioso. Algo interesante. Algo...

—¿Cómo empezaste a actuar? —preguntó. —¿Estudiaste arte dramático en la universidad? —sintió un golpe en la espinilla.

—Por favor, pásame la pimienta —dijo Joe. Agarró el envase y lo colocó junto a la sal con un golpe seco. —Ignora el tercer grado de mi hermano, Sydney. Es una mala costumbre.

—Soy escritor —justificó Nick.

—Es un pesado —alegó Joe.

Syd sonrió con incertidumbre y se llevó un trozo de lechuga a la boca. Cuando miró a Nick de reojo, con los ojos velados por pestañas rojizas, a él se le ocurrió otro argumento y comprendió de repente a que se debía su inconveniente fascinación por ella.

Era una musa.

Su musa, en cualquier caso. Y lo sería durante varios días.

Sydney se recostó en el sillón de su habitación, ya concluida la cena, y, sonriente, rodeó el cable del teléfono con los dedos.

—¿Me echas de menos? —preguntó Henry.

—Sí —era tranquilizador oír la voz serena de Henry, decirle lo que quería oír y decirlo en serio. Deseó que la vida fuera siempre tan poco complicada. —Sí que lo hago. La verdad es que estaba pensando en cuánto te echo de menos justo antes de cenar.

—¿Cómo es la comida allí? ¿Tan mala como dicen?

—No es tan mala —la sonrisa de ella se esfumó.

Henry no apreciaba la comida extranjera, aunque no se podía decir que la carne asada, patatas y guisantes que les habían servido esa noche tuvieran nada de exótico. Aun así, siempre conseguía esbozar una sonrisa paciente y probar todos sus

especiados e impulsivos experimentos culinarios. El hecho de que él fuera tan tolerante le hacía más fácil, de alguna manera, dejar de lado los platos excitantes que adoraba y cocinar las cosas básicas que prefería él.

—Será mejor que me vaya —le dijo, echando un vistazo a su reloj. —Aún no he terminado de vestirme y Gracie me espera en el vestíbulo.

—De acuerdo —hizo una pausa. —Te quiero, ya lo sabes.

—Lo sé —el único problema era que aún no había decidido qué hacer al respecto. El matrimonio era un compromiso tan monumental y aterrador que incluso sus impulsivas respuestas habituales habían alzado el vuelo y desaparecido.

Pero ése no era momento para reflexionar sobre la situación. Y habían pasado demasiados momentos cuando tomó aire y se preparó para dar la respuesta esperada y lógica.

—Yo también te quiero. ¿Sydney?

Ella hizo una mueca. Su titubeo no había pasado desapercibido.

—Tengo que darme prisa, Henry. Adiós.

Colgó el teléfono y llevó el brazo a la espalda para agarrar la elusiva cremallera del vestido. Sin éxito. La túnica de punto color azul marino era una de sus prendas favoritas, pero el cierre había sido diseñado para una fanática del yoga. Se volvió hacia el espejo para dirigir mejor la mano y relajó el hombro para ganar un centímetro. Esa vez consiguió agarrar la cremallera que, de inmediato, atrapó su pelo.

—No. Esto no está ocurriendo —inclinó la cabeza para comprobar el estropicio en el espejo e hizo una mueca de dolor al sentir el tirón en la nuca. El vestido se abría entre sus omóplatos y un mechón de pelo hacía un remolino hacia arriba.

Uno de sus alumnos llamó quedamente a la puerta; tal vez fuera una de las chicas, que podría solucionar el problema. Sydney encogió el cuello, tiró del parte frontal del vestido y abrió la puerta.

—Vaya, cuánto me alegro de...

Nick Martelli estaba en el umbral. Su mirada fue de su rostro arrebolado a los pies descalzos.

—El sentimiento es mutuo —dijo.

—No esperaba... Quiero decir, no eres... —sintió una corriente de aire frío acariciar la tirita del sujetador que quedaba expuesta en el ló de su espalda y se le puso la carne de gallina.

Se preguntó por qué ese hombre siempre la encontraba en una situación desventajosa para ella. Hasta el momento la había visto demente, patosa, obsesiva y tensa, y ahora así. Y para empeorar las cosas él parecía encontrarlo todo muy divertido.

—No importa, profe —dijo, con una de sus sonrisas irónicas. —Sobran las explicaciones. Eso me toca a mí. He venido en son de paz a pedirte otra disculpa.

—¿Otra disculpa? —ella no creía haber oído la primera. De algún modo él había conseguido escabullir cualquier cosa que lo incriminara, a pesar de las muchas trampas que le había tendido durante la cena. —¿Qué has hecho ahora?

—Nada malo desde los postres, lo juro.

Ella se aferró a la puerta, preguntándose cómo librarse de él. No tenía ninguna intención de entablar una conversación con Nick Martelli, no cuando tenía aspecto de Cuasimodo a medio vestir. Y menos en su habitación de hotel, después de haber prohibido a sus alumnos que dejaran entrar en las suyas a miembros del sexo opuesto.

—¿Puedo entrar? —alzó dos latas de refresco.

—Gracie no está aquí y...

—Mejor. Sólo he traído dos —con un movimiento ágil, la esquivó y entró. Fue a poner las latas en una mesa. Ella no pudo evitar admirar sus largas piernas ni cómo sus hombros llenaban su chaqueta de cuero. Ni tampoco la súbita tensión que sintió en el estómago, ni el calor que surcó su cuerpo de arriba abajo. «Justo lo que necesitaba», pensó. «Sentir atracción física por el playboy de Tours Internacionales para Estudiantes. Este hombre implica problemas.

Abrió la puerta tanto como pudo y luego apoyó la espalda en ella y cruzó los brazos como un escudo protector cuando él se acercó.

—¿Vasos? —preguntó él.

—Gracias por el detalle, y por el refresco, pero la verdad es que no tengo tiempo ahora. Necesito terminal de arreglarme, así que si me perdonas...

—Parece que he llegado justo a tiempo —la apartó de la puerta con gentileza y luego desenredó hábilmente su cabello y subió la cremallera. —Ese lío parecía un poco difícil de alcanzar —dijo, dándole la vuelta hacia él.

Ella miró sus ojos oscuros como la noche, rodeados de arruguitas de expresión, uno de ellos aún con una sombra verde amarillenta bajo la recta ceja. Estaba demasiado cerca, sentía sus manos demasiado calientes sobre la piel y su aroma a cuero y jabón era demasiado tentador para su paz mental.

La puerta se cerró a sus espaldas.

—A mí me parece que estás perfectamente —murmuró él. —De hecho, no me imagino qué podrías mejorar.

Pasó los largos dedos entre sus rizos y colocó uno por delante de su hombro. El pulso de Sydney se disparó. Necesitaba volver a recuperar el control de la situación.

Control. Inspiró con fuerza, comprendiendo lo rápidamente que había sucumbido al hechizo de su ensayado encanto y frases hechas.

—Gracias por la ayuda —dijo, estrechando los ojos. —Pareces manejarte muy bien con las cremalleras de los vestidos femeninos.

—Hermanas —afirmó él, dejando caer los brazos.

—¿Disculpa?

—Hermanas. Joe y yo solos ante montones de ellas.

Nick paseó por la habitación, recogió una toalla arrugada del suelo, la dobló cuidadosamente y la puso en el respaldo de una silla.

—Tengo mucha práctica. Botones, lazos, botas de patinaje... soy un profesional —se acercó al tocador y tras observar el revoltijo de cosas, alzó su bote de colonia y lo olisqueó.

—Ah —musitó ella. Su tranquila inspección de sus pertenencias personales le estaba destrozando los nervios, igual que su interrogatorio durante la cena, unido a la

mirada intensa de sus ojos negros, le había destrozado el apetito. Sus preguntas le habían parecido intensamente personales, no mera conversación banal. Carraspeó. — ¿No habías mencionado una disculpa?

—Sí, así es —dejó la botellita en el tocador y volvió a esbozar su sonrisa irónica. — Debería haber hablado contigo antes de saltarme la visita al museo. Siento eso y también haber regresado tan tarde.

—Gracias por... —arrugó la frente. —Por comprenderlo.

—¿Significa eso que estoy perdonado? —se metió las manos en los bolsillos y restregó la punta del zapato por la alfombra, sin intentar disimular en absoluto que se estaba excediendo en su papel de chiquillo arrepentido.

—Sí, estás perdonado —suspiró ella.

—Bien —se acercó más. —Entonces, ¿considerarás la posibilidad de volver a cenar conmigo mañana?

—Estamos en un tour —dio un paso atrás. —Cenaremos juntos todas las noches.

—Tenía en mente algo un poco más íntimo. Nosotros dos solos —salvó la distancia que los separaba y agarró un mechón de su pelo. —Joe ha dicho que se ocupará de tus alumnos por ti.

—¿No deberías haberme preguntado antes a mí? —apartó su mano de un golpe y dejó que su ira aflorara burbujeante a la superficie. En ese momento, el enfado parecía una buena manera de mantenerlo a distancia segura.

—¿Qué debo hacer para no tener problemas contigo? —alzó las manos con gesto de desesperación.

—¿Qué te hace pensar que quiero tener algo que ver contigo?

—Mira, Sydney —razonó él, paseando por la habitación, —vamos a estar juntos todo el tiempo durante otra semana y media. Compartiendo comedores, hoteles, autobuses, barcos y excursiones. Todo sería mucho más relajado, más agradable, si supiera que estoy en buenos términos con todos los adultos del grupo.

—¿Todos los adultos? ¿Estás planificando una serie de cenas íntimas para dos? — fue hacia el tocador y empezó a pasarse el cepillo por el pelo. —Ah, exceptuando a Joe, claro. Él hará de niñera para todos.

Observó por el espejo cómo Nick se frotaba la nuca, mirando al suelo. Alzó la vista lentamente. Ella observó el progreso de sus ojos, sintió su contacto mientras recorrían las curvas que dejaba traslucir la caída de su vestido. Sus ojos se encontraron en el espejo.

—¿Sabes? —murmuró, —es muy difícil discutir con una mujer con un aspecto como el que tienes tú ahora mismo.

El estómago de Sydney se contrajo mientras descendía en picado en dirección a las rodillas. Dejó caer el cepillo, que chocó ruidosamente contra el tocador. En su prisa por recogerlo, tiró la botellita de perfume y desparramó sus pendientes de imitación de zafiro.

Perfecto, Gordon.

Contempló en el espejo el ya familiar chispeo divertido en los ojos de Nick, antes de que se oscurecieran y brillaran como brasas. Diablos, esos ojos eran puro fuego. Las

cosas se estaban calentando demasiado allí dentro. Contuvo la respiración, temiendo avivar la llama.

—Creo que deberíamos volver a empezar desde cero —dijo él, cambiando de postura.

—De acuerdo —se volvió hacia él y soltó el aire, pasándose las manos por el vestido. Se había salvado de la combustión espontánea, de momento. —Buena idea.

El caminó hacia la puerta.

—Por lo que recuerdo, entré con mi oferta de paz en la mano, el mejor refresco que encontré en el vecindario —fue hacia la mesa, improvisando la escena. —Incluso te ayudé con la cremallera, otro de esos gestos de caballerosidad.

Hizo una pausa, esperando su reacción. Cuando elevó los ojos hacia el techo, la recompensó con una sonrisa ladeada.

—Te ofrecí una sentida disculpa, que tú aceptaste —le recordó. —Animado por mi aparente éxito en suavizar la tensión entre nosotros, te invité a cenar.

Se dejó caer, como si estuviera abrumado, a los pies de la cama de Gracie.

—No sé si estoy haciendo progresos, pero al menos me estás escuchando —alzó la vista. —Me escuchas, ¿no?

—Sí —ella contuvo una sonrisa. —Sigue. —Realmente debo de estar perdiendo mi toque —mover la cabeza. —Normalmente, cuando invito a una mujer a cenar y añado algunos halagos, al menos lo considera, en vez de buscar excusas —le lanzó una mirada peligrosa. —Lo de las excusas se supone que llega después de la cena.

—Nick, ya te...

—Deja que acabe —alzó una mano. —He probado los halagos. He probado la actitud de boy scout que hace buenas obras. He utilizado alrededor de un mes de mi reserva de encanto. Se me están acabando las ideas, Sydney —miró fijamente el suelo. —Puede que intentar darte lástima funcione. Me lanzaré a los pies de Gracie y le suplicaré que interceda por mí.

—Seguramente tendrías más oportunidades con ella, en cualquier caso. Por alguna razón que sólo Dios entendería, le caes bien.

—¿Habéis estado hablando de mí, eh? —Nick alzó la cabeza de golpe, con una sonrisa resplandeciente.

Sydney soltó una carcajada, divertida a pesar de su resolución, y señaló la puerta.

—Fuera.

—¿Ya no estás enfadada conmigo? —se levantó y se metió las manos en los bolsillos. No.

—¿Amigos?

—Conformémonos con una relación amistosa de momento —respondió ella, abriendo la puerta.

—¿Cena? —preguntó él, dándose la vuelta tras cruzar el umbral.

—No tan amistosa —cerró la puerta, apoyó la espalda contra ella y miró los dos refrescos que había sobre la mesa. El hormigueo que sentía en la columna era señal inconfundible de un ataque de encandilamiento.

CAPÍTULO 05

Harley Maxwell llegó a casa después de su día de trabajo como crupier en la orilla norte del lago Tahoe para encontrarse con un problema en su lugar de aparcamiento habitual y otro problema al otro lado de la calle, sentado en el porche delantero de Norma y Syd. Un problema grande. Un problema de exactamente un metro ochenta y siete centímetros. Un problema vestido con un traje azul marino de tres piezas, corbata azul marino a rayas y serios ojos azul marino.

Giró el volante de su chatarra de coche hacia la izquierda y sometió el embrague al habitual y ruidoso tira y afloja. Su coche intentó tumbarse de lado y hacerse el muerto, pero ella pisó el freno con fuerza antes de que pudiera caer hacia el borde del arcén. El pequeño motor soltó una tos seca y calló.

Bajó del coche y cerró de un portazo, para que la puerta encajara. Tenía que seguir al frente, demostrarle al coche quién mandaba allí. Tal vez no durase lo suficiente para llevarla a Las Vegas, cuando hubiera ahorrado bastante dinero para trasladarse, pero contaba con que la llevase a su segundo trabajo esa noche. Al día siguiente hablaría seriamente con el carburador. Tal vez lo amenazara con una puesta a punto a manos de Dusty, el enorme mecánico con manos como martillos y herramientas de aspecto aterrador. En realidad no era una gran amenaza, Dusty se dejaba camelar por los coches en baja forma y las tartaletas de manzana de Harley.

Inspiró profundamente y se dispuso a enfrentarse con el hombre que estaba sentado junto a la escalera que llevaba al apartamento ático de Syd: Henry Barí o w, el enorme abogado de uñas bien cuidadas y elegante maletín de cuero. No iba a ser fácil; temía que Henry no se dejaba camelar por nada. Le costaría bastante más que una tartaleta de manzana manejarlo.

Se detuvo un momento y esperó a que su corazón diera ese pequeño saltito que solía dar cada vez que lo veía. No tenía ni idea de por qué ver al reprimido hombre de negocios que tenía el sentido de la moda de un enterrador y una visión del mundo bastante estreñida le aceleraba el corazón. Posiblemente su corazón también necesitara una puesta a punto.

Henry, sin duda, tenía aspecto de necesitarla. Alguien le había revuelto el pelo y aflojado su corbata. No demasiado, o no lo habría reconocido, a pesar de que el coche plateado que había aparcado ante su casa era muy buena pista. Él no podía haberse revuelto el pelo. Él nunca revolvía nada. Y menos su apariencia. Su estilo personal era ir hecho un pincel. Cada nudo atado, cada raya planchada, cada cabello perfecto y colocado en el lugar previsible.

Cruzó la angosta e irregular carretera de montaña.

—Eh, Hank, ¿qué ocurre?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llamo Hank? —intentó enderezarse.
—Me llamo Henry.

—Ah, yo qué sé —dejó su bolso de lona en el escalón que había bajo sus pies. —Varios cientos de veces más, por lo menos. No es que me olvide de tu nombre, ¿sabes? Es que «Henry» no es tan fácil de decir como «Hank».

—Eso es ridículo —eructó y ella captó un vahído de tristeza empapada en whisky, —Henry es milo... meli... es poético. Hank es un camionero de Dakota del Norte.

¿Hank Barlow, borracho? ¿A media tarde? El mundo debía de estar volviéndose loco. —¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—He venido a ver si Norma necesita... —agitó una de sus largas manos en el aire. —Cualquier cosa. Mientras Sydney está fuera.

Cualquiera que conociese a Norma, la casera jubilada de Syd, que vivía en la planta baja de la casa victoriana, habría sabido que era muy capaz de cuidarse sola. La excusa de Hank para estar allí era tan débil como el control que tenía de su dignidad en ese momento.

Él sirvió un poco de caro whisky de malta en el vaso de cristal tallado que tenía en la mano y tomó un ruidoso sorbo.

Por todos los dioses Libios Harley movió la cabeza. —Deja el vaso y guarda el alcohol en la bolsa. Me estás avergonzando.

—Llamé a la puerta de Norma para preguntar por las plantas de Sydney —miró el vaso fijamente, —pero no contesto.

—Hoy es miércoles. El grupo de bridge de Norma se reúne los miércoles —se sentó junto a él en el porche recalentado por el sol. —¿Por qué no vienes a mi casa? Puedo hacerte un café mientras la esperas. Podemos charlar amigablemente. Sobre lo que te preocupa, por ejemplo.

Un arrendajo pasó volando sobre ellos y emitió un graznido para rellenar el silencio que debería haber ocupado la respuesta de Hank.

—¿Syd se está haciendo la difícil otra vez? —preguntó Harley.

—Sólo es un bache temporal. Hablaré con ella y lo solucionaré cuando regrese —miró el vaso de nuevo. —Tengo que casa una con ella. Es una inversión de futuro.

—Supongo que ésa es una manera de expresarlo —Harley arrugó el entrecejo.

—Hay varios factores importantes a tener en cuenta. Los he considerado todos, muy cuidadosamente. Es la opción lógica.

Harley se dio cuenta de que no había mencionado el amor. Pero decidió intentar apoyarlo. Era un tipo amable, aunque fuera tan relamido.

—Ser lógico es importante en una relación, supongo.

—Es bueno tener a alguien que te entienda. Eres una mujer agradable. Harley —se bebió el poco whisky que quedaba en el vaso y lo dejó sobre el escalón. —Excepto cuando me llamas Hank.

—Y tú eres un hombre agradable, Hank —le dio un golpecito en la rodilla. Notó que había unos músculos muy bien formados bajo esos pantalones tan planchados. ¿Quién lo habría adivinado?

También había un corazón firme y bueno latiendo bajo la bien planchada chaqueta. Hank Barlow era uno de los hombres más agradables que había conocido nunca. Eso no era decir gran cosa, porque la mayoría de los hombres que había conocido eran unos canallas. Aun así, Hank no era la clase de hombre que se merecía que lo dejaran plantado justo cuando estaba a punto de conseguir llevar a Syd al altar.

Pero Syd también era una mujer agradable, y no se merecía acabar casada con un tipo al que no quería de verdad.

Se preguntó por qué la vida no funcionaba bien nunca. Y por qué le tocaba a ella encontrarse en medio de ese lío.

—Vamos, tipo grande —extendió una mano, esperó a que Hank la aceptara y luego intentó hacer que se levantara. —Vamos.

Hank volvió a eructar y farfulló una disculpa.

—No suelo hacer esta clase de cosas.

—Ya lo suponía.

—Normalmente soy más si re un... ci se umpe...

—¿Circunspecto? —Harley movió la cabeza. Muy mal estaban las cosas cuando el vocabulario de un hombre borracho sonaba como la emisión de un programa de noticias internacionales.

—Circunspecto —repitió él. —Significa...

—Sé lo que significa. Hank.

Él se tambaleó un poco y la miró.

—No pareces la clase de mujer que sabe lo que significa eso.

—¿Qué clase de mujer parezco? —lo miró con los ojos entrecerrados.

—No puedo decirlo —él se puso serio. —No me gustaría insultarte.

—Más de lo que ya lo has hecho, quieres decir.

—¿Sí? —se bamboleó un poco más y ella lo empujó para enderezarlo. —¿Lo he hecho?

—No te preocupes por eso.

—No te caigo muy bien, ¿verdad?

—Me caes perfectamente —lo agarró del brazo y lo condujo escalera abajo.

—A Meredith le gusto —farfulló él para sí, como si ella no hubiera hablado. —La madre de Sydney. Ése es el tipo de mujer que me encuentra atractivo. A las sargentos de mediana edad.

Tropezó en la gravilla y Harley rodeó su cintura con un brazo. Él se apoyó en ella, grande, sólido y cálido.

—He estado dedicando al rango demográfico incorrecto —dijo. —Mujeres jóvenes en bares para solteros o en las pistas de esquí. A partir de ahora buscaré mis citas en las salas de bingo.

—No puede ser tan malo como eso, ¿no?

—Casi —se detuvo y puso las manos sobre sus hombros. —¿Tú me encuentras atractivo?

«Oh, Dios, claro que sí». Suspiró y movió la cabeza de lado a lado.

—No creo que deba contestar a esa pregunta.

—¿Ves? Eso prueba lo que digo —cerró los ojos, se tambaleó un poco y apoyó la frente en la de ella. —Tú no eres una sargento de mediana edad.

El corazón de Harley daba unos brincos tan rápidos que temió desmayarse allí mismo, en plena calle.

—No, no lo soy —musitó.

—Hueles bien.

—Gracias —respondió ella. —Tú no.

—Es por el whisky.

—Lo sé —Harley cerró los ojos. ¿Harley?

—¿Mmm?

—Esto probablemente también sea por el whisky —dijo. Después apretó la boca contra la suya.

Harley se quedó helada un momento, mientras los labios de él acariciaban los suyos y bajaba las manos hasta ponerlas en su cintura. Intentó, con todas sus fuerzas, recordarse que Hank estaba bastante afectado, que técnicamente seguía siendo el novio de Syd, que estaban en mitad de la calle y que todos los vecinos podían ver el espectáculo. Pero entonces él asaltó su boca con la lengua y la apretó contra su pecho emitiendo un gemido ronco; ella se perdió en la deliciosa y encantadora sorpresa de su beso.

La sorpresa no tuvo nada que ver con que nunca hubiera imaginado que ese beso podía llegar a producirse. Una chica tenía derecho a sus fantasías. La sorpresa fue que el beso no tenía nada de reprimido, reposado, rígido, previsible o amable. El beso era todo lo contrario a amable. Era un asalto a muerte, un descenso sensual y seductor hacia un abismo oscuro y profundo.

Su corazón dio un último vuelco y luego cayó en las enormes manos de Hank con un golpe.

La mañana después de la obra de teatro, los dedos de Nick bailoteaban sobre el teclado de su ordenador portátil esbozando una escena de su novela de misterio. El sonido de las teclas no podía competir con el ruido del tráfico que subía como vapor desde la calle empapada de lluvia. Cerró los ojos un momento e inhaló el aroma de Londres a primera hora de la mañana, que entraba por la ventana abierta de su habitación. El aceite de guisar y la gasolina se fundían en un perfume barato: el de Gran Ciudad.

Tecléo el comando de «guardar» y se recostó en la silla para leer el borrador. Jack Brogan, la estrella de la mayoría de sus historias, estaba prosperando en el mundo y Londres sería el escenario perfecto para sus aventuras más recientes. La novela podría ser el principio de una serie europea, un proyecto que requeriría mucha investigación. Escribir libros ambientados en lugares exóticos podía resultar agotador, pero si alguien tenía que hacerlo, bien podía ser Nick Martelli.

Sus pensamientos volvieron a centrarse en la neurótica profesora de California. Era todo un misterio y sus dotes detectivescas no le habían revelado qué había en ella, aparte de su aspecto y su actitud, que provocaba chispas en él.

Chispas argumentales, entre otras. Empezaba a creerse su teoría de que era algún tipo de musa. Y pensar en ella como solía hacer, con el suministro de sangre cerebral emprendiendo un viaje hacia el sur de la cintura, no era forma apropiada de pensar en una musa.

No conocía el comportamiento apropiado en cuanto a las musas, pero estaba dispuesto a apostar a que la seducción no formaba parte del programa.

Joe gruñó a su espalda, empezando a recuperar la conciencia. Nick cruzó la habitación y le quitó la almohada de debajo de la cabeza.

—Toque de diana, señor Martelli. El desayuno es dentro de treinta minutos.

—Quizá me deje barba esta semana —Joe bostezó y se pasó una mano por el mentón.

La esposa de Joe lo mataría si regresaba a casa con media barba, y seguramente torturaría a Nick por ser su cómplice. Connie Martelli era una dama que daba miedo.

—Por encima de nuestro cadáver, y lo digo en serio —le golpeó la cabeza con la almohada. —Aféitate. Dúchate. Vístete.

—Dios, qué refunfuñón —gruñó Joe, volviendo acerrar los ojos.

—Sólo intento que no sientas nostalgia del hogar —farfulló Nick. —Y recoge tus cosas antes de que salgamos. Perderás algo si no mantienes el orden.

—Sí, cariño...

Joe fue hacia el cuarto de baño y un momento después Nick oyó uno de los sonidos habituales de su juventud: su hermano silbando sin ton ni son bajo el agua.

Fue a la mesa y miró el itinerario del tour. Los plintos fuertes del día: Stonehenge y Salisbury, seguidos de otra tarde libre. Nick se preguntó qué había planificado Joe para sus alumnos después del almuerzo. Seguramente diversos tentempiés para llenarles el estómago hasta la hora de la cena, salpicado con algunos comentarios educativos entre medias.

—¿Cómo va la investigación? —Joe volvió a la habitación, secándose el ralo cabello con una toalla. —¿Atará Jack Brogan todos los cabos sueltos en Londres, o seguirá a los malos por toda Europa?

—Eso aún no lo he decidido.

Joe volcó su maleta sobre la cama, formando un montículo de ropa.

—Apuesto a que esta vez la chica tiene pelo largo y anaranjado, grandes ojos verdes y piernas de bailarina.

—Sus ojos son azules —Nick cerró el ordenador portátil. —¿Adónde quieres ir a parar?

—A nada. Siempre temo tropezar con tu lengua cada vez que Syd pasa por delante de ti.

—Retira eso.

—¿O qué? —Joe se metió una camisa arrugada por la cabeza.

—O no volveré a meter tu cartera en la mochila la siguiente vez que se te caiga.

—Hablando de eso... —Joe revolvió entre el montón de ropa. —¿Has visto mis pantalones cortos color caqui?

Nick giró en la silla, sacó los pantalones de Joe de debajo de una bolsa de recuerdos de la Torre de Londres y los lanzó en su dirección.

—¿Están tus alumnos preparados para enfrentarse a don Piernas Peludas?

—A mí ni siquiera me registran en su radar —Joe se puso los pantalones. —Hay otros estudiantes aquí. Nick. Fascinantes desconocidos, de ambos sexos. De institutos de lugares exóticos como Albuquerque y Tahoe. Me sorprende que sigas sentándote a

mi lado en el autobús, estando la atmósfera está tan cargada de feromonas. Especialmente de las californianas.

—No vas a dejarlo, ¿verdad? —Nick suspiró. —Ya lo entiendo. Connie está dándote la lata otra vez: «Pobre Nicky, tan solo con su corazón roto. Encuéntrale una mujer o dormirás en el sofá».

—Ella no es así en absoluto. Nick clavó la mirada en él.

—Bueno, puede que un poco —Joe se arrodilló y sacó sus zapatos de debajo de la cama. —Te gusta, ¿verdad?

—¿Connie? Estoy loco por ella. Lamentaré hasta el día de mi muerte que tú la vieras primero.

—Syd —Joe puso los ojos en blanco. —Sydney Gordon. Una de las mujeres solteras más guapas que he visto en mucho tiempo. Y no guapa sin más, sino con esa frescura que te hace mirar una segunda vez —agitó un zapato en el aire para dar énfasis a sus palabras. —¿Tengo razón?

—Los perros no aúllan de terror cuando pasa por su lado —dijo Nick.

—¿Y qué?

—Además es inteligente y creativa.

—¿Tiene algún sentido esta conversación? —Nick echó un vistazo a su reloj. —Si lo tiene, ¿vas a concretarlo antes de que dejen de servir el desayuno?

—El sentido que tiene es éste: tienes treinta y seis años y hace muchísimo tiempo que no tienes una relación seria —Joe se sentó en la cama para ponerse los zapatos. — Es hora de que empieces a pensar en tu futuro, Nick. Ser el tío favorito de todo el mundo es un título con poca proyección. No serás feliz si acabas estando solo. Es hora de que busques a alguien a quien puedas llevar a casa para presentársela a mamá.

—¿Y crees que Sydney obtendría la aprobación de mamá?

—Sin duda —Joe sonrió, mirándolo por encima del hombro—.Y eso implica problemas para ti.

—No habrá problemas. Porque no estoy buscando.

—No me mientas, Nick. O tendré que hacerte daño.

—La he mirado un par de veces —se encogió de hombros. —Tampoco es para tanto.

—Sólo me preocupo por ti, hermano —Joe siguió vistiéndose. —Y procuro divertirme mientras lo hago. Lo cierto es que, incluso si te esforzaras al máximo con Syd, ella no te daría ni la hora.

—Sabe qué hora es en todas las zonas horarias del mundo en las que hay una capital importante —rezongó Nick. —Pero supongo que ésa es tu manera sutil de decirme que he perdido habilidad ¿no?

—Lo que me lleva al punto dos —anuncio Joe. —Has perdido habilidad. Has olvidado cómo cortejar a una mujer. No me refiero a soltar una frasecita, hablo de hacer un esfuerzo para... —gruñó mientras se ataba el segundo zapato. —Ya sabes, el asunto del romance.

—No existe una mujer en el mundo que pueda causarme problemas durante mucho tiempo —Nick hizo una mueca. —Excepto Connie. Ella podría convertir mi vida en un infierno durante toda la eternidad.

—Creía que estabas loco por ella.

—Ésa es la versión oficial. En confianza, me saca de quicio.

—Connie podría sacarte de quicio —dijo Joe, —pero una mujer como Syd podría conseguir que te arrodillaras a sus pies.

Nick agarró su mochila y se la colgó del hombro.

—Suplicando clemencia —Joe se puso en pie y se llevó las manos al pecho. —Cásate conmigo, por favor, sácame de esta vida miserable.

—Eso no ocurrirá nunca.

—De acuerdo entonces —Joe metió el estómago y adoptó una expresión seria. —Te reto. Te reto a que seduzcas a Sydney Gordon.

—¿Un reto? —Nick movió la cabeza. —La última vez que miré, tenía carné de conducir, tarjetas de crédito... ya sabes, todas esas cosas de adultos. Ya no juego a lo de los retos.

—Un reto doble.

Nick no estaba seguro de querer Iros con la musa.

—He oído decir que tiene novio. Así que aceptar ese reto sería una doble estupidez.

—Yo he oído que la cosa no va bien —apuntó Joe.

—Pero esas cosas llevan mucho tiempo.

—Lo que significa que el tipo es un poquito lento.

—No pienso intentar seducir a la mujer de otro hombre —Nick movió la cabeza negativamente.

—Admirable —dijo Joe, —pero estúpido.

—¿Por qué ella?

Joe no contestó. Se limitó a lanzar a Nick La Mirada. La mirada sabia, mundana, de yo-sé-lo-que-te-conviene.

—Ya le he pedido una cita —dijo Nick. —Dos veces. Me ha rechazado. Dos veces.

—Lo que yo decía, has perdido la habilidad —Joe soltó un suspiro.

Nick no estaba seguro de querer arriesgar a la musa por la mujer. Pero había una posibilidad, una pequeña, arriesgada y tentadora posibilidad, de tener a la musa y a la mujer también. Durante unos días, como mucho. Eso significaba que el novio daba igual. Cualquier cosa que ocurriera en Europa sería a corto plazo. Una aventurita ligera, sin consecuencias.

Y no tendría que aguantar más miraditas irónicas de Joe.

—Romance, ¿eh? —ladeó la cabeza.

—Dulces y flores —asintió Joe.

—¿No crees que eso es un poco obvio? ¿Algo excesivo?

—¿Lo dices por el éxito que has tenido tú haciendo qué...?

—He estado ocupado —dijo Nick. —Y no me mires así.

—Hum —Joe se frotó la barbilla con mirada pensativa, que no mejoró nada la situación. —Seguramente debería haber un beso. Uno bueno. A las mujeres les gustan ese tipo de cosas.

—¿Con lengua?

—¿No he dicho uno bueno? —Joe abrió la puerta y salieron al vestíbulo. —Una última cosa —dijo, pulsando el botón del ascensor. —Me cae bien, Nick. Si le haces daño, te echaré a Connie encima.

—No puedes incluir a Connie en un reto —dijo Nick. —No sería justo. Además, si decido hacerlo, lo haré por las razones correctas.

—¿Y cuáles son?

—Estoy pensándolas —repuso Nick. Encogió los hombros y se recolocó la mochila.

CAPÍTULO 06

Sydney buscó un sitio donde descansar y saborear el silencio de Stonehenge. Alejadas de las enormes piedras, las ovejas pacían en el verde plateado de la hierba agitada por el viento. Al otro lado de la carretera, el humo se elevaba desde los puestos de comida. Algunos de sus alumnos, que se habían aburrido rápidamente de los misterios de la historia, hacían cola para comprar bollos y refrescos.

Se quitó las sandalias y se sentó con las piernas cruzadas cerca de una de las piedras, estirándose el vestido para tapar sus rodillas. La calidez del sol era como una caricia y cambió de postura para que le diera en la cara. Relajación por fin. Llevaba tensa tantos días seguidos que había empezado a temer que nunca conseguirá volver a relajarse.

Una sombra se movió sobre ella: era Joe, intentando ajustar el largo de la correa de su cámara con una mano, mientras balanceaba una magdalena en la otra.

—Espera —dijo ella, estirando el brazo hacia la cámara. —Deja que lo haga yo —rápidamente, introdujo la lazada por la diminuta presilla de plástico y le devolvió el aparato. Su recompensa fue la típica sonrisa ladeada de los Martelli.

—Una mujer con muchos talentos —dijo.

—Uno, al menos.

—Más de uno, estoy seguro —se dejó caer a su lado, y estiró sus largas piernas. La cámara se balanceó peligrosamente en el aire, pero la magdalena no estuvo en peligro ni un segundo. —Nunca había conocido a una actriz hasta ahora.

—Hum —ella se apartó los rizos alborotados de la frente y buscó una manera de cambiar de tema. —¿Qué me dices de ti? ¿Tienes algún talento oculto?

—No. Lo que ves es lo que hay. Pero Nick lo tiene a montones —frunció la boca. —Sólo necesita descubrir cómo aprovecharlo.

—¿Qué quieres decir?

—Da igual. Es un problemilla de familia. —Tengo que admitir que me da la impresión de ser la oveja negra —dijo Sydney.

—L.OS Martelli no perdemos el tiempo con esas bobadas de ovejas negras. O las matamos o las repudiamos.

—Eso suena bastante duro.

—Es pura selección natural. El National Geographic hizo un reportaje navideño especial el año que Máximo le clavó a Vito la jeringuilla de rociar al pavo con su jugo.

—Contar historias debe de ser otra de las tradiciones de los Martelli —dijo ella con una sonrisa.

—Nick era el que tenía la imaginación más desbordante. Eso lo libró de un montón de líos. Y me metió a mí en unos cuantos.

—Me lo imagino.

—No tienes más que verlo allí —Joe señaló con la cabeza los autobuses que había aparcados junto a los puestos de comida. Nick se movía entre un grupo de turistas japoneses, luciendo su sonrisa torcida.

Se había arremangado la camisa y sus nervudos antebrazos contrastaban con el blanco de la tela. Un soplo de aire jugueteaba con su pelo, removiéndolo y agitando algunos mechones sobre su frente. Incluso a distancia, ella podía apreciar su atractivo.

Podía, pero no iba a hacerlo. Iba a concentrarse en apreciar a Henry. Henry era mucho más guapo que Nick. Sus rasgos eran más clásicos y las expresiones de su rostro más abiertas y tranquilas. En él no había nada oscuro ni intenso.

Y eso no quería decir que Henry fuera insulso o aburrido.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó a Joe.

—Investigar. Es una especie de hobby para él. En todos los sitios que visita, habla con la gente. Colecciona personas, en cierto modo. Pregunta qué hacen para ganarse la vida y cómo lo hacen —Joe se estiró sobre la hierba, puso las manos bajo su cabeza como almohada y cerró los ojos. —Cualquiera de las cosas que recoge podría acabar en una de sus novelas.

—¿Ha publicado algo?

—Sólo un par de cosas cortas, pero ahora trabaja en algo más largo.

—¿Y en sus historias incluye cosas sobre la gente que conoce?

—Sí, a veces —Joe movió la cabeza hacia el lugar donde Nick charlaba con los turistas. —Su aspecto, Cómo hablan, qué dicen. Incluye lugares que ha visitado y cosas que ha hecho o de las que ha ordo hablar. A veces reconozco retazos de cosas en sus escritos. Resulta bastante raro.

Así que Nick sí tenía motivos ulteriores, después de todo. Investigación. Utilizarla como tema.

—No me gusta la idea de servir como conejito de indias humano para algún personaje de un libro —dijo.

—Yo no he dicho eso —Joe la miró con fijeza.

—Sí que lo has dicho.

—Bueno, sí, en cierto modo, pero no eso en realidad. No te he mencionado a ti en concreto —se enderezó y se volvió hacia ella. —Si alguien te pregunta, no he sido yo quien te lo ha dicho.

—¿Alguien?

—Nick, por ejemplo —dijo él tras un titubeo.

—Pareces muy preocupado por esto —dijo ella. Se puso en pie y recogió sus cosas. —Quizá yo también debería estarlo.

—Sydney, espera —se levantó con nerviosismo, —Lo has entendido mal. No tienes ninguna razón para preocuparte.

—¿Porque Nick no está utilizándome como personaje de un libro?

—No he dicho que lo estuviera haciendo.

—No, cierto. Pero tampoco lo has negado.

—Maldición —Joe se echó la cámara al hombro. —No estarás enfadada, ¿verdad?

—¿Por qué iba a estar enfadada contigo?

—No conmigo —Joe miró al otro lado de la carretera, donde Nick posaba para una foto con algunas de sus ratas de laboratorio japonesas. —Con él.

—¿Por qué iba a importarte eso?

—Fuego cruzado —dijo Joe compungido.

—¿Fuego cruzado?

—No quiero que me pille en medio. Tengo esposa y tres hijos.

—No te preocupes —dijo ella, mirando a Nick con ira. —Evita las balas.

Nick disfrutaba observando cómo Sydney se enfrentaba a Europa. Le gustaba ver cómo anotaba, fotografiaba y archivaba en su desordenado bolsón, tras comprobar en sus guías de viaje que todo estaba tal y como debía estar. Contaba el cambio lentamente en las estaciones de metro, pasaba horas eligiendo postales y probaba los productos locales con coraje y leía minuciosamente cada placa que veían. Increíble y adorablemente fastidiosa.

En ese momento estaba cumpliendo con su fastidioso deber, de pie en la nave central de la catedral de Salisbury, susurrando a sus alumnos y señalando las vidrieras.

—Está volviendo a hacer de guía turística, ¿verdad? —comentó Gracie junto a él, moviendo la cabeza.

—Eso parece —a Nick también le divertía eso, aunque agradecía no tener dieciséis años. Si los tuviera, podría desarrollar un enamoramiento compulsivo por su profesora que lo anularía el resto de su vida.

—No se da cuenta de que el instituto ha cerrado por vacaciones de verano —dijo Gracie. —Te juro que estudia esas guías como si fueran a hacerle un examen en el vuelo de vuelta a casa.

—Tal vez sólo quiera que los chicos obtengan lo máximo de todo esto.

—¿Lo máximo de qué?

—Ahí me has pillado —él encogió los hombros.

—Tiene buenos instintos —comentó Gracie, guardando sus gafas de sol en un profundo bolso rosa. —Debería dejarse guiar por ellos y olvidarse de pensar.

—Vamos —sugirió él. —Escuchemos el final de la conferencia.

Mientras caminaban hacia ella, Sydney señaló hacia el centro de la nave.

—El capitel que tenemos encima es el más alto de Inglaterra —decía. —Si os apoyáis en una de esas grandes columnas que lo soportan, allí, y miráis arriba, veréis cómo su peso ha conseguido que la piedra se doble por la tensión.

Sus alumnos sabían reconocer una oportunidad de escape y aprovecharla.

—Hay una copia original de la Carta Magna expuesta en los claustros —susurró mientras ellos huían. —No dejéis de echarle un vistazo.

—Gladis Benson —dijo Gracie.

—¿Gladis? —repitió Sydney. —Todo eso de la tensión y el peso me recuerda a la secretaria del instituto.

La carcajada de Nick se cortó bruscamente cuando Sydney le clavó un dedo en las costillas.

—¡Shh! —lo regañó, mientras intentaba meter la abultada guía en su atiborrado bolso. —Recuerda dónde estás.

—Perdona —se inclinó hacia ella y le susurró al oído: —Si me llevaras de la mano, seguro que conseguirías que me comportara.

El libro se escurrió y cayó al suelo, seguido de una cascada de papeles y folletos. Ella se arrodilló para recogerlo todo. Cuando él se inclinó para ayudarla, sus cabezas chocaron.

—Sois como El Gordo y El Flaco —farfulló Gracie, mientras sus gruesas y feas sandalias se alejaban de la vista.

Nick agarró una esquina de un mapa arrugado, pero Sydney se lo quitó de un tirón y lo metió en su bolso.

—Tenemos que dejar de vemos así —dijo él. Ella lo miró con fijeza y retrocedió para recoger una pequeña cajita de plástico.

—Relájate —dijo él, agarrando su muñeca,

—Estoy relajada —protestó ella, liberando su mano.

—No lo estás. ¿Qué es lo que te pone tan nerviosa?

Esperó su respuesta, pero ella se dio la vuelta y recogió un paquetito de billetes de metro.

—¿Soy yo? —preguntó él.

—No sé de qué estás hablando.

—Sydney, mírame.

Ella se sentó en los talones y alzó los ojos hacia él.

—Son verdes —dijo él. ¿Qué?

—Tus ojos. Creía que eran azules. Ella se puso de pie, evitando su mirada.

—No lo son, de hecho. Pero unas veces parecen de un color y otras de otro.

—Buen truco —se estiró, observándola. —Sydney...

—Tengo prisa, Nick. Me gustaría ver los claustros y quiero echarle un buen vistazo a la Carta Magna antes de que sea hora de volver al autobús. Y quiero que me dé tiempo de comprar algunas postales antes de salir de Salisbury y reunir a los chicos del Sierra Norte para que no hagan esperar a todo el mundo. Hay tanto que ver y que hacer, ¿no crees? Han programado un horario muy apretado. Será mejor que me vaya.

—¿Has terminado de parlotear? —agarró su brazo antes de que pudiera escabullirse.

—No estaba parlotear —sacudió el brazo y empezó a organizar un montón de papeles.

—Te pongo nerviosa, ¿verdad? —comentó él, viendo sus inútiles intentos organizativos.

—No —alzó la barbilla y se quedó quieta. —No es así.

—Demuéstralo —dio un paso hacia ella. —Toma un café conmigo. O un té, lo que prefieras. Esta tarde, cuando regresemos a Londres. Hay unos cafés encantadores en Covent Carden.

—Eso depende —guardó los papeles y lo miró con suspicacia. —¿Estás investigando para una de tus historias?

—¿Qué tiene eso que ver con...? —un músculo empezó a palpar en su mandíbula. Sabotaje. —¿Has estado hablando con Joe, por un casual?

—Joe no tiene nada que ver con esto —respondió ella. —Soy perfectamente capaz de atar cabos yo sola. Hablando de eso, me preguntaba... me refiero a la investigación —ladeó la cabeza. —Está el tipo de investigación que podrías hacer para ambientación, como esta catedral. Y luego está la que te da ideas para tus personajes. Cómo se visten, qué dicen, qué hacen, ¿no? —se subió la correa del bolso. —No me gustaría tener que preocuparme de cada pequeña cosa que digo o hago.

Nick cerró los puños y los metió en los bolsillos. Tenía que comentar algunas cosas con Joe. Preferiblemente en un callejón oscuro y sin testigos.

—Esas pequeñas cosas no me interesan.

—Entonces supongo que podemos saltarnos la excursión a Covent Carden — estrechó los ojos. —No me gustaría aburrirte.

No. Syd, tú...

—Tengo que irme —se echó los rizos dorados sobre el hombro. —Hasta luego, Nick. —se dio la vuelta y fue hacia el centro de la nave, con la espalda muy rígida.

Nick se tragó una maldición, por respeto al entorno, y fue a buscar a Gracie, que descansaba sentada en un banco del coro.

—Vamos a ver la maldita Carta Magna —casi gruñó.

—Que entusiasmo —se levanto y lo siguió. —Os estaba observando a Syd y a ti. Los dos enseñabais los colmillos.

—Nunca había arruinado tantas conversaciones en mi vida —dejó escapar una maldición, —Y lo peor de todo es que no entiendo cómo ocurre.

Hizo una donación antes de salir hacia el claustro. Después llegaron a un pasillo rodeado entre columnas que rodeaba un sencillo jardín. El sol entraba entre los arcos de piedra y el olor a hierbas aromáticas inundaba la estancia. Documentación. Allí estaba, rodeado de inspiración y atmósfera perfecta para la escena de un crimen y sólo podía pensar en una mujer que se volvía patosa y defensiva cada vez que él se acercaba.

—Me cuesta creer que un hombre como tú aún no haya descubierto el porcentaje de atracción macho-hembra —comentó Gracie, sacando un paquete de chicles del bolso.

—¿El qué?

—Me has oído —empezó a quitar el envoltorio. —Es una teoría científica. — ¿Quieres un chicle?

—No, gracias.

Gracie se metió uno en la boca y volvió a guardar el paquete.

—Un hombre guapo como tú provoca una reacción inmediata en la mayoría de las mujeres, ¿correcto?

—Eso me gusta pensar. Y gracias.

—¿No fue Einstein quien dijo que para cada reacción hay otra opuesta y de la misma fuerza?

—Newton —corrigió él. —Fue él quien dijo algo así.

—Bueno. Pues ahí lo tienes. —¿Tengo el qué?

—Presta atención, Nick. El se detuvo y la miró.

—¿Quieres decir que cuanto más atracción siente una mujer por un hombre, más lucha contra ella?

—Sobresaliente para el chico —Gracie se sentó en un banco de piedra. —Algunas mujeres rechazan la reacción física inmediata a un hombre. Les preocupa mantener a raya esos instintos primitivos y el magnetismo animal —se quitó las sandalias y frotó un pie contra el otro. —En serio, es algo muy científico: reacciones químicas, magnetismo y todo eso.

—¿De qué eres profesora? —Nick alzó las cejas.

—De Literatura —movió los dedos de los pies antes de volver a meterlos en las sandalias. —¿Por dónde iba? Ah, sí, el magnetismo animal. Es algo que da miedo, sobre todo a las más reprimidas. Ya sabes... a las que son todo corrección, tipo dama.

—Pero los hombres y las mujeres siguen juntándose. Sé que ocurre. El mundo está repleto de evidencias.

—Hay una solución muy sencilla, y científica —se inclinó hacia delante. —Deja de empujar, Nick. Tranquilízate. Da marcha atrás.

—¿Sugieres que la ignore? —él frunció el ceño.

—Exacto. Volvemos al tema de la «reacción» —se recolocó en el banco. —Mira, si la ignoras ocurrirán dos cosas. Una, se preguntará por qué has perdido el interés. A la mayoría de las mujeres les gusta saber que un hombre se fija en ellas. Es el ego femenino. Si dejas de prestarle atención... ella empezará a pisarte a ti.

La teoría de Gracie parecía razonable. Nick no sabía si agradecerle el consejo o pensar seriamente en buscarse un psiquiatra. Se sentó junto a ella.

—¿Y la número dos?

—Con una mujer como Sydney, el efecto se duplica. Tiene una conciencia hiperactiva y empezará a preguntarse si ha herido tus sentimientos o si ha hecho algo malo. Créeme, cuando encuentre una forma de culparse a sí misma de todo, se apresurará a compensarte.

—No me convence esto mucho —dijo él, arrugando la frente. —Me gusta ser honesto con una mujer. Hacerle saber mi postura. Eso de atracción-reacción-distanciamiento suena al tipo de juego que los hombres siempre acusan a las mujeres de practicar.

—Menudo montón de basura —Gracie hizo una pompa con el chicle. —Los hombres practican la misma cantidad de juegos con las mujeres, y no intentes negarlo.

—¿Por qué te importa tanto la vida amorosa de Sydney? —preguntó él, suspicaz.

—Me cae bien —Gracie se encogió de hombros. ¿Y?

—Y conozco a su novio. Es un tipo más que agradable, pero totalmente inadecuado para ella.

—¿Y tú crees que yo soy adecuado?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

—Creo que eres diferente —dijo Gracie, tras estudiarlo un momento. Se levantó y se colgó el bolso al hombro. —Oye, ¿vamos a ver la Carta Magna o no?

—Sí —Nick suspiró. —No puedes ni imaginar las ganas que tengo de ver un artefacto mundialmente famoso que documenta cómo un príncipe se metió en un lío infernal.

CAPÍTULO 07

Dos días después, tumbada boca abajo en la cama del hotel. Sydney intentaba pensar en algo inteligente que contarle a su madre en su postal diaria. Escribir unas cuantas palabras sobre el castillo de Windsor no parecía suficiente para la mujer que le había regalado un precioso juego de maletas como regalo de despedida.

Sonó el teléfono y Sydney fue hacia el borde de la cama para contestar.

—Hola, al habla la señorita Gordon.

—Me alegra que sigas contestando al teléfono tal y como te enseñé —dijo su madre, —en situaciones profesionales, al menos.

—Hola, mamá —el agradecimiento de Sydney empezó a evaporarse. —¿Cómo estás?

—Liada —Meredith se mantenía ocupada con un trabajo a tiempo parcial y obras de beneficencia, lo que a Sydney le parecía muy bien. La mantenía demasiado ocupada para entrometerse demasiado en la vida de su hija. —Tenía la esperanza de encontrarte. ¿Qué has planeado para la velada libre?

Sydney controló un suspiro. Le había dejado a su madre un itinerario; debería haber supuesto que Meredith estaría pendiente de sus actividades.

—Lo decidiré con Gracie cuando ella vuelva.

—Hay otra cosa que deberías comentar con Gracie. Una fiesta post-tour.

—¿Una fiesta?

—Una fiesta post-tour. Lo he leído en Internet —Meredith esboza la idea de una reunión para intercambiar fotos con los alumnos y sus padres una semana después del regreso. —Imagina la buena impresión que daría al consejo escolar —dijo. —Por supuesto tendrías que invitar a todo el personal administrativo. Sería una forma excelente de poner en relieve todo lo que has hecho por el instituto. Y les daría una razón más para tenerte en cuenta para el puesto de profesora.

—Tienes razón, es una gran idea —lo era, y divertida, pero sabía que su madre no descansaría hasta que la pusiera en práctica, y eso al final no sería tan divertido.

A veces pensaba que su madre deseaba que consiguiera el puesto más que ella misma. Le habría gustado que su madre confiara en que podía ganárselo ella sola, porque era buena profesora.

Gracie entró en la habitación, dejó caer el bolso en el suelo y se recostó en la puerta.

—Gracie acaba de llegar, así que tengo que dejarte —le dijo Sydney a su madre. Le prometió que pensaría lo de la fiesta y colgó el auricular.

—Se acabó —dijo Gracie. —No más desvíos interesantes. No más compras de souvenirs. No más fotos con dieciséis cámaras a dieciséis estudiantes.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer después de la cena?

—Sydney guardó la postal en su bolso. —Es nuestra última noche en Londres.

—Joe ha planificado uno de esos tours de Jack el Destripador. Y la cena, también, en un pub —Gracie fue hacia la cama y se dejó caer. —Los chicos están encantados. Apuesto a que ha sido idea de Nick.

—Claro —Sydney arrugó la frente. —Suenan divertido.

—No pareces muy emocionada —Gracie ahuecó una almohada y se la puso bajo la cabeza, —¿Es porque no apruebas la idea? ¿O porque es de Nick?

—La idea está bien. Supongo que estoy causada

—estaba causada de ese tema en concreto, al menos. Nick, Nick, Nick. —Si todos los alumnos van a ir y hay suficientes monitores, creo que me lo saltaré.

—Mis pies suplican que me quede aquí, pero no puedo perdérmelo —dijo Gracie, —Dios, estoy agotada. Stratford y Windsor ayer, el Museo Británico y las compras con las chicas hoy... Creo que debemos estar batiendo un récord de turismo —cerró los ojos y gimió. —Y echo de menos el aire acondicionado.

Sydney se levantó y tiró de la ventana hacia arriba, con la esperanza de incrementar unos centímetros las oportunidades de que entrara un golpe de brisa descarriado. Allí abajo estaba Londres, esperando que ella le prestara atención. Taxis pitando, el olor a curry del restaurante indio que había a pocos metros, el hombre de la tienda de ultramarinos de la esquina, fumando un pitillo y mirando los titulares que había escritos a mano en una pizarra, junto a un montón de periódicos. Lo echaría todo mucho de menos, pero París la esperaba.

Se apoyó en el alféizar y estiró el cuello para ver a los alumnos y monitores que empezaban a reunirse en la acera. Nick salió del hotel y fue hacia el grupo. «Nick», rezongó para sí. «Nick, Nick, y más Nick».

No le había dirigido una mirada de interés masculino desde su conversación en la catedral. Lo que a ella le parecía bien. Realmente bien. Al menos no había tenido que aguantar sus ojos lobunos recorriéndola de arriba abajo. Ni su irritante y egocéntrico encanto.

Tal vez había decidido que ella no merecía la pena. Quizá no la encontraba lo bastante atractiva, o no le parecía interesante, o...

Le daba igual. No le importaba. Ni un poco. Tenía que pensar en Henry. En Henry y en su proposición. Y en si debería aceptarla.

O no.

Empezaba a preguntarse por qué no echaba a Henry más de menos, por qué no anhelaba su compañía ni le emocionaba la idea de volver a su lado. Tal vez fuera señal de que no lo amaba tanto como él se merecía. Sin duda se merecía a alguien que pasara más tiempo pensando en él y menos tiempo intentando no pensar en otro.

Tal vez Henry no fuera el problema, específicamente. Podría ser un problema más genérico. Igual no deseaba casarse aun. Ni con Henry ni con nadie.

O tenía un ataque de nervios pre-compromiso. Los días siguientes serían la oportunidad perfecta para aclararse. Sólo tenía que aclararse sobre qué hacer para aclararse.

Pero había algo muy claro: no iba a aclarar nada quedándose en una agobiante habitación de hotel su última noche en Inglaterra.

Última noche. Última oportunidad.

—Ahhhh —Gracie se bajó de la cama con un gemido y fue hacia el baño. —Será mejor que me refresque y me ponga en marcha —la puerta se cerró a su espalda con un clic.

Sydney escogió una de las guías que había sobre la mesa y la hojeó. No encontró nada que pudiera curar el cosquilleo inquieto que sentía entre los omóplatos. Durante muchos días había sido buena, responsable y controlada. En ese momento se sentía como un hervidor de agua, burbujeante y a punto de lanzar un chillido.

Con un súbito deseo de experimentar algo no explorado, hacer algo no específico, flirtear y utilizar sus armas femeninas, corrió al armario y empezó a tirar artículos de ropa por encima del hombro, buscando algo divertido. Algo sexy.

—¿Qué haces? —preguntó Gracie desde la puerta del cuarto de baño.

—Buscar algo que ponerme.

—¿Qué tiene de malo lo que llevas puesto?

—Quiero algo distinto, Algo divertido —Sydney examinó una camiseta rosa antes de lanzarla al suelo. —Algo para salir por ahí.

—¿Adónde vas a ir exactamente?

—Aún no lo sé.

Gracie miró el creciente montón de ropa del suelo.

—Recuerdo vagamente haberme quejado del tiempo que pasaste organizando tus cosas. Ahora que he compartido una habitación contigo, sé que no es más que puro disimulo. Debes de ser una de las personas más desordenadas de la faz de la tierra.

—Mañana tengo que hacer el equipaje —Sydney hurgó entre las prendas que había sobre la alfombra. —Así será más fácil clasificarlo todo.

—Si tú lo dices —Gracie no pareció muy convencida. —¿Qué es lo que buscas?

—Esto —dijo Sydney, poniéndose un chaleco blanco con una hilera de diminutos botones de perla. —Y esto —añadió, sacando una falda negra corta con varias capas de finos volantes.

—No sabía que tu vestuario incluyera algo que no te llegase hasta los tobillos —dijo Gracie.

—¿Dónde están los pendientes largos? —preguntó Sydney, ignorando la pulla. —¿Los de cristalitos negros?

—El que seas capaz encontrar alguna de tus cosas me parece un misterio incomprensible.

Sydney se levantó el pelo en un moño suelto y se echó el flequillo a un lado. El chaleco, muy escotado, resultaba sugerente, y la falda apenas le llegaba a las rodillas. Se puso unas sandalias de tacón bajo y buscó su colonia.

—Puede que tus alumnos no tengan toque de queda, pero parece que a ti te haría falta uno —Gracie estrechó los ojos. —¿Se puede saber qué te pasa?

—No lo sé —dijo Sydney. Fue hacia la puerta y le dedicó una sonrisa tranquilizadora a su compañera de habitación. —Estoy inquieta, supongo.

—No vuelvas tarde.

—No me esperes levantada.

—No olvides que tenemos que madrugar mañana. Y aun tienes que hacer el equipaje.

—No te preocupes por mí —Sydney abrió la puerta. —Seguramente acabaré mirando escaparates en Knightsbridge —salió al pasillo. —O en un pub,

experimentando la vida nocturna británica de cerca. Haciendo mi aportación personal para mejorar las relaciones internacionales.

—Oh, cielos —musitó Gracie> mientras Sydney cerraba la puerta.

Sydney tomó el metro hasta la parada de Knightsbridge, cercana a Harrods, y subió las escaleras para salir. Calle abajo, los cientos de bombillas iluminaban la enorme fachada de la tienda adquirían un suave tono marfil en ese atardecer de verano. El flujo de coches y taxis era constante y una auténtica Babel de lenguas se dejaba oír en la concurrida acera.

—Buenas tardes —una voz profunda se alzó por encima de las demás.

Sydney se dio la vuelta y estudió al acicalado hombre que se apoyaba en el umbral del pub de la esquina. Parecía tener su misma edad y Nevaba el típico traje de negocios negro que era casi un uniforme en el distrito dedicado a la banca.

—Buenas tardes —contestó.

—Ah, una americana —sonrió él, mostrando montones de dientes en la estrecha mandíbula.

—Así es.

—¿De qué parte del país?

—California.

—¿En serio? —él se enderezó. —¿Vives cerca de la playa?

Era la pregunta que solía seguir automáticamente a la palabra «California».

—No. En el este las montañas.

—Uno no suele imaginarse eso —señaló la puerta del pub con el pulgar. —¿Te apetece entrar a tomar una pinta?

Sydney se había preguntado si se lo ofrecería, y qué contestaría si lo hacía. Entró rápidamente, antes de poder recordar todas las razones por las que debería rechazar la invitación, y se arrepintió de su impulsiva decisión un momento después. En los pubs ingleses por lo visto aun no había zona separada para fumadores y la nube de humo la hizo toser.

La clientela era en su mayoría joven, moderna y del mundo de los negocios. Miró su chaleco y su falda y se sintió claramente poco vestida para una copa tras la jornada de trabajo.

Su acompañante la guió a una mesa tranquila, al final del local.

—Soy Phillip Aynsley.

—Sydney Gordon —dijo ella, sentándose en el centro del banco acolchado. — Encantada de conocerte.

El se aflojó la corbata antes de sentarse enfrente.

—¿A qué te dedicas en California?

—Soy... actriz —no era exactamente mentira. Ya puestos, igual daba ocho que ochenta. Era su última noche.

—¿En serio? —Phillip arqueó una ceja rubia oscura. —Una actriz de California que no vive cerca de Hollywood. Me parece extraordinario.

Ella sonrió ante su forma de decir la palabra, alargándola y saltándose la mitad de las consonantes. Decidió practicarla más tarde, dejando que bajara por su garganta y se deslizara sobre su lengua, con un acento tan correcto y de clase alta.

—Trabajo en el teatro, no en el cine —explicó, mientras él le hacía una seña a un camarero.

Sydney se preguntó qué papel representar esa noche. ¿Turista curiosa? ¿Mujer fatal? Tal vez algo un poco menos corriente.

Decidió permitirse un poco de diversión inofensiva, coqueteando con un hombre atractivo al que nunca volvería a ver. Una sola representación, y la Sydney Gordon de esa noche sería mucho más interesante que la real.

Un camarero de mediana edad llegó con dos pintas de cerveza oscura y una abierta sonrisa de admiración para Sydney. La bebida era terrible, caliente y demasiado fuerte para su gusto. Luchando con la cerveza y el humo, decidió que «la experiencia pub» era una parte de la cultura inglesa que no tenía interés en absorber.

Sorbió su bebida con coraje, cruzó una larga pierna sobre la otra y se preparó para su papel de esa noche: Sydney Gordon, espíritu libre y gitana del escenario, huyendo del fin de una aventura con el batería de un grupo rock... una hombre bestial y abusivo llamado Nick Martelli.

Su audiencia reaccionó con el interés, el horror y la compasión que merecía su historia, y después de una hora, se dispuso a dar el siguiente paso de la velada.

—Se está haciendo un poco tarde —dijo él.

—Y yo tengo planes para mañana temprano.

—Lamento oír eso —dijo Phillip. —Estaba a punto de proponerte una cena tardía en un club que conozco, y quizá bailar un poco.

—Suenan divertido, pero... estoy ya tan cansada de los clubes, ¿sabes? —dejó caer la servilleta en la mesa y aprovechó la oportunidad de escapar del sofocante humo y el líquido oscuro del vaso.

—Entonces, permite que te escolte a tu hotel. Así tendremos oportunidad de prolongar nuestra reunión —se inclinó sobre la mesa y pasó una mano, de manicura perfecta, sobre la de ella. —Eres una mujer fascinante, Sydney.

CAPÍTULO 08

A Sydney nunca le habían dicho que fuera «fascinante». Guardó el trofeo verbal como recuerdo de su actuación de esa noche y, ruborizada por su pequeña victoria, aceptó la oferta.

—¿No llevas un chal? —preguntó él, cuando llegaron a la puerta.

—No. Pero estoy bien, en serio —dijo, aunque la brisa nocturna le erizó el vello de los brazos desnudos.

Phillip ignoró su protesta y le puso su chaqueta sobre los hombros. El aroma de su colonia en el tejido le pareció demasiado íntimo y se estremeció al sentir la leve presión de su mano en la espalda. El la condujo a un reluciente Jaguar negro.

—Es un coche precioso —dijo ella.

—Es un capricho, me temo —la ayudó a subir y cerró la puerta con suavidad. Ella se hundió en el cuero, agradeciendo que la oferta de Phillip no incluyera la utilización del transporte público.

—La valoración de este modelo como pieza de coleccionista no justifica su precio de compra —siguió él, acomodándose tras el volante. —Suelo ser más conservador en mis inversiones.

Y pasó a explicarlas con un detalle abrumador. Inversiones. Otro hombre previsor y enamorado de la banca. Primero Henry, ahora Phillip. Parecía ser como un imán para ese tipo de hombres.

Se dijo, con un suspiro resignado, que seguramente eso era bueno.

El coche se detuvo suavemente unas manzanas después de Piccadilly Circus y ella volvió la cabeza hacia la ventanilla. Una atractiva pareja joven, con trajes ejecutivos, se detuvieron bajo la luz de una farola. El hombre se inclinó hacia la mujer, como si fuera a susurrarle algo y ella alzó el rostro. Él sonrió, pasó un brazo por su cintura y la inclinó hacia atrás para después capturar su boca con un beso fiero.

Ella se apretó contra él y agarró las solapas de su abrigo para equilibrarse, mientras su cabello claro describía un arco resplandeciente bajo la luz de la lámpara. Los trajes de ambos parecieron fundirse en una única sombra oscura y sus maletines se bambolearon de un lado a otro, hasta que chocaron sin que ellos se dieran cuenta.

Sydney se tragó un suspiro sentimental. Una vez se había sentido como esa pareja, había conocido ese abandono total, esa fusión completa con otra persona. La excitación, el vértigo, el éxtasis y la caída y muerte fulminante de una pasión que robaba el aliento y la cordura.

Y en ese momento tenía a Henry. Aunque nunca había compartido un momento así con él, y dudaba que llegara a hacerlo, era capaz de apreciar lo que había encontrado: un hombre perfecto que aseguraba la amaba mucho, muchísimo.

Lo llamaría cuando regresara al hotel y le diría que ella también lo amaba. Le debía una disculpa por su extraño estado de humor esos últimos días.

Sintiéndose mucho más tranquila, bajó del coche cuando Phillip se detuvo junto a la entrada del hotel, con la intención de devolverle su chaqueta y murmurarle su agradecimiento. Pero él insistió, con la empecinada cortesía británica, en escoltarla hasta la puerta.

Por la imaginación de Sydney pasaron varias escenas embarazosas cuando agarró su brazo y la guió escaleras de mármol arriba. Todas incluían ofrecer a sus compañeros de tour la escena de su llegada tardía con el desconocido que se había ligado en un bar. La representación de esa noche empezó a adquirir un regusto amargo.

El vestíbulo estaba vacío, exceptuando al recepcionista calvo que había tras el mostrador. Entonó una silenciosa oración de agradecimiento y sacó la llave del bolso mientras Phillip le quitaba la chaqueta de los hombros y se ponía su mano en el brazo. Contuvo la respiración mientras se acercaban a los ascensores, contando los pasos que restaban para alcanzar la seguridad sin ser vista.

Del bar a oscuras llegó el sutil sonido de hielo chocando con cristal. Sydney miró por encima del hombro y vio unas piernas embutidas en pantalones vaqueros estiradas sobre la alfombra. Piernas conocidas, largas y esbeltas, que había visto extendidas en el pasillo del autobús del tour con frecuencia.

Nick Martelli estaba hundido en un ancho sillón y le prestaba toda su atención. Su mirada subió desde las sandalias, trazó un camino por sus piernas hasta el bajo de la falda y luego se detuvo para examinar con calma el escote de su chaleco.

Ella casi sintió la mirada deslizarse por su piel, dibujando cada hueco y curva de su cuello y de su rostro. Se sonrojó. Él tomó un largo trago y la miró por encima del borde del vaso, devorándola con los ojos.

Un leve tirón de Phillip le recordó que aún tenía la mano en su brazo. Se dijo que no tenía nada de lo que ruborizarse y se preparó para ver la sonrisa torcida y burlona de Nick. Pero su boca tenía un rictus distinto esa noche, algo serio y determinado. Y también había algo diferente en su expresión, entre desaprobadora y posesiva. Estrechó los ojos que brillaron, negros como el carbón, y un músculo se tensó en su mejilla.

Ese era un nuevo Nick. Un Nick peligroso. La clase de Nick que encajaba con los cardenales desvaídos, los cortes cicatrizados y la sombra de barba que oscurecía su mandíbula. Se estremeció con aprensión y, que Dios la ayudara, con cierta excitación también.

Se preguntó qué le ocurría esa noche. No era el tipo de mujer que buscaba hombres peligrosos. Nada de cuero negro gastado, armas ilegales ocultas, coches deportivos ni escenas de sexo rápido y ansioso en callejones oscuros. Nick parecía recién salido de ese escenario y a punto de volver a él. No entendía por qué de pronto sentía la tentación de acompañarlo.

Para su horror, él dejó el vaso en la mesa, se levantó lentamente y fue hacia ellos, deteniéndose junto a Phillip. Se movía con calma, pero ella notó la tensión que emanaba de su cuerpo. Contuvo la respiración y esperó, atrapada por su mirada férrea.

—Hola, Syd —saludó él, cruzando los brazos sobre el pecho y apoyando el hombro en la pared.

—Hola, Nick —contestó ella con voz débil.

—¿Nick? —Phillip se volvió hacia Sydney. —¿Éste es Nick?

Nick. El músico de rock loco. Ella contuvo un gemido avergonzado.

—Nick Martelli, sí —Nick no dejó de mirarla mientras contestaba a la pregunta de Phillip. —¿Tienes algún problema con eso?

Phillip la empujó para colocarla detrás de él y alzó una mano.

—Veras, Nick. No creo que Sydney quiera verte en este momento.

Una esquina de la boca de Nick se alzó en un grotesco simulacro de sonrisa, se enderezó y se acercó más, hasta que la mano de Phillip le rozó el pecho.

—¿En serio? —preguntó con voz sedosa y amenazadora.

—Sí —Phillip se aclaró la garganta, pero no bajó la mano. —Eso creo, sí.

La campanilla del ascensor tintineó alegremente y la puerta se abrió. Ninguno se movió.

Sydney oyó algo que parecía el ruidito que haría un ratón antes de que alguien lo pisara. Pensó que tal vez lo había emitido ella.

—¿Y por qué razón? —Nick se inclinó hacia delante, apretando contra la mano de Phillip.

—Ha venido aquí para huir de ti.

—¿De mí? —Nick apartó la mano de Phillip.

—Nick, no —Sydney intentó rodear a Phillip, pero él se movió, bloqueándola. Parecía estar inmersa en una escena mala de una obra teatral de segunda, pero era real. —Por favor, no —suplicó.

—Por favor no, ¿qué? —Nick la miró con el ceño fruncido.

Phillip volvió a alzar la mano y Nick cerró los puños.

La puerta del ascensor empezó a cerrarse. Sydney pulsó el botón y soltó un suspiro de alivio cuando la puerta volvió a abrirse.

—Lo que sea que estés pensando hacer —le dijo.

—¿Y qué podría ser? —preguntó Nick.

—Oigan —dijo el recepcionista desde el mostrador. —¿Hay algún problema con el ascensor?

—No —contestó Sydney, —Ningún problema. ¿Verdad, Nick?

—Ninguno —señaló el ascensor con la cabeza. —Entra, Syd.

—Espera —Phillip agarró su brazo, impidiendo su huida. La puerta se cerró. Ella se liberó y pulsó los botones con pánico. No ocurrió nada durante un momento, luego se oyó el ruido del ascensor empezando a subir.

«Dios, oh. Dios, oh Dios», pensó ella.

—No tenías por qué ir a ningún sitio con este hombre —dijo Phillip. —Puedes venir a casa conmigo. Yo te mantendré a salvo.

—¿A salvo? —repitió Nick. —¿A salvo de qué?

—De ti —contestó Phillip.

Sydney apoyó la cabeza en la puerta del ascensor, deseando que se abriera, ya, para poder caer por el agujero y desaparecer.

—¿Alguien necesita ayuda? —el recepcionista salió de detrás del mostrador. — Puedo llamar a asistencia.

—Gracias —dijo Phillip. —Eso no será necesario.

Ella dio un respingo al oír un ronroneo que subía de volumen. Unos segundos después sonó la campanilla y la puerta se abrió.

—El ascensor funciona bien. Vamos a subir ahora mismo —se metió dentro, agarró la manga de Nick y tiró de él para que entrase también. —Buenas noches, Phillip, y... —la puerta se cerró, apagando sus palabras. —Gracias —le dijo a su reflejo en metálico.

—¿A salvo? —Nick, con las manos en las caderas, se inclinó hacia ella y la miró fijamente. —¿De mí?

—Deja que te explique... —dio un paso atrás.

—¿Qué es esto? ¿Una variante de la rutina del ladrón de maletas?

—Ha sido un simple malentendido —dijo ella pasando de la vergüenza a la ira y tomando la ofensiva. —¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué pretendías hacer ahí abajo.

El ascensor se detuvo y la puerta se abrió.

—¿Es así como conseguiste que te golpearan? ¿Eso fue lo que le ocurrió a tu ojo? —preguntó. —¿Buscaste pelea con alguien?

Una pareja mayor estaba en el pasillo, mirando a Nick con ansiedad. Nadie se movió. La puerta se cerró y el ascensor se puso en marcha de nuevo.

—No, eso no es lo que ocurrió —Nick señaló la puerta. —Y es obvio que ahí abajo no prestabas atención, porque no fui yo quien inició la pelea.

—¿Ah, no? —ella alzó la barbilla.

—No —se acercó hasta estar nariz contra nariz.

—Ya veo —sus ojos se cerraron hasta convertirse en dos rayitas. —Simplemente decidiste ser tú quien le pusiera fin, ¿no era eso lo que pensabas?

—No, no pensaba eso. ¿Ah, no?

—No —dijo él, —¿Quieres saber lo que estoy pensando ahora mismo?

Algo chisporroteaba en el aire, algo distinto de la ira y el ego. Algo oscuro y excitante, igual que lo que ella había percibido en el vestíbulo. Algo que decidió ignorar porque tenía que concentrarse en sus siguientes palabras, en vez de preguntarse qué era lo que le aceleraba el pulso, le quitaba el aliento y hacía que su piel ardiera como si estuviera en un horno.

—Ya —le espetó con sarcasmo. —No puedo esperar.

—Bien —sus largos dedos le rodearon los brazos y la atrajo contra sí. —Yo tampoco.

Ella podría haber luchado. Tenía la energía suficiente y estaba lo bastante excitada para darle un empujón y añadir otro cardenal a su colección.

Pero el problema era que también lo estaba lo bastante para desear que la besara. Por todos sitios. En ese momento. Rápido, duro, húmedo y...

Sonó la campanilla del ascensor. La puerta se abrió como el telón de un escenario y allí estaba ella, envuelta por los brazos de Nick mientras Eric, Matt y dos de las chicas de Filadelfia los miraban boquiabiertos y atónitos desde el pasillo.

—Señorita Gordon —dijo Matt. —íbamos a, eh...

—¿Salir después de la hora? —Nick soltó a Sydney y apoyó una mano en la puerta del ascensor.

—Oh, no —dijo Eric. —Nosotros no. Las chicas negaron con la cabeza.

—Desde luego —dijo Nick. No lo creía. Miró a Sydney por encima del hombro.

—Yo no he visto a ningún alumno intentar subir a este ascensor para salir después del horario permitido. ¿Y tú?

—No creo que...

Él movió la cabeza y se volvió hacia los alumnos.

—Y vosotros no nos habéis visto a la señorita Gordon y a mí, ¿verdad?

—No —contestaron las dos chicas.

—No hemos visto nada —dijo Matt.

—Porque no estábamos aquí, ¿verdad? —añadió Eric. —Estábamos en nuestras habitaciones.

—Sí —afirmó Matt. —No ha pasado nada.

—Buenas noches —dijo Nick.

—Vale —asintió Eric. —Buenas noches.

—Buenas noches —dijeron las chicas.

Nick bajó la mano para dejar que la puerta se cerrase y se volvió hacia Sydney.

—¿Qué pretendías con ese «no creo que...»? Intentaba salvarle el trasero profesionalmente hablando. Por no mencionar hacerme cargo de tus funciones de monitora.

—Nadie te ha pedido que asumieras mi responsabilidad como monitora. Y mi trasero estaba perfectamente antes de que tú le pusieras las manos encima.

—No te preocupes, tu trasero está a salvo —se metió las manos en los bolsillos. —No volveré a cometer ese error.

—Gracias a Dios.

La puerta se abrió en la planta de Sydney y ella salió del ascensor.

—Nick, yo...

El pulsó un botón y lo último que vio Sydney mientras la puerta se cerraba fue su mirada ardiente y enfadada.

Cerró los ojos e intentó con todas sus fuerzas no estallar en una exhibición de fuegos artificiales de frustración sexual en el pasillo del hotel.

«Oh, Dios mío».

CAPÍTULO 09

—Disculpa... ¿Henry?

Henry alzó la vista de los documentos que tenía perfectamente ordenados sobre la mesa. Barbara, la recepcionista de la oficina, una más de las mujeres con afán maternal de su vida, estaba en el umbral.

—Ha venido una joven a verlo —dijo.

Él apartó los pensamientos de su planificación para plantearse el posible motivo de esa interrupción.

—Es extraño —dijo. —No tengo ninguna cita programada.

—Lo sé —el labio superior de Barbara se alzó con disgusto. —No tiene una.

Él enarcó una ceja y esperó.

—Dice que es personal.

El tono de voz de Barbara le indicó que no creía que eso fuera posible. Dejó caer el bolígrafo y se recostó en la silla, sintiendo curiosidad por saber quién había conseguido que el labio de su recepcionista se torciera así.

—Puede hacer que pase, por favor.

—De acuerdo —Barbara titubeó, jugueteando con las gafas que colgaban de su cuello de una cadena, como si quisiera darle una última oportunidad de cambiar de opinión. —Le pedí que esperara en recepción. Iré a buscarla.

El se puso en pie y, enderezándose la corbata, cruzó su espacioso despacho. Prefería recibir a sus clientes e invitados en la puerta, en vez de tras la satinada amplitud de su escritorio. Las primeras impresiones eran importantes y él siempre procuraba que la suya fuera una de bienvenida.

La puerta se abrió. Barbara hizo entrar a la visita sorpresa y a él se le heló la sonrisa en la cara.

—Harley.

—Hola, Hank —lo saludó alegremente con la mano, entrando en la habitación. A su espalda, el labio de Barbara entabló un baile insólito.

Harley fue hacia la ventana, una mancha de neón dentro de ese mundo de caoba y cuero. Su camiseta demasiado ajustada y sus pantalones cortos, demasiado cortos, estaban tan fuera de lugar como el sonido de sus chanclas en el suelo. Tenía las manos a la espalda sujetando una arrugada bolsa de papel marrón, y un colgante de plata, de diseño abstracto, brillaba sobre la curva suave de su escote.

El apartó la vista del colgante. No tenía sentido admirar el escote de... No cuando tenía el pecho de Sydney para... no cuando Sydney estaba ausente... no cuando...

Harley se inclinó hacia delante para estudiar el título de la lámina de Kandinsky enmarcada, y sus pantalones cortos mostraron un poco más la parte trasera de sus largas y morenas piernas.

Maldición. Como punto de vista alternativo, sus muslos no mejoraban la situación. Y era una lástima, porque eran unos muslos muy atractivos. Músculos, huesos y piel reunidos formaban una combinación fascinante.

—Este sitio está muy bien —dijo ella. Se enderezó y le ofreció una de sus amplias y contagiosas sonrisas. Parecía tener más dientes que la mayoría de la gente, y los lucía a menudo. —Muy bonito.

—¿Quiere algo de beber, señorita Maxwell? —preguntó Barbara, con rigidez.

—No será necesario —dijo Henry, antes de que Harley pudiera contestar. —Estoy segura de que acabaremos enseguida.

Barbara lanzó una última mirada asesina a Harley y cerró la puerta a su espalda. Harley miró el lugar donde había estado la recepcionista y se puso bizca.

Henry se esforzó por contener una sonrisa.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó.

—Nada —apoyó una cadera en el escritorio y colocó la bolsa de papel junto a su muslo. Su muslo largo y bronceado.

Henry nunca se había fijado antes en lo bien formadas que estaban las piernas de Harley. Sí que las había mirado un par de veces, porque se merecían una ojeada. Pero ese día parecían las de una cabaretera. Él no era ningún experto en piernas de cabareteras, pero suponía que debían de ser como las de Harley. Muy, muy bonitas.

Pero no tan bonitas como las de Sydney, se dijo, y alzó la vista hacia el rostro de la chica.

—Pensé que querrías recuperar esto —dijo ella, —pero no sabía cómo localizarte —dio un golpecito en la bolsa de papel.

Él esperó a que acabara.

—Te lo dejaste —siguió ella. —Ya sabes... el otro día —desvió la vista hacia el cuadro de la pared y apretó los labios.

Henry comprendió que se sentía avergonzada y sintió una punzada de remordimiento. No había considerado en ningún momento cómo podría sentirse la amiga y vecina de Sydney con respecto al beso. Desleal y disgustada, seguramente.

—Lo siento —dijo.

—No importa —ella alzó un hombro con indiferencia. —Resulta que esto está cerca de la oficina de correos y tenía que ir, así que no ha sido problema.

—Gracias —colocó la bolsa en un extremo del escritorio y sintió el peso de su vaso de cóctel a través del papel. —Pero no te estoy pidiendo disculpas por hacerme el favor de traer esto hasta aquí.

—Oh —ella se miró las manos que tenía sujetas sobre el regazo. —Bueno. Eso tampoco importa.

Él luchó contra el extraño anhelo de extender el brazo, colocar un dedo bajo su barbilla y alzar su rostro para mirarla a los ojos. Eran del mismo color que su whisky. Cálidos, intensos y salpicados de destellos dorados. Abrió y cerró los dedos y después se situó tras el escritorio, para que su amplia superficie se extendiera como un océano entre ellos.

Fue un error táctico. Desde esa nueva posición, tenía una perspectiva fantástica de la curva de su cintura.

—Espero no haberte ofendido —carraspeó.

—No —ella lo miró por encima del hombro, con las pestañas entrecerradas. No llevaba la habitual capa de porquería negra. Sin las espesas y rígidas capas de maquillaje parecía más joven. Casi... lozana.

Dentro del estilo rubia de bote y ropa de rebajas.

—No me ofendí. No te preocupes por eso.

—De acuerdo —golpeó el borde del escritorio con un dedo. —Bueno, yo... gracias, otra vez, por traerme esto, y...

Se abrió la puerta del despacho y entró Martin Brandwyn, el cofundador de la empresa. Delgado, de pelo cano y sólo levemente encorvado por la edad, Brandwyn había sido mentor y promotor de Henry hasta llevarlo a su situación actual de candidato con más posibilidades de convertirse en socio propietario.

Harley se bajó del escritorio con un gemido y tiró del bajo de sus pantalones. Brandwyn observó el movimiento y sus ojos se estrecharon levemente.

—Perdona —dijo, alzando una espesa ceja. —No sabía que estabas en una reunión. Con una denta.

—Harley Maxwell —Henry volvió a estirarse la corbata, —te presento a Martin Brandwyn.

—Encantada de conocerlo, Martin —Harley le ofreció la mano y una de sus soleadas sonrisas.

—El placer es mío, señorita Maxwell —la expresión escrutadora de Martin no encajaba con el tono amable de su voz. —Es señorita, ¿no?

—Sí —ella se echó el pelo sobre el hombro con un leve giro de cabeza, —Pero no soy una denta. Soy una amiga. De Hank.

—Harley es la vecina de Sydney —aclaró Henry.

—Ah, entiendo —la sonrisa de Brandwyn se templó varios grados. —Una mujer maravillosa, Sydney. Y la causa de mi visita, en cierto sentido.

—Bueno, pues no se preocupe por mí —intervino Harley. —Ya me iba.

Henry la acompañó hasta la puerta.

—Ha sido un placer, Martin —le dijo a Brandwyn con una sonrisa. Se detuvo en el umbral. Nos vemos, Hank.

—Sí —contestó Henry. —Y gracias otra vez.

—De nada —se despidió agitando los dedos, sonrió de nuevo a Brandwyn y se fue contoneándose por el pasillo, hacia la zona de recepción.

Parecía un contoneo. Henry no podía estar seguro, pero pensaba que la forma en que sus caderas se movían de un lado a otro, como un metrónomo al revés, era un síntoma. Se quedó disfrutando del espectáculo un momento más de lo que habría debido y cerró la puerta.

—¿Hank? —Brandwyn arrugó la frente.

—Es sólo una broma entre vecinas —Henry se metió las manos en los bolsillos. —¿Qué tenías que decirme relacionado con Sydney?

—Ah, sí —Brandwyn lanzó una mirada nada sutil hacia la puerta. —Tu prometida estará fuera de la ciudad durante varios días.

Herir y intentó controlar la frustración que sentía, junto con su culpabilidad, confusión y preocupación. Sabía que no estaba bien culpar de todos sus problemas con Sydney al tour por Europa, pero tenía unas ganas endiabladas de hacerlo.

—Técnicamente no es mi prometida.

—De momento, no. Pero supongo que lo será pronto. Según tengo entendido, tienes planes.

—Sí, así es. Y espero convencerla para que sea mi prometida. Mi esposa.

Las anchas cejas de Brandwyn se juntaron sobre el puente de su nariz.

—Esperar y desear no basta. Bario w.

—No, señor —Henry se preparó para recibir la «charla de lo que ocurre».

—Las cosas ocurren porque hacemos que ocurran.

—Sí señor.

—Si quieres que ocurra algo, debes encontrar la manera de conseguir que ocurra.

—Lo haré, señor.

—Me alegra oírlo —Brandwyn asintió, aparentemente satisfecho de que al menos una de las personas que estaban allí hubiera conseguido hacer que ocurriera algo. —Ahora, la razón de mi visita. Blenda y yo hemos invitado a los socios y a sus esposas a cenar mañana, y nos gustaría que te unieras a nosotros.

—Gracias, señor —eso era lo que Henry había buscado desde su primer día en la empresa. Sólo tenía que negociar los últimos pasos de baile y se convertiría en socio. Curvó los dedos dentro del bolsillo y los apretó.

—Es una lástima que tu prometida no esté en la ciudad —dijo Brandwyn. —A Brenda le gustó verla en la... ¿qué evento era?

—La recaudación de fondos para el teatro local.

—Ah, sí. El teatro —Brandwyn entrecerró los ojos y Henry creyó ver un atisbo de desagrado.

—Las artes son un bien valioso para una comunidad —Brandwyn hizo una pausa y alzó una ceja. —Aunque supongo que algunos no desearían que un miembro de su familia se involucrara demasiado íntimamente con determinadas artes creativas.

—Estoy seguro de que tiene razón, señor —Henry se aclaró la garganta. —Hay un lugar y un momento adecuado para la creatividad.

Brandwyn lo escrutó y su entrecejo se frunció aun más.

—A veces. Barrow, no sé qué pensar de ti.

—¿Señor?

Brandwyn agitó la mano, desechando la pregunta.

—Bueno. Entonces, mañana por la noche. ¿A las siete?

—Allí estaré —Henry abrió la puerta y se hizo a un lado. —Gracias, señor.

—De nada —Brandwyn hizo una pausa antes de salir. —¿Hank?

—La señorita Maxwell tiene un sentido del humor bastante retorcido.

—Sí —al anciano le tembló la boca. —Pero unas piernas muy bonitas.

—No me había fijado, señor.

Brandwyn soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro.

—Así debe hablar un hombre cuya futura prometida está fuera de la ciudad. Bien hecho, Barlow.

—Gracias, señor.

Después de que Brandwyn desapareciera tras la esquina, Henry cerró la puerta y se sentó tras su escritorio. Miró varios minutos la bolsa de papel arrugada y después la metió en un cajón y volvió a sumergirse en el abismo de las propiedades de los Grundbock.

—¿Chicle?

Nick bajó el periódico y miró a Gracie por encima del borde. Era la mañana del vuelo a París. Llevaba un rato sentado en el vestíbulo, releyendo el mismo párrafo una y otra vez, mientras por su mente desfilaban escenas y sensaciones de la noche anterior. La imagen de la mano de Phillip en el brazo de Sydney. La cólera que lo había invadido cuando el británico la había apartado de su alcance. El tacto suave y blando de su cuerpo cuando la tomó en brazos. La confusión de sus ojos cuando bajó la boca hacia la suya. Su propia confusión con respecto a lo que casi había ocurrido y a cuándo deseaba que volviera a ocurrir. Por qué deseaba que el suceso se repitiera.

—¿No es un poquito pronto para eso? —criticó, mirando con desagrado el paquete de chicles.

Gracie se encogió de hombros y guardó el paquete en el bolso.

—Supongo que debería reducirlos. Ya estoy negando a un paquete al día.

—¿Ex fumadora?

—Sí.

—Puede que no me interese mascar —dijo él, doblando el periódico y dejándolo a un lado, —pero esperaba que pudiésemos hablar de algunas de tus teorías científicas.

—Me encantaría, pero no puedo —suspiró. —Estoy buscando a Edward. Tengo que preguntarle si puede retrasar nuestra salida unas horas. No creo que mi compañera de habitación consiga hacer el equipaje antes de mediodía.

—¿Está enferma? —la irritación de Nick se esfumó.

—No, no —Gracie movió la cabeza. —Sólo está teniendo problemas para organizarse.

—¿Syd? ¿Problemas de organización?

—Si tú supieras... —Gracie suspiró de nuevo y lo miró de reojo. —Ayer estuvo por ahí hasta muy tarde.

—Lo sé.

—¿La viste regresar?

—No juegues, Gracie —entrecerró los ojos. —Seguramente le has sacado cada detalle.

—El pozo se secó antes de llegar a lo bueno —sonrió. —¿Tal vez te gustaría darme los detalles?

El soltó lo que casi fue un rugido.

—Vale —dijo ella. —Tal vez haya llegado el momento de acabar con el tratamiento de silencio. Ya está bastante molesta, lo noto.

—Debe de ser por toda esa culpabilidad que siente —apuntó Nick.

—¿Por qué iba a sentirse culpable Syd? —Gracie esbozó una sonrisa angelical. —Es una joven soltera y atractiva que tenía un rato libre. Parece que lo pasó muy bien. Hasta que llegó aquí, claro,

—¿Y qué pasa con el novio que tiene en casa?

—¿Qué pasa con él?

Nick se inclinó hacia delante e hizo una pausa para maldecir a su indomable curiosidad y mortificarse por lo bastante débil como para cotillear.

—¿De qué va esa historia?

—¿Por qué quieres saberlo?

Él apretó los dientes.

—¿Dónde está Joe? —preguntó Gracie, recorriendo el comedor con la vista.

—Escondido —Nick se recostó y esbozó su propia sonrisa angelical.

CAPÍTULO 10

Sydney pascaba por el Boulevard des Batignolles poco después de que el grupo se hubiera registrado en el hotel de París, haciendo recuento de sus primeras impresiones de la ciudad. Los clientes tempranos paladeaban su vino en las diminutas mesas de las terrazas, mientras enormes matronas pasaban a su lado, con baguettes asomando de las bolsas de compra que colgaban de sus brazos. Sobre los coloridos toldos, adornos de hierro forjado sobresalían de los balcones y las ventanas de las buhardillas acentuaban los tejados a dos aguas.

Miró su reloj mientras esperaba a que el semáforo cambiara de color, preguntándose cuánto tiempo más tardaría en cumplir su cometido. El malhumorado conserje debía de estar disfrutando de su broma privada, tras embarcarla en una excursión de kilómetro y medio. Sin duda debía haber un cajero automático más cerca del hotel.

Era culpa suya. Había estado tan concentrada en evitar a Nick Martelli esa mañana, durante la salida de Londres, el viaje en autobús a Dover, el corto viaje en el ferry y el traslado al hotel, que se había olvidado de cambiar dinero. Necesitaba euros y los necesitaba pronto.

Nick. Incluso en ese momento, el recuerdo de los momentos pasados en el ascensor le aceleraba el pulso y teñía de rubor sus mejillas. No había llamado a Henry cuando llegó a su habitación, no tenía ni idea de qué decirle. De qué hacer.

De qué sentir.

Perdida en sus pensamientos, se despistó con el semáforo y cruzó ante un conductor impaciente. Oyendo el pitido del claxon a su espalda, llegó apresuradamente a la acera y casi chocó con un hombre que había junto a la puerta de un estanco.

El hombre comenzó a caminar a su lado, mirando su ropa, sus manos, su cabello, su bolso. Sydney aceleró el paso, pero el hombre alargó la zancada y se mantuvo a su lado.

Lo miró intranquila. Pelo oscuro con entradas echado hacia atrás, retirado de su rostro delgado y descolorido, que desaparecía bajo el cuello de una ajustada chaqueta de poliéster con un horrible respunte de un color chillón. Los desvaídos vaqueros que se veían bajo la chaqueta eran aún más ajustados.

Empezó a hablar, en francés, por lo que le pareció a ella. Agarró su bolso con más fuerza y caminó aún más rápido; le dolían las piernas y la espalda de la tensión, pero él se acercó más a ella. Se preguntó si debía detenerse y explicarle que no entendía. Pero decidió que sería mejor ignorarlo y andar aún más deprisa. Antes o después, él perdería el interés.

Se centró en el semáforo que había en la esquina siguiente, suplicando mentalmente que siguiera verde. Era muy consciente del fuerte olor de la ropa del desconocido y de su cigarrillo, del brillo aceitoso de su pelo, de los cientos de euros que llevaba en la cartela, de que ninguno de los miembros del tour sabía dónde estaba en ese momento y de su incapacidad de comunicarse con la gente que la rodeaba. Los que pasaban a su lado parecían mirarla con frialdad, a ella y al hombre que estaba lo

bastante cerca para extender la mano y tocarla. Sydney se preguntó si oían lo que le estaba diciendo, si entendían sus palabras.

El semáforo cambió. Se detuvo de golpe, con el pecho tenso de ansiedad y los nudillos blancos de la fuerza con la que aferraba el asa del bolso. Él se situó delante de ella y sus ojos se pasearon con insolencia por su blusa, su bolso y el collar que llevaba al cuello. Después habló de nuevo, mostrando una sonrisa amarillenta. Se inclinó hacia delante y ella dio un paso atrás, rozando la mesa de una terraza. El desconocido masculló algo a sus ocupantes y se rieron con él. Ella se movió hacia un lado, pero él le cortó el paso y la obligó a retroceder hacia la zona oscura bajo el toldo de rayas verdes y blancas.

—¡Sydney! —Nick llegó corriendo y la envolvió con un abrazo de oso. La besó en la mejilla con fuerza y le susurró al oído: —Simula que me quieres o puede que ambos tengamos problemas.

—¡Nick! —le lanzó los brazos al cuello. Una mezcla de pánico y alivio hicieron que olvidara cualquier resto de vergüenza por su comportamiento durante la discusión de la noche anterior. En sus brazos tenía sensación de solidez y seguridad, era perfecto. Sorprendentemente perfecto. Todo en ella se calmó y paralizó durante un momento, y después volvió a arrancar con una reacción emocional de otro tipo. Que la confundía.

El la apretó con más fuerza y ella cerró los ojos y enterró la nariz en el cuello de la camisa. Estaba afectada. Había recibido un susto enorme. No debería estar notando cosas como el delicioso aroma de su piel o la dureza de su barba en la piel, o la anchura de sus hombros, o cómo su cabello formaba ondas alrededor de la nuca. Pero las estaba notando, vaya si las estaba notando.

—Diablos —le soltó las manos de su cuello. —Has disimulado de maravilla.

Rodeó su cintura con un brazo, se volvió hacia la gente de la terraza, encogió los hombros y anunció algo en francés que a todos les pareció muy divertido. El hombre bajo y grasiento se dio la vuelta y desapareció.

—¿Estás bien, Syd? —Nick colocó la mano libre bajo su barbilla y acercó su rostro al de él.

—Vámonos de aquí —dijo ella tras asentir con la cabeza.

El la mantuvo a su lado y ella apoyó la cabeza en su hombro mientras se encaminaban hacia el paseo. Su enorme tamaño parecía rodearla como una gran manta, cálida, cómoda y segura. Estable. Le pareció gracioso que nunca hubiera pensado en él de esa manera. Inspiró profundamente un par de veces mientras su cuerpo dejaba de descargar adrenalina.

Cuando alzó la cabeza, él se apartó, agarró su mano y dobló la esquina hacia una calle más tranquila. Se detuvo ante una pastelería y la soltó. Metió las manos en los bolsillos y miró los empalagosos dulces que exhibía el escaparate.

A Sydney le sorprendió cuánto deseaba volver a estar apretada contra él.

—Eso ha sido toda una escena —dijo. —¿Alguna vez has pensado dedicarte al teatro?

—Lo hice muy bien, ¿verdad? Considerando que estaba muerto de miedo —se pasó las manos por la cara. —Ésa debe de ser la explicación. La locura del miedo, o lo que sea.

Extendió los brazos y caminó en círculos.

—Dios, Sydney. ¿Qué diablos estabas haciendo?

—¿Qué quieres decir con qué estaba haciendo? —tomó aire e intentó bajar el volumen de su voz. Pretendía darle las gracias, y gritar no era la mejor manera de hacerlo. Además, casi le había gritado la noche anterior, y no quería que se convirtiera en un hábito. —No he hecho nada.

—Te marchaste sin decirle a nadie adónde ibas, ni cuándo volverías.

—Sé cuidar de mí misma —cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ya —rezongó él. —Daba esa impresión hace unos minutos.

—Deja de gritarme.

—Esto no es gritar —gritó él. —Cuando te grite, lo sabrás muy bien.

Sydney frunció los ojos y mandó al infierno la gratitud.

—¿Qué te hace pensar que vas a tener la oportunidad de hacerlo?

Nick levantó las manos con un gruñido y empezó a caminar en dirección al hotel.

—¿Nick! —Sydney corrió para alcanzarlo. No podía concluir otra discusión así. No después de esos momentos en los que él la había alzado en brazos y había hecho que se sintiera... como se había sentido. —Nick. Espera.

Él se detuvo, metió las manos en los bolsillos y la fulminó con la mirada.

—Gracias por llegar cuando llegaste —le dijo. —Te lo agradezco mucho. Y tienes razón, no debería haberme ido sola.

—Gracias, Dios —dijo él alzando los ojos al cielo.

—¿Cómo me has encontrado? No te vi en el vestíbulo cuando salí.

—Edward tenía unos folletos para ti, pero no pudo encontrarte. Pregunté a tus alumnos y después al conserje.

—¿Así que fuiste a buscarme? —recordó al hombre aceitoso y se estremeció. —He tenido suerte de que me encontraras cuando lo hiciste.

—No ha sido tanto tu suerte —encogió los hombros, —como tu lentitud.

—¿Qué quieres decir con lentitud?

—Te alcancé hace un rato. Estabas ocupada haciendo de turista, mirando esto y aquello, cortándole el paso a la gente, Lanzándote al tráfico —frunció el ceño. —Volviéndome loco,

—¿Me has seguido?

—Sólo unas manzanas.

—Pero me has seguido —dijo ella. —Estabas espíandome.

—No espiaba —él se puso firme.

—Vale, sólo me estabas siguiendo. Como una especie de acosador.

—No un acosador. Más como un detective privado.

—¡Uhhh! —apretó los dientes y cerró los puños, notando que le subía la tensión sanguínea. —Para ti todo es un gran juego, ¿no? Un gran... no, ahora lo entiendo. Investigación. De eso se trata, ¿verdad? Investigas para tu libro.

—No —cambió de postura. —No exactamente.

Ella pensó un momento sobre lo que había estado haciendo, y en lo que había ocurrido. Su cólera se disparó como un cohete.

—Viste a ese hombre molestarme y no viniste a ayudarme.

—¿Cómo podía saber que no estabas simplemente haciendo otro amigo forastero?

Ella le lanzó su versión de una mirada asesina y puso rumbo al hotel.

—Syd —la llamó Nick, corriendo tras ella. —Syd. Espera.

—Te debo mi gratitud, no mi compañía.

—Eso es muy frío.

—No es frío. Cuando sea fría, lo sabrás muy bien.

—Sydney —agarró su brazo y la dio la vuelta.

—Suéltame, Martelli —se liberó y alzó la mano para colocarse la correa del bolso.

—El bolso no —él se alejó de su alcance. —Cualquier cosa menos el bolso.

—Tentador, pero he dejado los ladrillos en el hotel. Él volvió a acercarse y ella no se movió.

—Mi querida princesita —dijo, agitando un dedo bajo su nariz, —no supones más que un montón de problemas.

—¿Y por qué te molestas entonces? —ella alzó la barbilla.

—No tengo ni idea —su dedo se detuvo en el aire.

Él estaba tan cerca que Sydney vio como su ánimo pasaba del enfado a la diversión ya... otra cosa. Algo empezó a electrizarse entre ellos de nuevo. Casi podía ver las chispas. Los ojos de él se oscurecieron, su mandíbula se relajó y sus labios se ablandaron; su extraño resplandor sexual se dirigió hacia ella como un rayo. Tenía que huir antes de que la alcanzara.

Él miró sus labios. Demasiado tarde.

Si la besaba en ese momento, no se opondría. Quizá le mordiera el labio, pero no demasiado fuerte. Sólo lo suficiente para hacerle saber que no quería que la besara.

¿O sí quería?

«Oh, cielos. Piensa en Henry».

Eso sirvió de tan poco como decirse que cerrara los ojos y pensara en Inglaterra.

Nick se acercó un poco más y ella se bamboleó hacia delante. El puso la mano en su brazo y el contacto provocó fuego. Sydney comprendió que no quería pensar en Henry, no de momento. Quería el beso de Nick, su contacto. De hecho, que lía mucho más.

Deseaba a Nick. Y estaba bastante segura de que él también a ella.

—¿Por qué me molesto contigo? —una esquina de la boca de Nick se alzó con una de sus sonrisas torcidas.

—¿Qué quieres? —le sonrió. —¿Una pista?

—No —él soltó su brazo y dio un paso atrás. —Nada.

Sydney cayó de la sensual nube en la que se había estado balanceando y se estrelló contra el suelo parisino. Había estado a punto de traicionar a Henry, al menos un poquito, ¿y por qué? Por un tipo que podía pasar de seducirla a rechazarla en un instante.

—¿Nada? —preguntó.

—Bueno, no nada. Algo. ¿Algo?

—¿Una cita? —preguntó él, mirándola.

—¿Estás pidiendo mi opinión?

—No, Estoy pidiendo que... salgamos.

—¿Salgamos?

—Sí —se encogió de hombros. —Eso.

Sydney se sentía desinflada, aliviada, decepcionada y aún un poco temblorosa, y total y absolutamente confundida por esa rutina caliente-frío, arriba-abajo. No quería enfrentarse a esa ambivalencia, ya tenía más que de sobra con la propia. Miró su reloj.

—Ya hemos hablado de eso —dijo, empezando a andar.

—Y supongo que volveremos a hablar —afirmó él, poniéndose a su lado.

—No le veo el sentido —movió la cabeza. —Porque no lo tiene.

—No, supongo que no —se metió las manos en los bolsillos. —No se puede decir que seas la elección perfecta para una cita.

—Lo que tú digas —masculló ella. La palabra «perfecta» se había introducido bajo su piel, irritándola.

—Bueno, tienes tus fallos. Todos los tenemos. —¿Por ejemplo?

—Tu gusto en los largos de las prendas deja mucho que desear —le lanzó una sonrisa traviesa. —Aunque el conjunto de anoche era un gran avance.

Ella se detuvo y lo miró fijamente, intentando decidir si debía sentirse ofendida, adulada, divertida o hacer voto de no volver a hablar con él. Pero antes de que pudiera decidirse, él dobló el brazo y se lo ofreció. Aceptó la invitación y volvieron a andar.

—¿Sabes? —dijo él. —Podría darte una tijeras y algunos consejos de moda. Unos bajos más cortos te facilitarían hacer el equipaje la próxima vez.

—Eres todo un colega, Martelli.

—Ya —suspiró. —Ese soy yo. Tu colega. Caminaron en silencio otra manzana. —¿Vas a ir con Edward a hacer el paseo turístico de esta noche? —le preguntó ella.

—No estoy seguro —evitó un montoncito de excrementos de perro. —Me apetece un descanso de las actividades organizadas.

—¿Qué harías en su lugar?

—Subir a Montmartre y tomar una copa de vino en el barrio de los artistas.

—Suenan agradable.

—Lo es. Mucho.

La miró y Sydney pensó que iba a decir algo más, pero luego él bajó la vista al suelo y el momento pasó.

El siguiente periodo de silencio resultó menos cómodo; estaba cargado de algo que Sydney se sentía incapaz de expresar con palabras y con la extraña sensación de que ambos habían dejado pasar algo... importante.

—Entonces —dijo ella, para romper la tensión, —¿Ya habías estado en París?

—Sí. Hace años.

—Ah —hizo una pausa, pero él no ofreció más información.

Doblaron otra esquina y vieron el hotel al otro lado de la calle.

—Hace una vida —dijo Nick, deteniéndose y mirándola a la cara.

—¿Qué? Ah, te refieres a...

—Mira, Syd...

—Nick, yo...

Ambos callaron y se miraron, esperando. Él carraspeó.

—¿Te gustaría venir conmigo esta noche, después del paseo de Edward? ¿A Montmartre? Te prometo... diablos, no sé qué... qué decir o que hacer. Sólo dime si...

—Sí —afirmó ella, dejando a un lado dudas, remordimientos y sentido común, rindiéndose por fin a un impulso claro como el agua. —Iré.

La mueca de Nick se convirtió en una sonrisa deslumbrante que iluminó los ángulos oscuros de su rostro, y Sydney se sintió a punto de flotar por la enorme burbuja que se expandía en su pecho.

—¿Crees que Joe y Gracie podrán apañarse sin nosotros? —le preguntó.

—Oh, sí —contestó él. —Algo me dice que nos empujarán puerta afuera.

CAPÍTULO 11

Tras la cena y el paseo nocturno, Nick condujo a Sydney hasta la estación de metro más cercana. Agarró su mano cuando subieron al primer tren que llegó a la plataforma; después se agarró a una barra vertical y la rodeó con el otro brazo para sujetarla en las curvas. No se cansaba de tocarla.

Y todo ese contacto inocente le hacía desear mucho más. Inspiró profundamente, intentando calmar los latidos sincopados de su corazón, pero volvió a perderse en su perfume floral. Dios, la deseaba con locura.

—Ésta es nuestra parada —dijo, cuando el tren entró en Anvers. Ella lo miró con esa expresión de ojos muy abiertos en la mañana de Navidad, que solía reservar para catedrales y museos. Nick sintió que su pecho se tensaba y calentaba, y después esa sensación se desplazó hacia otro punto más bajo de su cuerpo.

—Vamos —dijo con voz ronca, agarrando su mano de nuevo.

Mientras subían por la calle adoquinada hacia la pálida cúpula del Sacre Coeur, les llegó una débil música carnavalesca. El aroma de carne marinada a la barbacoa y dulces fritos perfumaba el ambiente. Los vendedores ambulantes ofrecían sus artículos en mantas cuadradas, arengando a los turistas que pasaban a su lado,

Nick compró billetes para el funicular y unos helados para ayudarlos a pasar el tiempo mientras esperaban sentados en un banco a iniciar su viaje a la parte más empinada de la colina. Cerca de allí un grupo de niños, futuras estrellas del fútbol, pateaban un balón contra una pared, discutiendo sobre distintas técnicas, Él se rió al oír sus comentarios y soltó un suspiro resignado al comprobar que Sydney lo estaba observando.

—Has entendido lo que decían, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Puede —intentó quitarle importancia al tema encogiéndose de hombros.

—No hay «puede» que valga —lamió una gota que resbalaba por su cucurucho de helado, distrayéndolo un momento. —¿Cómo sabes tanto francés?

—Los dos primeros años de instituto, mi clase de francés fue fantástica —mordisqueó su helado. —Vivía para esa clase. Pensaba licenciarme en Filología Francesa en la universidad.

—Es maravilloso tener un profesor que te motive así. ¿Cómo lo hacía el tuyo?

—Ella tenía unas increíbles y largas piernas, y llevaba faldas muy cortas —Nick tiró el resto de su helado a unas palomas que correteaban por el suelo. —Siempre tenía tiempo de hacer tutorías durante la hora del almuerzo. Y yo me aseguré de necesitar montones de ayuda con mis deberes.

—Apuesto a que si —Sydney lo miró con los ojos fruncidos. —Pero dos años de francés en el instituto no explican lo bien que entiendes la lengua.

No, desde luego que no, pero a ningún tipo le gustaba desvelar sus sórdidos secretos en una primera cita. Aunque aquello no fuera una cita, exactamente, por mucho que diera la sensación de serlo.

—Mira, ha llegado —dijo Nick, agradeciendo la oportunidad de cambiar de tema.

Subieron al concurrido y agobiante tren y él fue señalando puntos de interés mientras el vagón ascendía lentamente. Al final del corto recorrido, salieron con el resto de los pasajeros al refrescante aire nocturno.

—Espera a ver esto —Nick condujo a Sydney a un muro de piedra, ansioso por ofrecerle algo especial que recordar. Agitó la mano ante la panorámica de París que se extendía ante ellos. —La mejor vista de la ciudad.

—Oh, es maravilloso —se apoyó contra el muro, mirando los tejados de la ciudad, y luego se dio la vuelta para estudiar el prístino exterior del Sacre Coeur, enmarcado en una pradera verde oscuro que descendía hacia ellos. —Es perfecto. Absolutamente perfecto. Nick. Gracias.

Cuando lo miró con esos enormes ojos avellana tan abiertos, Nick comprendió que también había encontrado algo para recordar él.

—¿Podemos entrar? —preguntó ella.

—Claro —le puso un brazo sobre los hombros con naturalidad. —Vamos.

La escoltó escaleras arriba, dejando atrás a los turistas que disfrutaban de la vista y a los jóvenes parisinos que disfrutaban de la velada. Sydney se detuvo para leer una placa junto a la enorme puerta y eso lo hizo sonreír.

—Es tan cálida... —susurró cuando cruzaron el umbral. —Parece mucho más viva, de alguna manera, que el resto de las iglesias que hemos visto. ¿No crees?

—Supongo —miró a su alrededor, intentando ver las cosas como ella. Sombras silueteadas por la luz de las velas hacían su ofrenda, se persignaban o se arrodillaban para rezar. El fantasmal aroma del incienso perfumaba el aire y se oía una cantinela en latín en alguna cámara oculta en la parte trasera. —Tienes razón —murmuró él, —se percibe una sensación de calidez.

Pero ella ya lo había abandonado. Tras echar unas monedas en una vieja caja metálica, tomó una cerilla larga y la encendió en la llama de una vela.

Nick se detuvo en la penumbra, alejado del grupo de llamas diminutas, observándola. Sus ojos eran chispas de plata y su cabello resplandecía como oro alrededor de su rostro alzado hacia arriba. El juego de luces y sombras esculpía su bonita forma y suavizaba su expresión solemne mientras encendía una vela.

Anhelaba tocar ese rostro, envolverla en sus brazos y atraerla hacia sí. Pero era más que una mera atracción física. Quería saber lo que pasaba por su cabeza y qué sentía su corazón. Qué podría llegar a pensar y sentir con respecto a él.

Retrocedió hasta una zona más oscura y adoptó su faceta de novelista, deseando que se le ocurriera una escena en ese maravilloso sitio, para que la magia de Sydney actuara en su imaginación en vez de en sus emociones. Pero esa noche era más mujer que musa para él. Una mujer divertida inquisitiva, difícil, sensible y bella que inspiraba mucho más que historias.

Ella se volvió hacia él cuando volvió a acercarse.

—Es muy extraño —dijo, —dejar una huella, un pensamiento o una vela encendida en un lugar como éste. En todos los sitios que hemos visitado. Es como ser una gota en el océano. Diminuta y anónima, pero una parte de su intemporalidad.

El entrelazó los dedos con los suyos. Su mano era pequeña, tanto que desaparecería si la envolviera con la suya, pero encajaba perfectamente. Se concentró en la textura

suave de su piel, en la frescura de su palma, en la fragilidad de sus dedos delgados. Prefería fijarse en lo que sentía exteriormente, porque era más fácil, y más seguro, que enfrentarse a lo que estaba sintiendo en su interior: esa extraña sensación más profunda que el deseo.

—¿Lista para marcharnos? —preguntó.

—Sí —Sydney asintió y le apretó los dedos con suavidad.

Salieron de la iglesia y se unieron al flujo de turistas que tomaban una calle lateral que llevaba al corazón de Montmartre.

Sydney tomó el último trago de vino y dejó la copa en la diminuta mesa que compartía con Nick, en una terraza. Dentro del café, un trío ejecutaba una poco inspirada improvisación de jazz.

—Amigo, el jazz no es jazz cuando no suena en Estados Unidos —dijo un hombre de mediana edad que estaba sentado en la mesa de al lado.

—Sí —Nick apartó su copa y metió la mano en el bolsillo. —Hace que uno se pregunte qué pensarán los franceses sobre nuestra manera de freír patatas.

Dejó unos euros en la mesa y se levantó.

—Será mejor que volvamos —dijo, ofreciéndole la mano a Sydney.

Los artistas de la plaza, que ya no tenían luz para trabajar, doblaban sus sillas y caballetes. Sydney se detuvo para admirar un grupo de sencillas escenas callejeras de un puesto. El propietario estrechó los ojos, calculando su potencial como cliente, mientras guardaba sus pinceles.

—Me gustan —dijo Nick, poniendo las manos en su cintura y apoyando la barbilla en su sien.

—A mí también.

—¿Cuál es tu favorita?

—Esta —señaló ella. —La de las contraventanas azules y la sombra en la calle. Me pregunto quién está tras esa ventana oscura, mirando hacia fuera. Y los colores son muy suaves. Cálidos.

—Te pareces mucho a esa acuarela —dijo él, cosquilleándole la oreja con su aliento. —Suave y cálida.

La suave caricia y sus palabras le aceleraron el pulso. O tal vez fuera efecto de la velada y del vino.

—¿Estás sugiriendo que soy una obra de arte?

—Aja. Impresionista —se enderezó y le mostró su perfil. —¿Qué dices de mí?

—Hum —ella guiñó los ojos. —Gótico, creo.

—¿Cómo una gárgola en una catedral?

—No —sonrió. —Alto y oscuro. Y algo misterioso.

—Yo no tengo ningún misterio.

Ella decidió no mencionar la mentira que le había contado sobre los cardenales de su cara, ni cómo había evitado explicarle por qué hablaba francés como un nativo. Por

no hablar de su fuente de ingresos secreta. Publicar un par de cuentos no daba suficiente para vivir, y menos para viajar por Europa.

—Puede —dijo, —pero hay muchas cosas que no sé de ti.

—Y te gusta tenerlo todo claro y organizado —él hizo una mueca y Jadeó la cabeza, —¿Qué quieres saber?

—Por qué sabes tanto francés.

—Es una larga historia —la sonrisa de él se desvaneció.

—Tengo tiempo.

—Me lo temía —arrugó la frente, la tomó del brazo y la condujo por la calle que Nevaba de vuelta a la iglesia. —Ya había estado en Europa antes.

—¿En un tour como éste?

—No, por mi cuenta.

Llegaron a la zona de hierba que había delante de Sacre Coeur. Nick encontró un sitio relativamente íntimo en los amplios escalones blancos e hizo que se sentara a su lado.

—No tienes demasiado frío, ¿verdad?

—No, esto es perfecto.

Sydney pensó que lo era de verdad. Grabó en su memoria el recuerdo de las avenidas salpicadas con luces rojas y blancas como joyas, de monumentos iluminados con focos suaves y la torre Eiffel brillando en la distancia. Y la sensación del sólido cuerpo de Nick contra su costado.

—Bueno, sigue —pidió.

Nick se rodeó las rodillas con un brazo, apoyó la barbilla en él y miró los tejados.

—Supongo que se podría decir que estaba dejándome llevar por una rabieta prolongada —dijo por fin. —Tenía un montón de dinero ahorrado, así que me despedí del trabajo y vine. Primero fui a Italia y después llegué aquí. El plan era pasar un par de días, ver un par de monumentos y seguir de viaje. Pero perdí el rumbo y acabé quedándome un tiempo. Meses.

Volvió el rostro hacia ella.

—Hablaba con gente francesa. Mucho.

—¿Por qué dejaste tu trabajo? —preguntó ella. —¿Qué te hizo dejar tu hogar tanto tiempo?

—¿Qué es lo que suele hacer que un hombre decente, trabajador y razonablemente cuerdo pierda la cabeza y se lance a la aventura?

Ella movió la cabeza.

—Una mujer.

—Oh.

—Sí —dijo él. —Oh.

—Entonces —Sydney adoptó la misma postura que él, con la barbilla apoyada en el brazo, —¿qué hizo que te quedaras en París tanto tiempo?

—Una mujer. Ah.

—Sí —él giró los ojos hacia arriba.

—Ah.

—¿La misma mujer? —preguntó ella con una sonrisa.

—No —volvió a mirar la ciudad. —Conocí a la primera mujer a finales del último año de facultad. Era todo cuanto me había dicho que deseaba. Teníamos los planes típicos: la casita blanca, el gran jardín trasero, los niños, el perro y las galletas de chocolate caseras. El lote completo. Estaba preparado, deseoso. Era un hombre sensible dispuesto a comprometerse y compartir las tareas del hogar al cincuenta por ciento — la miró de reojo. —Una mercancía muy valiosa, ¿no te parece?

—Sin duda —asintió ella, aunque no podía imaginarse al Nick que él estaba describiendo.

—Gracias —suspiró. —Bueno, al principio dijo que deberíamos esperar hasta que yo encontrara trabajo. Uno bueno. Por la seguridad, dijo.

Sydney se arrepentía de haber preguntado. La historia empezaba a sonarle incómodamente familiar. Y Nick parecía muy disgustado, no sabía si consigo mismo o con su historia.

—Hum —musitó.

—Sí. Hum —arrancó una brizna de hierba de al lado del escalón. —Después dijo que debíamos esperar hasta que hubiéramos ahorrado la entrada para la casa. Por cuestiones prácticas.

—Supongo que tiene sentido. Él le lanzó una mirada oscura.

—Después añadió algo más. Un ascenso, La cifra mágica que quería que alcanzara mi salario, para que pudiéramos permitirnos tener hijos desde el principio. Yo me estaba impacientando, como puedes imaginar, pero también estaba tan enamorado de la ideas ya sabes, la visión global, que seguí adelante, ahorrando cada penique, haciendo mis propias galletas.

Se pasó una mano por el pelo.

—Y mientras yo seguía esforzándome, llegó un tipo que ganaba el doble de la «cifra mágica» y ella se marchó. Con él.

Sydney se arrepintió de haberlo hecho recordar. Escucharlo la había hecho pensar en demasiadas cosas: en la primera vez que se enamoró, en haber creído los sueños de su amante para el futuro y sus promesas de que sería amor eterno. En haber sido abandonada cuando a él le ofrecieron un papel en Nueva York.

—Lo siento —dijo.

—No hace falta —encogió los hombros. —Ahora que soy más mayor y más sabio, me doy cuenta de que estaba más enamorado de esos grandes planes que de ella. En aquella época, ella hacía que el cuadro pareciera perfecto. Seguramente, a la larga, fue mejor que se marchara.

—¿Y tú viaje?

—Con todo el dinero que tenía ahorrado, me regalé un viaje alrededor del mundo. Intentaba alegrarme, con un poco de alcohol, unas cuantas chicas, y entonces surgió una complicación.

—¿La segunda mujer?

—Era francesa —le lanzó una de sus sonrisas lobunas. —Me enseñó mucho sobre el idioma..., entre otras cosas.

—¿Qué ocurrió con la segunda mujer? —preguntó Sydney, intentando centrarse en la vista en vez de en la imagen de las lecciones de francés de Nick.

—Yo no le gustaba a su familia, por todas las razones obvias, y en mis escasos momentos de sobriedad total, estaba de acuerdo con ellos. Cuando empezó a acabármese el dinero, perdí todo mi encanto. A ninguno de los dos nos importó mucho que me marchara —suspiró de nuevo. —No es un capítulo feliz.

—Gracias por contármelo —Sydney puso una mano sobre su rodilla.

—De nada —entrelazó los dedos con los de ella. —La historia de mañana por la noche se titula *El guardabarros doblado*. Sigamos sintonizando.

Alzó una esquina de la boca con una de sus sonrisas lápidas e indiferentes. Pero se desvaneció lentamente y bajó la vista a su boca, antes de mirarla a los ojos. Ella vio pasión y deseo, y algo nuevo que le asustó y fascinó a un tiempo.

CAPÍTULO 12

Sydney intentó retirar la mano, pero él la apretó suavemente, impidiéndolo.

—Nunca he visto ojos como los tuyos —dijo, acercándose más. —Están llenos de colores, como dos caleidoscopios.

La voz de Nick retumbó dentro de su cuerpo. El acariciaba sus nudillos con el pulgar y Sydney sentía cómo se movía hacia él, atrapada por su hechizo y el mágico escenario.

—Son de color avellana —musitó.

—¿Hum? —puso la mano en su nuca.

—Avellana —tragó saliva. —Mis ojos son de color avellana.

—Mmm —metió los dedos en su cabello y la inmovilizó, agarrando un puñado de rizos.

Inclinó la cabeza y ella sintió el cosquilleo de su barba en la mejilla, y su aliento cálido y húmedo junto a la oreja. Con el corazón en un puño, se quedó helada, esperando... algo. Lo que quiera que fuese a ocurrir a continuación.

—Apuesto a que podría estudiar tus ojos mucho, mucho tiempo —dijo él, —y nunca llegaría a ver todas las combinaciones.

Atrapó el lóbulo de su oreja entre los dientes y después sus labios trazaron un sendero por su mandíbula. Ella se estremeció.

—Deja que compruebe mi teoría, Sydney —murmuró contra su boca. —Dame una oportunidad.

Una oportunidad. Era poco pedir: mucho que arriesgar. No debería haber ido allí con Nick Martelli, no debería haberse sentado a su lado, no debería estar tan cerca de un hombre como ése.

Sin embargo lo había deseado: ese recuerdo, ese momento en Montmartre. Deseaba fundirse con los amantes que los rodeaban, sentados en los escalones del Sacre Coeur, sumergirse en ese lienzo impresionista de París una velada de verano, ser parte de la belleza y el romance. Un beso de un hombre guapo y misterioso haría que todo fuera perfecto.

Perfecto.

Los labios de Nick rozaron los de Sydney con suavidad, una. dos veces, pidiendo permiso para mas; entonces ella se dejó llevar y se apretó contra él, deslizándose en sus brazos, sumergiéndose en esa fantasía de un romance, besando al sinvergüenza de un cuento, arriesgándose a entregarse a ese momento perfecto que atesoraría para siempre.

El distante sonido del tráfico se diluyó en el aire, al igual que el suave crujido de la brisa. Sólo importaba la caricia cálida y húmeda de sus labios, el tenue aroma de su colonia, el leve sabor a vino, el ronroneo que oía en su garganta.

Nick profundizó el beso lentamente, a conciencia, haciéndole perder el aliento, llenándola de fuego y haciendo que sus pensamientos se dispersaran en una espiral ascendente y brillante y su mente se sumergiera en un profundo y oscuro abismo. Después la rodeó con un brazo, apretándola contra él, e introdujo la lengua en su

boca. Sydney agarró la tela de su camisa y le encantó descubrir que su corazón latía tan desenfrenado como el suyo.

Aquello superaba la pálida perfección de cualquier escena que ella hubiera podido imaginar. Un estallido de sensación vibrante y vivida la recorrió de arriba abajo, tomando el control y llevándola a un lugar en el que no había estado nunca, redefiniendo sus fantasías y rompiéndolas en añicos. Estaba perdida, muy perdida, tambaleándose, cayendo, deseando... deseando más.

Cuando el deseo se convirtió en necesidad, se apartó temblorosa. Con los ojos cerrados, esperó a que el tornado que sentía en su interior desapareciera.

Oh dijo.

Él apoyó la cabeza en la suya, y sintió el dulce e íntimo contacto de su barbilla en la frente. —Sí —dijo un momento después. —Oh. Oh, cielos.

La última persona a quien Harley deseaba ver sentada a una de las mesas que atendía en el bar del casino Shoreline era Hank Barlow. El y otro tipo, vestido con un traje ejecutivo de raya fina se habían sentado allí un momento antes y ya estaban envueltos en una conversación seria. Cuando se acercaba a la mesa, oyó al amigo de Hank decir algo sobre su ex mujer.

Fantástico. Una sesión de quejas y amarguras a última hora de la noche, de las que solían dar mucho trabajo y poca propina,

Y seguramente tendría que aguantar que Hank metiera la nariz en sus asuntos, preguntándose qué hacía allí. Era la clase de tipo que no podía dejar las cosas en paz sin investigar, pinchar y manipular hasta que se sentía satisfecho.

Encima, tendría que soportar esa inquietante opresión en el pecho cada vez que lo mirara y viera su cuerpo largo y esbelto sentado a la mesa. O cuando él la mirara, como hacía en ese momento, con esos profundos ojos azul oscuro enmarcados por largas pestañas. Los ensanchó al reconocerla, pero después los estrechó.

Harley le ofreció su sonrisa estándar, la de bienvenida amistosa que no llegaba a ser demasiado cálida o acogedora. La que reservaba para los clientes masculinos que ella pensaba podrían darle problemas.

—Hola. ¿Qué os gustaría tomar?

Hank titubeó, arrugó la frente y miró a su amigo, sentado frente a él.

Ella contuvo un suspiro y se volvió hacia el otro hombre.

—¿Qué va a ser? —preguntó. —Si queréis comer algo, tenemos entradas muy buenas en la carta.

—Apuesto a que sí —el del traje de rayas la miró de arriba abajo como un lobo.

Hank se inclinó hacia delante, en actitud de ataque. Ella puso la mano en su hombro. «Tranquilo, chico», pensó.

—¡Eh! —dijo Traje de Rayas. —¿A qué viene eso?

Hank se pasó una mano por la corbata y miró con fijeza a su amigo.

—Creo que Hank estaba siendo caballeroso —dijo Harley.

—¿Hank? —el hombre sonrió.

—Encaja —dijo ella ladeando la cabeza y estudiando al hombre en cuestión.

—No —dijo Hank. —No es cierto.

—Un Henry nunca defendería el honor de una dama —dijo ella con una sonrisa. — Pero ¿un Hank? Se me acelera el corazón.

—Puede que la dama tenga razón, Barlow —Traje de Rayas sonrió. —Pero eso no explica cómo has sabido que fuera un Hank, para empezar.

—Soy una amiga. De Syd —explicó ella, sacando una libreta y un bolígrafo del bolsillo. Esperaba que la pista visual hiciera que el río volviera a su cauce; necesitaba tomar nota de lo que querían y seguir con su trabajo.

—Syd. Y Hank —la sonrisa de Traje de Rayas se volvió un poco babosa. —Entiendo. Eres la chica de los monosílabos,

Harley volvió a poner la mano en el hombro de Hank, sugiriendo prudencia, y se resignó a quedarse sin propina. Ofreció su sonrisa más deslumbrante al pesado.

—Lo cierto es que los apodos monosílabos son convenientes. A no ser que uno esté tratando con un grupo de lengua tibetana. ¿Eh?

—En ese caso —continuó ella, —la inflexión inherente a ciertos derivados dialécticos puede afectar a la cualidad de la entonación, distorsionando auditivamente el efecto monosilábico.

¿Qué?

—No es nada de lo que debas preocuparte, cielo —le dijo a Traje de Rayas. —A mí también me resulta incomprensible. ¿Qué puedo traerles, caballeros?

—Bushmills —dijo Hank. —Solo.

—¿Original o etiqueta negra?

—¿Tenéis los dos?

—Éste es un establecimiento con clase, Hank.

—Ya me he dado cuenta —le sonrió. Una sonrisa muy, muy agradable. —Las camareras tienen estudios avanzados de lingüística —añadió.

Pidió el más caro. Harley dudaba que Hank soliera ser tan extravagante, pero seguramente era una excusa para dejarle una propina mayor. Buen tipo.

Traje de Rayas pidió vodka con lima, y los hombres compartieron una hora, otra ronda y montones de comentarios respecto a la ex esposa de Traje de Rayas. Él fue el primero en marcharse, tras pedirle a Harley disculpas y su número de teléfono. No tenía sentido negarse, teniendo en cuenta que era un tipo que se reiniciaba en la soltería.

Hank se quedó sentado, obviamente esperando una oportunidad de hablar con ella. Ambos sabían que ella tendría que volver a preguntarle si quería algo más, así que decidió hacerlo cuanto antes y quitárselo de encima.

—¿Puedo traerte algo más? —le preguntó.

—Quiero saber qué haces aquí.

—Mis asuntos personales no aparecen en la carta de hoy,

—Te aseguro que mi interés en tus asuntos es cualquier cosa menos personal.

—Estoy trabajando —ella se metió las manos en los bolsillos del delantal.

—¿Has dejado tu trabajo de crupier en el casino? No.

—¿Tienes dos empleos? —frunció el ceño.

—Tengo facturas que pagar, como todo el mundo —tomó aire e intentó no ofenderse por su interrogatorio.

—Lo siento —dijo él un momento después. —Lo de Thompson.

—¿Tu amigo? —preguntó ella, mirando el asiento vacío al otro lado de la mesa.

—No es un amigo. No exactamente —Hank hizo girar el vaso entre los dedos. —Trabajamos en la misma empresa.

—Ah.

—Lo está pasando mal últimamente.

Harley echó un vistazo a la sala. No había muchos clientes, así que se sentó frente a él. —Algo he oído.

—Su esposa lo abandonó en mitad de un crucero de celebración de su quinto aniversario —los labios de Hank se tensaron con desaprobación. —Se bajó del barco y no volvió a subir.

—Ay.

—Me pregunto cómo puede la gente estar segura de que va a durar —la miró y luego clavó la vista en el vaso.

—¿El matrimonio?

—Sí.

Harley imaginó que su filosófico estado de ánimo tenía algo que ver con Sydney. Y aunque no se sentía cómoda hablando de ese tema en concreto, él parecía tener necesidad de hablar.

—No creo que lo estén —dijo ella.

—No me lo creo —él movió la cabeza negativamente. —Creo que hay gente que simplemente lo sabe.

Harley sabía adónde quería ir a parar. Ella había pensado eso mismo, a veces. Algunas parejas hacían que todo pareciera muy sencillo.

—Es posible que algunas personas tengan más suerte que otras.

—Se trata de matrimonio —dijo él. —No es algo que deba dejarse al azar.

—¿Cómo puedes estar ahí sentado, tan cerca de dar el gran paso tu mismo, y decir algo así? —soltó una risita irónica.

—¿Cuándo acabas? —preguntó él.

Harley sintió un torrente de emociones confusas: esperanza, culpabilidad, ira, desesperación. Todas ellas razones para hacer su trabajo, ganar dinero y marcharse de la ciudad. Irse lejos, lejos de Hank Barlow y de sus problemas con su vecina.

—Soy una chica grande. Puedo ir sola a casa.

—No pretendía insinuar que no pudieras.

—Entonces, ¿qué pretendías? —lo miro con calma y esperó.

—Nada —dijo él tras una larga pausa.

—Eso me pareció —«nada». Eso era exactamente lo que había entre ellos y así iban a seguir las cosas.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Hailey se levantó de la mesa y pasó los minutos siguientes charlando con los clientes que había sentados ante la barra. Cuando volvió a mirar hacia la mesa de Hank, se había ido.

Y le había dejado una propina de cincuenta dólares.

CAPÍTULO 13

Sydney sólo pudo tomar un panecillo y una taza de té la mañana después de su visita a Montmartre. Zach y Eric compartían su mesa en la alegre zona de desayunos e intentó responder adecuadamente a su conversación mientras escrutaba la sala furtivamente, en busca de Nick.

Se preguntaba si se sentaría en la silla vacía que había a su lado. Y también cómo reaccionaría ella, qué diría él, que se respiraría entre ellos. Aún no había decidido cómo representar la escena. Indiferente, pero amable. Amistosa, pero distante. Encaprichada, con un atisbo de pánico.

No tenía sentido negarlo más tiempo; en todo lo referente a Nick a Martelli era un caso perdido. Por dentro, por fuera, se derretía como gelatina al verlo.

—¿Qué es esta cosa blanducha? —Zach miró con suspicacia el contenido de un paquetito de papel aluminio.

—Algún tipo de queso —dijo Eric. —Yo lo he untado en mi bollo.

—En tu cruasán —corrigió Sydney. —Venga, prueba algo nuevo.

—Hum —Zack dejó caer el paquetito con una mueca de asco y se sirvió más cereales.

Sydney suspiró y tomó un sorbo de té. Las cosas nuevas que había descubierto sobre Nick le habían sorprendido. Por muy bien que se le diera el papel de truhán encantador, también era un hombre con un corazón que podía romperse y una mente brillante. Incluso había representado el papel de caballero andante, acudiendo a su rescate. En ciertos sentidos, era casi perfecto.

No. Eso no.

No era perfecto, ni siquiera se acercaba. Era un tipo de los que recorrían Europa, un tipo que había sido herido antes de llegar allí. Un tipo que sabía manejar a los chicos, probablemente porque él mismo no era más que una versión adulta de un chico.

¿Qué importaba, en cualquier caso? Allí estaba ella, derritiéndose por alguien que sólo pretendía pasar un buen rato; un buen rato que acabaría pocos días después. No era como si estuvieran hablando de matrimonio.

Matrimonio. Henry. Mamá. La taza de Sydney chocó contra el platillo cuando sintió una conocida sensación de ahogo. Dios, estaba cansada de su patética letanía de culpabilidad. Necesitaba un cambio de rutina, un cambio de perspectiva, un cambio de...

Un cambio. Nick Martelli podía no ser material para una boda, pero era perfe..., ejem, ideal para una aventura. Una aventurita corta y sin ataduras, pre-compromiso; una especie de aventura de despedida de soltera. Por llamarlo de alguna manera.

Tal vez él no estuviera interesado. La noche anterior, su beso de despedida ante la puerta había sido breve y en la mejilla. Quizá había cambiado de opinión con respecto a ella, si es que había estado pensando en el mismo tipo aventurita ligera que ella.

Daba igual. No le importaba lo que pensara de ella. No debería importarle. No le concedería otro minuto de su tiempo. Mordió el panecillo para demostrar que su último y alocado impulso no había afectado a su apetito y se atragantó con una miga.

—¿Está bien, señorita Gordon? —Eric le pasó un vaso de agua y ella asintió agradecida, con la garganta cerrada y los ojos lagrimeando.

—Disculpadme —gimió, cuando consiguió hablar. Se levantó y escapó para no evitar la posibilidad de ver a Nick durante el desayuno.

Nick recordaba Versalles como algo impresionante, y no había cambiado. Las fachadas de piedra caliza, teñidas por la pátina del tiempo, como antigüedades, proyectaban riqueza y grandiosidad. Arbustos recortados sin piedad bordeaban las anchas avenidas. Todo estaba perfectamente cuidado, con una elegancia casi caricaturesca, y muy, muy francesa.

El autobús se detuvo cerca de la inmensa placa que había ante el palacio y Sydney se puso en acción. Condujo a los alumnos del Sierra Norte hasta el pedestal de la estatua de Louis XIV, montado en un orgulloso caballo de bronce, y los agrupó para sacar una foto. Cuando Edward reunió al grupo junto a una entrada lateral, contó cabezas, y mientras él entraba a buscar al guía, ella repasó los planes para la mañana.

Nick se quedó retrasado, observando a Sydney mientras los conducían por una serie de salas fabulosas, todas decoradas con escenas clásicas y enormes óleos. Disfrutó viendo las emociones que cruzaban su rostro y sonrió al verla hojear sus guías de viaje, comprobando la veracidad de la narración del guía.

Comprendió que no buscaba una historia. Ni siquiera un argumento. Sólo estaba... observando.

Observando y preguntándose por el beso de la noche anterior. Preguntándose si lo que había sentido había sido una ilusión, la consecuencia de un exceso de vino, del entorno o de haber esperado demasiado tiempo para ponerle las manos encima. Preguntándose qué ocurriría si volvía a tener la oportunidad de hacerlo.

Había una forma de descubrirlo.

Finalmente, salieron por la puerta trasera, y Edward fijó hora y lugar para encontrarse junto al autobús. Tras una breve discusión, Gracie se llevó a parte de su grupo a la tienda de regalos mientras Sydney seguía a los demás hacia los jardines.

Nick corrió tras ella y agarró su mano.

—Ven conmigo.

Ella intentó soltarse, sin éxito.

—¿Adónde vamos?

—Ahí abajo —tomo rumbo hacia el brillante lago que se extendía hacia el horizonte.

—Ahí abajo hay mucho «ahí abajo» —dijo ella. —Tenemos que estar en el autobús en veinte minutos.

—Pues date prisa.

Cuando llegaron al pie de la última escalera, Nick giró a la derecha, apartándose del camino principal entre una alta pantalla de arbustos. Tal y como había imaginado, el palacio había desaparecido de la vista, y también ellos.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella.

—Lo entenderás enseguida —la atrajo hacia él y enterró el rostro en la base de su cuello. Estaba caliente, levemente salada, y olía al jabón de lavanda del hotel, —Mmm —murmuró, deslizando los labios hacia su mandíbula. —Eres muy sexy cuando estás de tour,

Ella se apartó y tomó aire. Tenía los ojos muy abiertos, oscuros y nublados por una mezcla de placer y confusión.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—¿No lo sabes? —rodeó su cintura con los brazos y la atrajo de nuevo. —Deja que te dé otra pista.

—No será necesario —lo empujó, apartándolo.

—Perdona, Syd, no he podido evitarlo —se acercó y apoyó la frente en la de ella. — Si prometo ser bueno, ¿me darás un beso?

¿Qué?

—Bueno, uno por ahora —frotó la punta de la nariz contra la de ella. —Mientras estemos en Ver sal les.

—Nos marchamos dentro de quince minutos.

—Pues empecemos ya —alzó una mano y la puso en su nuca.

—Nick —apoyó las palmas de las manos en su camisa. —Esto tiene que parar.

—¿No te gusta besarme?

—No. Es decir, sí me gusta, pero...

—Syd, la sinceridad no siempre es la mejor táctica, ¿lo sabías?

—Puede que en tu mundo no —arrugó la frente.

—¿Qué tal en éste? —la apretó con fuerza y besó suavemente una esquina de su boca, la otra, después la punta de la nariz y cada uno de sus párpados. Era deliciosa, toda ella.

Sydney emitió un sonido diminuto, como un maullido, y rodeó su cuello con los brazos. Nick se alejó un poco, jugando, dejando que la excitación creciera y brillara entre ellos, hasta que pensó que se moriría si no le daba un beso largo y fuerte en ese instante.

—¿Preparada? —susurró. Notaba el golpeteo de su corazón contra la pechera de la camisa y se preguntó si Sydney sentía el del suyo.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Para el beso.

Los labios de Sydney se curvaron con una sonrisa y se moldeó a su cuerpo con una risa queda. Todo él deseaba rodearla, sujetarla, tomarla, quedársela y...

—Tramposo —murmuró ella contra su boca.

Tenía que pensar en una respuesta inteligente, poner distancia entre ellos, porque estaba a punto de oprimirla entre sus brazos y hacer que ambos se asustaran con un beso muy, muy serio.

Ninguno de los dos pretendía ponerse serio, pero él ya se había involucrado tanto que lo más que podía esperar era controlar los daños. Lo que quiera que hubiera empezado la noche anterior en Montmartre estaba adquiriendo masa, velocidad e

inercia a una velocidad alarmante. No estaba seguro de poder detenerlo; en ese momento se sentía tan bien que no estaba seguro de querer hacerlo.

—Sólo me estaba calentando —dijo. —El calentamiento no cuenta —metió los dedos entre su cabello para ver cómo se retorció, giraba y volvía a caer sobre su hombro. Cobre, oro y seda. —¿Tú ya has calentado?

—Creo que es hora de volver —frunció el ceño. Nick asintió y la siguió hacia el palacio.

—¿Adónde vamos ahora?

—Fontainebleau.

—Apuesto a que allí podremos encontrar rincones y escondrijos.

—¿Rincones y escondrijos?

—Para el beso.

Sydney puso los ojos en blanco y el corazón de Nick dio un vuelco y casi cayó muerto a sus pies.

Sydney bostezó de camino a su habitación la mañana siguiente. Edward los había tenido levantados hasta tarde, con una visita nocturna a la Torre Eiffel y un paseo por el Sena. Los desayunos a primera hora de la mañana eran un auténtico crimen.

—¡Syd! —Gracie se asomó al pasillo, con la mano en el pomo. —Espera a ver esto —abrió la puerta de par en par para desvelar un enorme ramo de flores que había sobre el escritorio.

—Oh, cielos —Sydney buscó la tarjeta entre las flores, Oh, cielos.

—Nick vino justo después de que bajaras a desayunar —Gracie estiró el cuello para echar un vistazo a la tarjeta. —Debisteis de pasarlo muy bien la otra noche.

—Sí. Montmartre es una maravilla.

Cena conmigo esta noche, a solas, Nick.

Sydney se inclinó hacia el ramo e inhaló el dulce perfume de peonías, delfinios y esponjosas nubes de polemonio.

—Es maravilloso. ¿Cómo lo habrá conseguido?

—Yo me pregunté lo mismo cuando llegué. Debe de haber salido a comprarlas al amanecer. Es muy romántico —los hombros de Gracie se alzaron y cayeron con un suspiro. —Podría estar preparando una serenata en este mismo momento.

Sydney gimió y se dejó caer en la cama.

—Por favor, no le des ideas. Y haz lo que hazas, no se lo cuentes a los alumnos.

—Bueno, más vale que me vaya, o me quedaré sin desayuno —salió al pasillo y tropezó con Nick. —Hola, Nick.

—Adiós, Gracie —entró en la habitación y cerró la puerta, dejándola fuera.

—Lo de la serenata es una idea bastante buena. Me sorprende que no se me haya ocurrido a mí. Debo de estar perdiendo mi habilidad.

—Un hombre que le regala a una mujer un ramo tan bonito como éste, no puede estar perdiendo habilidad —Sydney se puso en pie y lo miró. —Gracias.

—Estás impresionada, lo noto —se acercó a ella y pasó los nudillos por su mejilla. —
¿Sabes?, podría impresionarte mucho más, si me dieras una media oportunidad.

Sydney tragó saliva, apagando la caricia de la llama que había provocado su
contacto.

—¿No crees que ya te he dado «media oportunidad»?

—Tenía esperanza de que me dieras la otra mitad —agarró su camisa, la acercó a él
y bajó la cabeza hacia sus labios. —¿Qué me dices de la cena?

—No puedo saltarme a todas horas mis responsabilidades como monitora —negó
con la cabeza.

—Mmm —acarició sus labios con el aliento, cálido húmedo y seductor. —¿Otro día?

—Yo... no sé.

—Pues piénsalo, Syd —le dijo, mirándola con Fijeza.

—De acuerdo —ella asintió con debilidad.

—Bien, entonces —la soltó y retrocedió. —Es una cita.

CAPÍTULO 14

Esa tarde, Sydney colocó la bandeja con la comida que había elegido en la cafetería del Louvre sobre la mesa de Gracie y se sentó.

—¿Qué diablos es todo eso? —preguntó Joe, mirando los coloridos alimentos de los platos.

—No tengo ni idea —contestó Sydney, —pero espero que sepa tan bueno como su aspecto —no había sido capaz de tragar una comida completa desde Londres, y esperaba que la apetitosa selección la tentara. Pinchó una creación de múltiples capas con el tenedor, y decidió que debía de ser prima hermana de una quiche.

—¿Qué hay en tu vaso? —Gracie señaló una bebida amarillenta y espumosa. —Zumo de frutas, sobre todo.

—Me alegro de que Nick esté aquí para traducir y saber qué me meto en la boca — Joe agarró una patata frita.

Sydney dudaba que los problemas de idioma pudieran impedir que Joe comiera a sus anchas por toda Francia.

—¿Dónde está? —preguntó Gracie.

—¿Nick? —Joe se metió la patata en la boca. —Lauren y Heather lo han arrastrado a una de las tiendas de souvenirs de la planta inferior. Para pedirle consejos.

—Hoy se está dedicando a las compras —dijo Gracie.

—¿Nick?

—Empezó esta mañana, con flores para Syd.

Sydney dejó caer el tenedor.

—¿Flores? —Joe pareció realmente asombrado. La mano con la que se llevaba otra patata a la boca se detuvo en el aire.

—Deberías haberlas visto —dijo Gracie. —Maravillosas, un ramo enorme. Las traje durante el desayuno. Dijo que había estado espionando en el pasillo, esperando su oportunidad —suspiró y apoyó la barbilla en la mano. —¿No es romántico?

—¿Flores? —Joe dejó caer la patata y miró a Sydney. —¿Te ha traído flores?

—¿No lo sabías? —Gracie sonrió de oreja a oreja. —¿No hacen una pareja perfecta?

—No somos una pareja —Sydney dejó la servilleta sobre el plato y apartó la bandeja de comida. Supuso que recuperaría el apetito cuando regresara a California.

Sydney se reunió con varios de sus alumnos junto a la pirámide invertida de cristal que taladraba el patio subterráneo del Louvre. Dentro del cristal, trabajadores con ventosas en los pies se inclinaban sobre las barras de la estructura, lavando y secando con paciencia cada panel triangular.

—Que horror —dijo Zack.

—Sí —comentó Matt. —¿Cómo de sucia puede ponerse esa cosa por dentro? Seguro que la parte de fuera se llena de heces de paloma y cosas así, pero ¿por qué limpian el interior?

—Es como una de las torturas que se le ocurrirían a mi madre —dijo Zack.

—Y a la mía —asintió Sydney. —Me alegro de que no esté aquí para ver esto —las tareas del hogar, y el que Sydney no las hiciera, llevaba mucho tiempo exasperando a su madre.

—¿Qué vamos a hacer esta tarde? —preguntó Zack. —Es tiempo libre, ¿verdad?

—Creo que deberíamos pasar el resto del día aquí —dijo Sydney, —Esa hora con Edward esta mañana no es bastante para hacer justicia a este lugar.

—¿Te refieres a quedarnos en este museo hasta la hora de cenar? —Zack la miró horrorizado.

—Hay mucho que ver —Sydney sacó una guía de su bolsa. —¿Dónde está la señorita Drew?

—Ha ido al aseo —contestó Lori. —Dijo que se reuniría con nosotros aquí en un par de minutos.

—¿Hay algo aquí que no sean cosas de arte? —preguntó Gina.

—Sí —Sydney hojeó el libro, intentando encontrar algo que pudiera atraer a los adolescentes. —Hay montones de cosas interesantes. Cosas como... eh...

—Ejem. Señorita Gordon —la voz grave de Nick resonó a su espalda. —¿Puedo hablar con usted un momento, por favor?

Agarró su mano y la llevó hacia uno de los bancos que había junto a la pared. Sydney, al oír a los adolescentes cuchichear a su espalda, soltó la mano.

—Te has sonrojado —dijo él.

—Tenemos audiencia.

—¿Eso supone un problema para ti?

—Cuando no estoy encima de un escenario, sí. Supone un problema.

El miró a los alumnos y arrugó la frente.

—Eso hace que me tiente rescindir mi oferta antes de hacerla.

—¿Qué oferta?

—Joe quiere saber si podemos cambiar dos de nuestros «queremos quedarnos aquí» por todos tus «cualquier sitio que no sea un museo».

—Trato hecho —dijo Sydney—. Y gracias.

—De nada —le lanzó una mirada que hizo que a ella se le secase la boca. —Pero no es exactamente la tarde que había planeado.

—¿Planeado? —consiguió decir ella un momento después.

—Esa cita, Sydney —se inclinó hacia ella, que se ruborizó aún más. —Pienso cobrármela. Y cuando esté listo para hacerlo, lo sabrás sin duda alguna.

Nick alzó la mano, pidiendo silencio cuando Joe entró en la habitación del hotel poco antes de la hora de la cena.

—Quiero acabar esta escena.

Joe dejó la mochila en el suelo, se quitó los zapatos y se dejó caer, de bruces, sobre la cama.

—No puedo creer que me haya comido ese último pastel de crema.

—Y yo no puedo creer que te comieras el segundo almuerzo —dijo Nick. Cerró el portátil y se inclinó a un lado para abrir la estrecha puerta del balcón. Los visillos ondearon al viento, golpeando la barandilla de hierro, y les llegó el sonido de un partido de fútbol que jugaban en la calle.

—He oído lo de las flores —dijo Joe. —Buena jugada. Muy romántica. Espera a que se entere Connie.

—¿Por qué tiene que enterarse?

—¿Sugieres que le oculte algo a mi esposa?

—No hay nada que contar. Por tanto, nada que ocultar —Nick tomó un sorbo de la lata de refresco que tenía junto al codo.

—Entendido. Entonces paga —dijo Joe. Gimió y se puso de costado. —Por el reto.

Nick se encogió de hombros y tomó otro sorbo.

—Nunca habías perdido un reto antes.

—No había reto.

—Estaba implícito.

—Técnicamente, una implicación no cuenta. —Aun así —insistió Joe. —Nunca habías perdido.

—Soy mayor. Más sabio.

—Perdedor —dijo Joe.

—Es curioso —Nick inspiró con fuerza. —Tal y como yo lo veo, no me siento así.

—¿Cómo te sientes?

«Como si me estuviera hundiendo». Sin rumbo. Ella tenía novio, al menos una especie de novio. Él tenía otros planes. Juntos tenían... mucha química. Pero no había tiempo para hacer un par de experimentos y ver qué resultados conseguían.

—Entonces —dijo Joe, —he ganado.

—Supongo —Nick se recostó en la silla para rumiar un poco. Después decidió que rumiar con respecto a una mujer que no era suya, que nunca lo sería, a quien no volvería a ver cuando acabara el tour y que encima no era el tipo de mujer con el que solía ensimismarse, era bastante estúpido. Casi tan estúpido como esa conversación sobre el inexistente reto.

—No tiene gracia ganar así —se quejó Joe.

—Así, ¿cómo?

—Por defecto.

—¿Qué quieres decir con «por defecto»?

—Ni siquiera lo estás intentando.

—Le he comprado flores, por Dios bendito.

—Olvidalo —Joe cortó el aire con el canto de la mano. —Olvida el maldito reto. Tú ganas, ¿vale? Me rindo.

—Cobarde —dijo Nick.

—No soy un cobarde.

—Y yo no soy un perdedor.

—Entonces, ¿en qué quedamos?

—De pie sobre arenas movedizas —rezongó Nick.

—¿Habla la parte más vieja y sabia?

—¿Te refieres a que soy capaz de admitir que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo?

—Sí —afirmó Joe. —Precisamente a eso. Nick se levantó y tiró la lata vacía a la papelera.

—Entonces —dijo Joe, —¿el jinete cabalga de nuevo?

—Puede —Nick miró a su hermano y sonrió. —Mientras pueda mantener el trasero sobre la silla.

CAPÍTULO 15

Los días restantes en París fueron como escenas de una de las películas en blanco y negro que a Sydney le encantaba alquilar para verlas lloriqueando durante el fin de semana. Nick estuvo atento y siempre dispuesto a entretener.

Que no le hubiera robado otro beso apasionado y devastador, en fin, tal vez fuera lo mejor. Otorgaba al tiempo que habían pasado juntos un agridulce efecto en blanco y negro.

Siempre les quedaría París.

Paseó con ella por los jardines de la Tullería y la invitó a un café en una cafetería de moda de los Campos Elíseos.

Organizó una paseo en bicicleta por el bosque de Boulogne para los alumnos e inventó historias escandalosas sobre los cuadros del Museo d'Orsay, obligando a los alumnos a examinar las obras de arte con más atención de la que habrían dedicado sin su comentario.

Sus primeras impresiones sobre Nick Martelli habían sido totalmente equivocadas. No era un monitor inapropiado, era creativo, poco convencional y divertido. Era... Perfecto.

Dos días antes del regreso de Sydney, Henry abrió la puerta y encontró a Harley en el porche delantero.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

—Ocuparme de un pequeño asunto.

Él miró su pelo demasiado rubio para ser natura], de punta como el de un duende en un mal viaje de ácido, la camiseta sin mangas rosa neón, remetida en unos pantalones cortos de talle bajo y las uñas rosa chillón de los pies que calzaban unas chanclas polvorientas. Se preguntó por enésima vez qué tenía para que se le hiciera la boca agua, se le acelerara el pulso y sintiera una tensión incipiente en la entrepierna. Tal vez se tratara de locura temporal. O estaba sufriendo un caso de pésimo mal gusto.

Frunció el ceño, como hacía siempre que la veía, e intentó decidir si debía invitarla a entrar o no. Seguramente era mala idea, pero ella había ido hasta su oficina para devolverle el vaso, después de atiborrarlo a café el día que lo encontró en las escaleras de la casa de Norma. Por no mencionar que aquella tarde había estado sentada una hora con él en la cocina, escuchando sus problemas. Lo menos que podía hacer era ofrecerle algo de beber y cinco o diez minutos de su tiempo.

—Entra.

—Gracias —ella curvó la boca con una sonrisa sarcástica y torcida. —Pensé que nunca ibas a pedírmelo.

Henry se hizo a un lado y ella entró; su perfume almizclado lo asaltó y recorrió sus venas como un narcótico.

—Menuda casa tienes, Hank —hizo una pausa y ladeó la cabeza para mirar la lámpara de araña que colgaba del techo en cúpula. Después bajó la vista y le ofreció su

sonrisa abierta y amistosa, la de «lo que ves es lo que hay», que siempre le encogía el estómago y le impedía dejar de mirarla. —Muy, muy bonita. Estilo Pradera, ¿verdad?

—Correcto.

—Siempre he sido una fan de Frank. ¿Frank?

—Lloyd Wright.

El se preguntó de dónde sacaba aquella información. Asintió e intentó recordar por qué debía mantenerse a al menos un metro de distancia de ella.

—Pero no me imagino las cosas de Syd encajando con la decoración —comentó ella. Eso era, Sydney.

—Tienes razón. No encajarán.

—Puede que se avecine una discusión. Ella adora sus tesoros.

—Los tesoros de una persona son saldos de rastro para otra —señaló con un gesto la parte trasera de la casa. —¿Quieres beber algo? Tengo soda, infusiones, agua mineral...

—Hum —negó con la cabeza. —Es tentador, pero... no, será mejor que no.

Sacó un billete de cincuenta dólares del bolsillo.

—He venido a devolverte esto. No es por nada personal.

—¿Por qué me das eso? —Henry miró el billete con las manos en los bolsillos.

—Curioso. Eso mismo me pregunté yo cuando lo vi en tu mesa del bar la otra noche.

—Es tu propina.

—¿Qué servicios presté exactamente para recibir una tan generosa? —ladeó la cabeza. —Me gustaría saberlo, para poder ofrecérselos a todos mis clientes en el futuro.

Henry sintió un burbujeo de celos, ira, frustración y lujuria iniciarse en su interior.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó. —¿Aceptar que me la devuelvas?

Ella se acercó y agitó el billete bajo su nariz.

—Quiero que me trates como tratarías a cualquiera. Quiero que olvides lo que ocurrió.

—¿Te refieres a que olvide que te besé? Ella titubeó, luego alzó la barbilla. Sí.

—No puedo. —¿Por qué no?

—Porque deseo hacerlo otra vez.

—Oh —exclamó Harley, sus ojos se ensancharon—. ¿Por qué?

—No tengo ni idea,

—¿Y si te dijera que no quiero que me beses?

—Diría que estás mintiendo.

—Esto es una locura —se alejó y dejó el billete en la mesita de entrada. —No puedes estar haciendo esto. Nosotros, tú y yo, no podemos estar haciendo esto. Ni siquiera pensando en hacerlo. Nada de nada.

—Lo sé.

Harley lo miró y la expresión de sus ojos, el aroma de su piel, el sonido de su voz, la forma de su rostro y el color de las uñas de sus pies lo dejaron sin respiración.

—Entonces, ¿por qué lo estamos haciendo? —preguntó ella.

—Como he dicho antes —se acercó. —No tengo ni idea.

—No eres el tipo de persona que hace estas cosas —alzó las manos, con las palmas hacia fuera, para detener su avance. —Sobre todo sin pensarlas bien.

—Parece que ambos estamos descubriendo muchas cosas nuevas e interesantes sobre mí últimamente.

Harley retrocedió hasta la puerta, Henry se interpuso para impedirle la salida y luego titubeó. Ella alzó sus enormes ojos marrones para encontrarse con los suyos y él captó otra oleada de su perfume sexual. Todo su sentido común salió disparado por los poros como si hubiera sufrido el impacto de una bomba nuclear.

El último pensamiento se mi coherente que tuvo Henry, en la zona cavernícola de su cerebro, fue que había enredado una mano en el sedoso pelo de Harley, puesto la otra en la redonda curva de su trasero y asaltado su boca con la lengua, mientras que una larga pierna desnuda se enroscaba alrededor de su pantalón.

Después no hubo más pensamientos, de ninguna clase, durante mucho tiempo.

Cuando Nick apareció en la habitación de Sydney, poco después de la hora de toque de queda de la última noche del tour, y la invitó a salir a tomar una copa de despedida, ella aceptó sin dudarle. Una copa, o dos, parecía una excelente idea.

Él la ayudó a subir a un taxi y le dio al conductor la dirección de un club cercano a la Sorbona.

—Uno de los sitios que solía frecuentar —le dijo, con una mueca traviesa.

Ya acostumbrada al ambiente típico de los bares europeos, Sydney inhaló una profunda bocanada de aire fresco antes de entrar. El olor a humo se mezclaba con el del vino y los perfumes, colgando del techo bajo; y el brillo de las puntas de los cigarrillos y el chisporroteo de las velas de las mesas eran como luciérnagas en la neblina. Siluetas abrazadas se movían como péndulos en la abarrotada pista de baile.

Nick tomó su mano y la condujo hasta una mesa cerca de los bailarines. La sentó en la silla disponible y regresó con una para él tras una acalorada discusión con un camarero malhumorado.

—Disculpa —dijo, sentándose a su lado y poniendo un brazo en el respaldo de su silla. —Eso seguramente retrasará las bebidas una media hora.

Sydney se recostó contra su brazo y sintió sus dedos jugueteando con el pelo de su nuca, esa noche parecía distinto. Callado, retraído. Sin ganas de hablar. Ella debía dar la misma impresión, porque no sabía cómo llenar los silencios. Un exceso de sentimiento amenazaba con aplastarlos, así que intentó encontrar un tema seguro y superficial.

El grupo empezó a tocar una melodía antigua. Nick se inclinó hacia ella y rozó su cuello con la mandíbula.

—Baila conmigo, Sydney —pidió.

La guió entre las parejas y se llevó su mano a la boca para depositarle un beso en los nudillos antes de apoyar la palma contra su pecho. Ella sintió el latido de su corazón, en sintonía con el seductor ritmo del bajo.

Volvió la cabeza, intentando recuperar el aliento, y él deslizó los labios por su cuello, dibujando un sedoso camino desde debajo de su oreja hasta la punta de su barbilla. El calor del contacto la penetró y fluyó por su cuerpo, líquido y eléctrico. Se apoyó en Nick, intentando que sus piernas temblorosas se acompasaran al movimiento fluido de las de él. Cuando sonaron las últimas notas de la canción, Nick tomó su rostro entre las manos y la obligó a mirarlo a los ojos, esos ojos increíblemente oscuros e intensos. El cuerpo de Sydney se paralizó y sus sentidos vibraron cuando la boca de él descendió, muy lentamente hacia la suya. Sí. Sí.

Nuevas parejas salieron a la pista, evitándolos, y un brusco cambio de ritmo indicó un cambio de ambiente. Nick frunció el ceño y dio un paso atrás. Sydney tomó aire y deseó que su corazón recuperara el pulso normal. El la guió de la mano hasta la mesa, donde bebieron el vino que el camarero había llevado en su ausencia y miraron la pista de baile, en vez de mirarse uno a otro.

Tras otra canción, Nick dejó la copa de golpe.

Syd.

—Salgamos de aquí.

Se puso en pie, sacó unos euros de la cartera, los dejó sobre la mesa y extendió la mano. Ella asintió y la aceptó. Salieron al frescor de la noche y las sombras de la calle.

Caminaron largo rato, bajo el resplandor de las gráciles farolas y el verdor de las plantas que colgaban de los balcones, dejando atrás tiendas cerradas, callejones oscuros y grupos de estudiantes y turistas. Él puso un brazo sobre sus hombros y ella se agarró a su cintura. Sydney volvió a darse cuenta de lo bien que encajaban, lo fácil que resultaba que sus pasos se acoplaran el uno al otro.

—¿Tienes frío? —preguntó él.

—No —respondió.

—Empezaron a cruzar el Pont Neuf, viendo la fachada iluminada de Notre-Dame. Se oían fragmentos de conversaciones de un barco turístico que pasaba bajo el puente y Nick se detuvo y se apoyó en la balaustrada de piedra para verlo pasar. Sydney giró para admirar la silueta del Louvre en la ribera opuesta.

—¿A qué hora sale tu vuelo mañana? —preguntó él.

—A las dos y cuarto. Iremos en el autobús de las nueve, con los demás. Sus vuelos salen antes, pero almorzaremos mientras esperamos la salida del nuestro —dio un vuelta en círculo, esperando que Nick se moviera, pero él siguió donde estaba, mirando al horizonte. Ella se situó a su lado y observó cómo la brisa nocturna le alborotaba el cabello sobre la frente.

—¿Cuándo llegarás a tu casa? —preguntó él.

—¿Cuándo aterrizará el avión? ¿O cuándo entraré por la puerta de casa?

Nick se enderezó y se dio la vuelta hacia ella.

—¿Cuándo entrarás por la puerta de tu casa?

—Alrededor de las once de la noche, creo.

—Estarás cansada.

—Hay que conducir un buen rato desde el aeropuerto —asintió ella con un suspiro.

Nick deslizó las manos desde sus muñecas hasta sus hombros.

—¿Habrás alguien allí, esperándote? «Henry, Con su anillo».

—No —respondió.

—¿No hay perro? ¿Ni gato, ni pez? —se acercó más, llevó los dedos a su cuello y luego enmarcó su rostro.

—No, nadie —susurró. —«Por favor. Un último momento. Un último recuerdo», suplicó para sí.

—Háblame de tu puerta delantera, Sydney —las palabras parecieron acariciarle la cara mientras sus ojos descendían hasta sus labios.

—Es parte de una antigua puerta francesa. Cristal panelado, marco azul, visillos de encaj...

La boca de Nick atrapó la suya, ardorosa e insistente, impaciente por recibir más. Sydney se abrió a él, dispuesta a darle cuanto quisiera y a recibir cuanto lo pudiera ofrecerle, a entregarse y ser completamente absorbida por otra persona, a la vertiginosa escalada y la altura inmensa de un romance glorioso.

Eso era lo que había estado esperando; lo que había esperado de él. Deseado de él. Ser devorada, poseída. Ser devastada. Y él no la decepcionó.

Sus manos se deslizaron hacia abajo por la curva de sus hombros, deteniéndose para delinear el montículo de sus pechos, y luego la apretaron con fuerza mientras su boca la atacaba con frenesí y gula. Sydney agarró mechones de su pelo espeso y fresco por la brisa, arqueó la espalda y clavó las caderas contra las suyas, buscando y anhelando un contacto más completo.

—Sydney —su voz sonó como un gruñido contra su cuello, —Mi dulce Sydney —una vez más, sus labios encontraron los de ella, castigando, atormentando, y su lengua invadió su boca, exigente, Siguió y siguió, ese placer desesperado, una comente peligrosa y violenta.

Ella suspiró en su boca y Nick gruñó en respuesta., alzó las manos para quitarle las horquillas del cabello y luego lo agarró cuando cayó en cascada por su espalda. Se apoyó en la barandilla, estrechándola contra su cuerpo.

Sydney se aferró a él, perdida, temiendo que sus extremidades vacilantes no pudieran soportarla en pie, que sus pulmones dejaran de suministrarle el aire que necesitaba; pero comprendió que le daba igual. Su cuerpo la traicionó, a pesar de que su mente intentaba recuperar el control.

—Syd. Syd —él disminuyó la presión y alzó la barbilla para apoyarla contra su frente. —No creo haber sentido tanta frustración desde que estuve en el instituto.

Sydney suspiró y cerró los ojos con fuerza, intentando atrapar los segundos que pasaban, deseando pasar una hora más con él. Pero tenían que regresar. Al día siguiente se despedirían formal y públicamente antes de que ella subiera a su avión. Nada emocional ni doloroso, tan sólo un sencillo y definitivo adiós.

—Será mejor que volvamos —abrió los ojos y observó las luces que bailaban sobre las ondas oscuras del Sena. —¿A cuánto está el hotel de aquí?

—Ochocientos metros, un kilómetro, tal vez.

—No me importa ir andando —se apartó y forzó una sonrisa. —Al fin y al cabo, es mi última noche en París.

«Mi última noche en París». Las palabras flotaron en el silencio mientras emprendían el camino de regreso al hotel. Sydney rellenó el tiempo pensando en todas las cosas que podrían decir, hacer o sentir si tuvieran más tiempo; después se recordó que debería sentirse aliviada porque no fuera así.

CAPÍTULO 16

Los alumnos y profesores de Nuevo México e Illinois fueron los primeros en marcharse la mañana siguiente; sus aviones despegaron del aeropuerto Charles de Gaulle a mediodía. Sydney abrazó a los monitores y parpadeó para evitar las lágrimas, accediendo a mantener el contacto, pero consciente de que era poco probable que eso ocurriera.

Una hora después, el grupo de California acompañó al de Filadelfia a la zona de control de seguridad. Joe aceptó un chicle de Gracie, besó a Sydney en la mejilla con timidez y luego dio a Nick una fuerte palmada en la espalda antes de encaminarse hasta la puerta de embarque.

—Me gustaría quedarme un rato más —dijo Nick, —pero tengo que recoger el coche de alquiler y emprender mi viaje.

—¿No vas a quedarte en París? —preguntó Gracie.

—No —Nick se pasó la mano por el pelo con aire distraído, paseando la vista por la concurrida terminal. —He visto bastante de esta ciudad por ahora. He pensado poner rumbo al este, a ver adónde llego,

Otras largas vacaciones. Sydney se preguntó si pasaría un par de días en otra capital pintoresca, conocería a otra mujer y aprendería otro idioma.

Gracie reunió a los alumnos del Sierra Norte ante la fila del control de seguridad y se volvió para darle un abrazo a Nick.

—Cuídate, Nick. Mantente en contacto y cuéntanos cómo va tu carrera de escritor.

—No te preocupes. Andaré buscando clientes —le dio un beso en la mejilla y se despidió con la mano mientras ella seguía a los alumnos.

—Bueno —dijo Sydney. Esbozó una sonrisa brillante, como si fuera un uniforme, y se preparó para la escena final. —Ha sido... es...

—Espera un minuto —Nick le agarró el brazo y la llevó hacia una ventana que daba a la parada de taxis. Te he traído algo. No es un regalo, en realidad sólo algo para leer en el avión —metió la mano en la mochila y le entregó un paquete plano, envuelto en papel de seda arrugado.

Sydney abrió una esquina y vio una manoseada revista de historias de policíacas.

—¿Hay una historia tuya ahí dentro?

—Sí.

—¿Tiene tu autógrafo?

—¿Quieres que te la dedique? —sonrió él.

—Claro —sacó un bolígrafo de su abultado bolso. El escribió algo en una página, de las últimas de la revista, y se la devolvió.

Después la tomó suavemente de los hombros y depositó un beso breve y dulce en su frente.

—Adiós, Sydney.

Ella se preguntó por qué siempre le afectaban más sus caricias tiernas que su pasión. No iba a llorar, en absoluto. Seguiría su pauta y se despediría de forma amigable y con ligereza.

—Adiós, Nick —dijo, apoyando la mano en su mejilla.

Antes de que pudiera apartarla, él alzó una de sus manos y rodeó la suya con los dedos. Lentamente, con reverencia, se la llevó a los labios y depositó un beso largo y cálido en la palma abierta, con los ojos cerrados.

Después se dio la vuelta, se metió las manos en los bolsillos y se alejó.

Jack Brogan tiró la botella de whisky vacía a un lado y contempló cómo estallaba en miles de esquirlas brillantes y letales contra la pared trasera del callejón. Las ratas chillaron y corrieron por encima de sus pies mientras seguía su alcohólico deambular...

Nick apretó el claxon del diminuto Peugeot rojo y maldijo a la furgoneta que ocupaba la vía reservada para adelantar.

Jack Brogan se tragó la espesa mezcla de té y leche de yak, se echó el equipo al hombro y se enfrentó a la luz gélida y despiadada del amanecer tibetano. Su guía fe había prometido que ese día llegarían al remoto monasterio donde Jack pasaría el resto de su vida en busca de la claridad y...

Más le valía dejarlo. Así no llegaría a ningún sitio.

Pasó un cartel indicador. Bueno, no era exactamente ningún sitio. Era Saint-Ghislain. Bélgica.

Condujo hacia el lateral de la carretera, ignorando el pitido irritado de un camión y miró fijamente un cuidado campo con algún tipo de cultivo. Sydney sabía qué era esa cosa verde. Probablemente también podría decirle dónde cenar y darle una conferencia sobre la historia local.

Sydney. Dios, cuánto la echaba de menos.

Se derrumbó sobre el asiento y cerró los ojos, imaginándosela con el cinturón de seguridad puesto, en su estrecho asiento, volando entre las nubes mientras leía la historia que le había dado. Se preguntó si alguna vez entraría en una librería y buscaría otro de sus libros. Le gustaría saber qué pensaba de su trabajo. Se imaginó llamando a esa puerta azul de cristal con visillo de encaje para descubrirlo. Pensó en inclinar la cabeza para mirar sus ojos caleidoscópicos cuando la abriera.

Se imaginó entrando en un hotel desconocido, cenando sin ella en algún lugar del comedor. Se vio trabajando en el portátil, sobre la mesa de la habitación, sabiendo que no la vería más tarde. Pensó en los días siguientes, en llegar a una ciudad nueva y explorarla sin tener que esperar a que ella contara el cambio, dirigiera su horario o comprobara que todo estaba donde debía estar, según su guía de viajes.

Inquieto, intentó volver a concentrarse en el argumento, solucionar los problemas que estaba teniendo Jack con la agente rubi-pelirroja de Londres, ésa cuyo prometido acababa de ser pescado en el río Thames, hinchado y devorado por los cangrejos, con una abridor de cartas clavado en el corazón.

Mejor olvidarlo. De momento había acabado con los problemas de sus personajes y argumentos ficticios. Su realidad personal estaba inmersa en un lio mucho mayor. Sydney Gordon era más que una inocente mujer fatal, tentadora y devastador amen te bella. Era un polvorín de pasión andante. Si fuera algún tipo de granada sexual, se

habría visto obligado a lanzarse sobre ella y tajarla con su cuerpo para impedir que la explosión mutilara a todos los machos de las proximidades.

Se frotó el rostro con las manos. Esas frases eran de Jack, no suyas. Pero tenía que admitir que había algo en Sydney que despertaba sus deseos más profundos. Creía haber enterrado para siempre sus viejos sueños de la casa, los niños, el perro y el jardín trasero. Pero en algún momento de los últimos días, había vuelto a pensar en galletas de chocolate caseras. En despertarse y encontrar rizos rubio rojizos desparramados sobre la almohada contigua, en ver el rostro de Sydney al otro lado de la mesa de la cocina por la mañana.

Abrió los ojos y miró la carretera, pero sólo veía a Sydney. Rezongó, imaginándosela hurgando en el enorme bolso, buscando con desesperación el mapa que había dejado caer al suelo. Sonrió al pensar cómo había imitado al pomposo conserje del hotel de París. Su sonrisa se desvaneció y tragó saliva, recordando la llamarada de pasión y excitación que había visto en sus ojos cuando bajó la boca hacia sus labios en los jardines de Versalles.

Se había advertido sobre los peligros de jugar con fuego, pero no había jugado sobre seguro. Sentía un claro escozor en los bordes del corazón, más incómodo de lo que había esperado. Lo que le había preocupado de verdad había sido el calor residual, los rescoldos. No quería que ninguna llamarada de última hora lo pillase desprevenido.

Por otro lado, había una vieja expresión... «luchar con fuego contra el fuego».

Arrancó el coche y se incorporó a la autopista, de vuelta a París.

—Oh, cállate —gimió Sydney, extendiendo el brazo hacia el despertador de la mesilla. Palpó por la desordenada superficie, buscando el irritante sonido que la había despertado. Paró y empezó de nuevo. No era el despertador. Era su móvil.

Se incorporó y apartó las sábanas de una patada.

—Un momento —gritó, saliendo del dormitorio en busca del sonido apagado. Adormilada, pisó algo duro y fue cojeando hasta la mesa del comedor. —Será un estúpido vendedor —gruñó, apartando correo y revistas, buscando el pequeño aparato.

Lo encontró junto a un periódico aún envuelto en el retractilado.

—Hola —ladró.

—Hola. ¿Te pilló en mal momento?

Henry. El sonido de su voz la embargó de pánico y culpabilidad, y un súbito anhelo de cosas simples y respuestas fáciles. Sentándose en una silla, comprendió que tenía muchos sentimientos por él, y que muchos de ellos eran los mejores que había sentido en su vida.

—¿Qué pasaba? —preguntó él. —¿No encontrabas el teléfono, otra vez?

—Sí, Perdona —suspiró y se frotó la frente tras la cual acechaba un incipiente dolor de cabeza. Henry la conocía demasiado bien. —Supongo que aun estoy atontada por el cambio de horario.

—Es agradable oír tu voz —dijo él tras una pausa.

—La tuya también —y lo era. Dulce y querido Henry. Siempre a su disposición. ¿Cómo podía una mujer no amar a un hombre como él?. —Ha pasado demasiado tiempo.

—Unos cuantos días, al menos —dijo él. —Yo... he estado muy ocupado. Perdona. A mí también me ha parecido mucho tiempo.

Sydney echó un vistazo al temperamental reloj de cuco que colgaba sobre la puerta del porche. El péndulo había dejado de moverse,

—¿Qué hora es?

—Las diez. Pensé que sería una hora prudente, para un miércoles.

—Tienes razón... debería serlo —para una persona normal. Bostezó y cruzó la sala para acurrucarse en el sofá.

—Yo... te he echado de menos, Sydney —dijo.

—Lo mismo digo —quería cambiar de tema, y necesitaba concertar un lugar y una hora para verse y hablar. Un sitio sencillo, público. —Creo que iré al teatro esta tarde, Se me han ocurrido muy buenas ideas para terminar el decorado de interior. Londres fue toda una inspiración. Tal vez podrías pasar por allí.

—No puedo, tengo una cita con un cliente —ella oyó la voz de Barbara al fondo. — Pero estoy deseando que me lo cuentes todo. ¿Qué te parece cenar en el Inn? Podría recogerte a las siete y media.

Cena en el Inn. Allí era donde se había declarado. Sydney tragó aire.

—Henry...

—Sin presiones, Sydney, sólo cenar. Ha sido una semana muy larga y me apetece charlar tranquilamente en un ambiente relajado —hizo otra pausa. —Vamos, Sydney. Di «sí». Sólo por esta vez.

Ella hizo una mueca al oír el amago de chiste. Podría soportar una charla agradable en un ambiente relajado, y le debía eso al menos.

Sí.

—Fantástico. Te veré a las siete y media, si no paso por el teatro antes.

—Adiós, Henry.

«Sí», se dijo, dejando el teléfono sobre el sofá. Podía manejar una cita. Igual que había manejado una ligera y breve aventura romántica en París. Sin ataduras, en situaciones que podía manejar y con sentimientos que podía controlar. Con un final anunciado. Sólo había que subirse al avión y no mirar atrás.

Pero había sido él quien no había mirado atrás.

Al diablo con Nick Martelli. Al diablo con él por ser distinto de lo que había creído. Por todos esos dulces e inolvidables momentos, por besarla como nunca había sido besada. Y al diablo con él por hacerle sentir algo que no había sentido antes.

Si lo que sentía se debía al desfase horario, era peor que la gripe. Miró el montón de periódicos y correo que había sobre la mesa y los platos sucios apilados sobre la encimera de la cocina. A través de una pequeña abertura veía su maleta abierta en el suelo, con el contenido colgando por los bordes. Había pasado casi todo el día anterior hibernando, diciéndose que necesitaba descanso tras el largo vuelo de vuelta a casa. Cuando había intentado hacer algo entretenido, unos bocetos para el decorado, había

fracasado. Su única salida al supermercado para comprar provisiones había sido acompañada de un desvío a la librería para buscar otra historia de Jack Brogan.

Jack Brogan, sonrió. Era obvio que era el alter ego de Nick. Aunque Jack era rubio, de ojos azules y muy musculoso, hablaba por boca de Nick, en una versión un poco más ruda.

Sobre todo de mujeres. «Haz que piquen, recoge carrete y después devuélvelas al río». Si hubiera leído las historias antes de conocer a su autor, tal vez se habría evitado un montón de sufrimiento.

Y no era que estuviese sufriendo.

Se habían acabado los pensamientos sobre Nick Martelli. Completa e irreversiblemente. Punto final.

Fin.

Nick contempló el agua color zafiro del lago Tahoe desde la ventana del hotel y dejó que su mente vagara, escuchando el débil e hipnótico pitido del teléfono que tenía al oído.

—¿Hola? —la voz de Connie lo sacó de la neblina inducida por el cambio de horario. Sonrió al oírla.

—Hola, cuñada.

—¿Nick? ¿Dónde estás? ¿Aún en Francia?

—Tahoe. California.

Se recostó en la silla y sorbió el café que había pedido al servicio de habitaciones mientras duraba el largo silencio al otro lado de la línea.

—¿No estás en Europa?

—No.

—Voy a sentarme —un tono de gravedad tino la voz de Connie. El tono que hacía que sus hijos y su marido salieran corriendo temiendo sus represalias. —Vuelve a decirme dónde estás.

Nick se la imaginó en la luminosa cocina amarilla, con las encimeras pringosas de manteca de cacahuete y mermelada y los dibujos de los niños expuestos en la puerta del frigorífico.

—Lago Tahoe. Del lado de California.

—Joe me dijo que habías conocido a una mujer de California. ¿Es allí donde estás?

—Cerca.

—Ay, Nicky —se sorbió la nariz. —Sabes que llevo tiempo esperando y esperando esto.

—No te pongas sentimental conmigo, Connie —tomó otro trago de cafeína. —¿Se ha levantado ya Joe?

—Aquí es más de mediodía, ya lo sabes.

—¿Cuánto tiempo lleva fuera de la cama? ¿Cinco minutos?

—Diez —rezongó ella.

—¿Está lúcido?

—Apenas, creo. ¿Nick? —su voz de repente pareció llenarse de preocupación fraternal. —¿Nick?

—¿Qué pasa, cariñito?

—Ten cuidado, ¿de acuerdo?

—Cualquier cosa por ti, cuñada —Nick sonrió. La petición había sonado casi como una orden.

La brisa matutina añadió una capa más de brillo a la extensa superficie de agua que se veía por la ventana. Cerca de la orilla las velas de un barco se elevaron y volvieron a caer. La vista era todo un contraste con la banda sonora de ruidos y gritos infantiles que asaltaban su oído izquierdo.

—¿Qué pasa? —la voz ronca de Joe se elevó por encima del barullo de críos. —Connie dice que no estás en Europa.

—Volé a San Francisco ayer. Subí a ver el lago Tahoe. Dios, es precioso. Connie y tú tendréis que subir a los niños aquí algún día y...

—Sólo se me ocurre una razón para que estés mirando el lago Tahoe en vez de molinos de viento —Joe suspiró. —Contesta a mi pregunta, Nick. ¿Qué está ocurriendo?

—Se trata del reto —Nick apoyó los pies en el alféizar de la ventana. —Recuerdas el reto, ¿verdad?

—Creía que habíamos quedado en que éramos demasiado viejos para esas cosas.

—Romance, creo que dijiste. Dulces y flores. —Ya te he dicho que yo no...

—Hice lo de las flores. Conseguí el beso. Eso fue en París. Aunque ni siquiera te molestaste en preguntar —Nick tomó otro sorbo de café, ya templado. —Te estás descuidando con la edad, Joe. Y está lo del límite de tiempo. No estableciste una fecha de entrega ni para conseguir el objetivo.

—¿Quieres decir...? No puede ser... ¿Estás hablando de los dulces?

—Correcto. Los dulces —Nick sonrió, —Pero estoy trabajando en eso.

—¿Estás loco? —preguntó Joe tras una larga pausa.

—No. Sólo ocupándome de este asunto.

Nick oyó los murmullos de Connie y cómo Joe le chistaba. Su hermano seguramente estaba teniendo problemas para quitársela de encima.

—¿La has visto ya?

—No —respondió Nick. —Primero tengo que localizarla. Pero eso será fácil para un tipo que escribe historias de detectives.

—Así que estás disfrutando del paisaje, ¿eh?

—De momento. E intentando escribir.

—¿Intentando? —Joe dejó escapar un silbido. —Esto suena muy serio. Nick.

—Lo es.

—¿Cómo fue la despedida en el aeropuerto? —Joe soltó otro suspiro.

—Agradable. Tranquila. Malditamente impersonal.

—¿Y qué esperabas?

—No lo sé —Nick se puso en pie y caminó tanto como le permitió el cable de teléfono, frustrado por el recuerdo y poniéndose a la defensiva. —No dejo de preguntarme por qué tendría que haber esperado nada.

—Sí. Lo único que hiciste fue intentar que lo pasara bien en París. Regalarle flores y prestarle atención. Ella tampoco puede estar esperando nada más.

Nick se detuvo en seco y se frotó la barbilla.

—No, claro, una mujer estaría loca si esperara una llamada telefónica o algo así después de todo eso.

—Ya, bueno, las mujeres no tienen fama de ser muy lógicas. ¡Ay! —Nick oyó un golpe y a Joe maldecir entre dientes. —Excepto Connie, claro.

—Supongo que podría haberla llamado desde Europa.

—Sí. Podrías, ¿Eso habría resuelto tu problema?

Nick se dejó caer en la cama, mesándose el cabello. Comentar las cosas con Joe era como hacerse una limpieza dental, algo incómodo pero necesario. E igual que un dentista eficaz, su hermano siempre conseguía meterse en todos los resquicios sensibilizados y rascar en los puntos endurecidos.

—No. Necesito verla otra vez.

—¿Y no podías haber esperado un mes, hasta acaba i' con lo que habías planeado hacer en Europa?

—No quería estar allí más tiempo —Nick tragó aire. Decirlo en voz alta lo haría más real, —No sin Syd.

—Oh, diablos. Sí.

—Como hermano tuyo—dijo Joe, —y parcialmente responsable de haberte metido en esto, me siento obligado a decir algo.

—¿Vas a soltarme una charlita? —Nick sonrió.

—Sí. Acertaste. Ve por ella, Nick.

CAPÍTULO 17

Sydney pasó una nía no por el suave mantel. La vela que chisporroteaba en un globo de cristal, el arreglo de rosas y gipsófila blanca en un esbelto garrón, el delicioso Chardonnay en las delicadas copas... todo era elegante y al tiempo discreto. Un poco como la conversación de Henry en lo que iba de velada. Elocuente pero sin verbosidad. Animada, pero sin desesperación. Pero, sobre todo, su conversación era mínima, casi inexistente.

Tomó un largo trago de vino. La fachada de normalidad la estaba volviendo loca lentamente. Era como si no se hubiera marchado, como si no hubiera viajado por otro continente y se hubiera dejado llevar por impulsos que casi habían podido con ella. Deseaba confesar, lanzarse a los pies de Henry y suplicarle piedad.

O quizá otra oferta de matrimonio. Aunque aún no había decidido si deseaba una, ni qué respondería si se la hacía.

—Henry —dijo, —tenemos que hablar de lo que sucedió mientras estaba en Europa.

Él se quedó helado y la escrutó un largo momento. Después dejó la copa sobre la mesa, sin beber.

—Veo que lo que quiera que sea te está disgustando —extendió la mano hacia la suya. —No quiero que estés disgustada. No tenemos que hablar de ello. No hace falta que hablemos de nada que ocurriera mientras estuviste fuera. De nada. Ni una palabra. No si va a hacer que te sientas incómoda —añadió.

Tanta repetición y énfasis no cuadraban con el estilo de Henry. Estaba comportándose de una forma extraña esa noche. Seguía siendo dulce, paciente y comprensivo. Pero no tan entusiasta al serlo. No parecía él mismo, en absoluto. Eso incrementó su intranquilidad por lo que tenía que contarle.

—Creo que deberíamos hacerlo.

—De acuerdo —suspiró y apretó suavemente sus dedos antes de soltarlos. Luego alzó su copa y tomó un largo trago. —Si te parece tan importante.

Sydney supo por el tono paciente de su voz y la expresión resignada de su rostro que él no lo creía así. También parecía incómodo con el tema. Pero estaba dispuesto a pasar un mal trago, por ella.

—No, no es tan importante —dijo. Cuando Henry actuaba así, siempre hacía que se sintiera pequeña y egoísta.

—¿Estás segura? —él volvió a suspirar con algo que pareció alivio y rellenó las copas. Sí.

—Bien. Buena idea —tragó algo más de vino y dejó la copa en la mesa con decisión. —Dejémoslo atrás y olvidemos qué ocurrió.

Sydney no podía creer que estuviera desechando su intento de confesar una relación con otro hombre, que no quisiera conocer cada sórdido detalle. No solo porque anhelara desahogarse sino porque... porque quería ver si se ponía celoso. Debería ponerse celoso, ¿no? ¿Acaso no le importaba lo bastante para que sintiera curiosidad, para al menos intentar descubrir si tenía razones para sentir celos?

—Sydney —Henry volvió a poner una mano en la suya.

—¿Hum?

—Antes de que te marcharas te pedí que te casaras conmigo.

Había llegado el momento que había esperado y temido. La espera le había parecido una especie de penitencia por sus pecados. Y en ese momento, el tono triste y serio de él, la expresión resignada y meditabunda de su rostro, eran una especie de castigo. Deseó cerrar los ojos y esconderse, pero se irguió y lo miró de frente.

—Sí. Lo hiciste.

Henry entrelazó los dedos con los suyos. Eran dedos largos y delgados, artísticos, gentiles. Sydney sabía, sin necesidad de mirar, que sus muñecas estaban salpicadas de vello rubio y que tenía las uñas perfectamente arregladas. Sus manos eran grandes, familiares y tranquilizadoras, no excitantes, pero muy tranquilizadores. Manos que siempre estarían allí para ayudar a una mujer. Pasara lo que pasara.

El propietario de esas manos tan educadas y bien cuidadas nunca dejaría a una mujer en el aeropuerto para salir de su vida para siempre.

Controló sus pensamientos y los hizo regresar al asunto que trataban. No debería estar pensando en Nick, no cuando Henry estaba a punto de declararse otra vez. No era justo y esa noche quería ser justa. Con ambos.

—Henry —dijo, —¿por qué me pediste que me casara contigo?

—¿Qué quieres decir? —pareció confuso. —Es decir, no entiendo adónde quieres llegar.

Sydney se inclinó hacia delante y puso la otra mano sobre la de Henry. Esperaba no herir sus sentimientos con las siguientes preguntas.

—¿Por qué me dejaste marchar sin presionarme para que te diera una respuesta?

—Porque la paciencia es importante en una relación. Y porque nosotros, bueno, nos pertenecemos.

—¿En serio?

—Sí, Sydney —asintió y esbozó su perfecta son lisa recta. —Así es.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Sencillamente —la sonrisa de Henry se difuminó un poco, —yo... lo sé.

—¿Pero cómo?

—Se supone que uno sabe esas cosas. Especialmente antes de un compromiso de este tipo —alzó la copa y vació la mitad de un trago. —Y yo lo sé. Desde el momento en que te vi, supe que eras la mujer perfecta para mí.

—Pero tiene que haber algo más que sólo saber algo, o sentirlo en el estómago —se inclinó hacia él. —¿No debería haber más?

—Bueno... sí, supongo. Supongo que también...

—se removió en el asiento. —También compartimos muchos intereses.

—Como el teatro —se animó ella.

—Está eso, sí. Me gusta compartir eso contigo —frunció el ceño. —Hasta cierto punto.

No sonó muy convincente. Sydney sospechó que alguna de las estiradas esposas de sus socios tenían dudas sobre su excéntrico hobby y habían dejado caer algún comentario sobre «esa gente del teatro».

—¿Qué más? —preguntó.

—Procedemos de entornos similares. Y los dos somos profesionales. Compartimos... —titubeó y clavó la vista en la mesa, como si intentara encontrar las palabras correctas. —Valores. Tenemos la misma visión de la vida. Los dos somos personas serias.

—¿Serias? —no estaba segura de querer ser definida como «seria». Era indudable que no se había sentido muy «seria» los últimos días. Tal vez él no la conociera tan bien como creía.

O quizá el la debería esforzarse más. «Seria» tenía que ser mejor que la forma impulsiva en la que había conducido, y casi arruinado, su vida los últimos años.

—Sí —dijo él. —Serias. Con respecto a nuestras vidas. Nuestros futuros.

Sydney alzó la copa y tomó un largo trago.

—¿Alguna vez seremos algo menos serios? En el futuro, quiero decir.

—Sí —él asintió con solemnidad. —Cuando nos estemos divirtiendo.

Sydney deseó preguntarle a Henry cuándo se habían divertido, divertido de verdad, una diversión como la que había disfrutado con Ni... en Europa, pero no le pareció justo. El tenía razón. Sus vidas y sus futuros eran cosas serias. Igual que una proposición de matrimonio. Debería prestar más atención y no ser tan crítica.

—Entonces —dijo, —¿la razón por la que quieres casarte conmigo es que tenemos mucho en común?

—No es la única razón —miró por la ventana un momento, con una sonrisa sentimental. —Te admiro. Creo que eres cálida, amistosa y tienes talento. Serás una anfitriona excelente y una buena madre.

Volvió a removerse en el asiento y carraspeó.

—Y creo que eres muy guapa, Sydney. La primera vez que te vi, pensé que eras una de las mujeres más bellas que había visto en mi vida.

—Henry —Sydney se emocionó. Realmente era un hombre maravilloso, y no sólo porque pensara que era bella. —Nunca me habías dicho eso antes.

—Debería haberlo hecho —se inclinó sobre la mesa y esperó a que ella deslizara la mano en la suya de nuevo. —Ahora me doy cuenta de que he cometido muchos errores, Sydney. Intentaré no cometer tantos de ahora en adelante.

Sydney se preguntó si había oído un deje de desesperación en su voz. Se dijo que debía de haber sido cosa de su imaginación.

—Yo también lo haré —le prometió.

—Y te quiero, Sydney —cerró la mano sobre la con fuerza. —Te quiero, en serio. Por todas esas razones.

—Me alegra oír eso —y era verdad.

—Pero ¿a qué vienen tantas preguntas? —pregunto él con el ceño fruncido. —Casi me siento como si estuviera en una especie de examen. Como si no confiaras en mí, como si...

—No es eso, es que... —se mordió el labio. —El matrimonio es un gran paso.

—Claro que lo es. ¿Pero no quieres casarte? —se aclaró la garganta. —Quiero decir...

—Sí, claro —dijo. Eventual mente. Algún día. —Claro que quiero.

—¿Quieres? —él sonó dubitativo.

—Sí. Quiero.

—Oh —Henry miró sus manos entrelazadas y luego volvió a mirarla a ella. — Entonces, por favor, ¿te casarás conmigo?

Sydney hizo acopio de una buena dosis de sentido común y coraje que salió del profundo pozo de afecto que sentía por Henry Barlow. Se dijo que un afecto como ése podía convertirse en amor duradero.

Inspiró profundamente, abrió la boca... y titubeó. Sólo fue un momento, pero bastó para que toda su vida pasara ante sus ojos... y no le gustó lo que vio.

Pero tenía que decir algo. De inmediato.

—Quizá. ¿Quizá?

—¡No! Es decir... no quizá. Lo que quiero decir es... —oh, cielos. —Es que probablemente sí —afirmó. Estoy considerándolo muy seriamente. De hecho —le ofreció su sonrisa más tranquilizadora, —me gustaría llevar tu anillo mientras lo pienso un poco más. Si te parece bien.

Henry enrojeció y separó la mano de la de Sydney.

—No lo llevo encima. ¿No?

—Esta noche no.

—Ah —Sydney sintió decepción un segundo, pero después se le ocurrió una feliz idea: tal vez tuvieran más en común de lo que ella había creído. —¿Quieres decir que no pensabas pedirme que me casara contigo esta noche? ¿Que sucedió de repente, por impulso?

—No.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro.

Henry parecía molesto con ella. Nunca antes se había molestado, incluso cuando ella se lo merecía. Tenía un humor muy extraño esa noche, pero Sydney tenía tan pocas ganas de preguntarle qué le preocupaba como las que había tenido él de preguntar que le preocupaba a ella. Supuso que era mejor así. Estiró el brazo y le dio una palmadita en la mano.

—No importa, Henry. Todo irá bien.

—Me alegra que lo creas así —dijo él.

La tarde siguiente, Sydney salió de la cocina con dos tazones de té y le entregó uno a Gracie. Había invitado a su compañera de habitación del tour a comentar la fiesta-merienda de la que serían anfitrionas en el instituto, un par de días después. Gracie había estado de acuerdo en que la idea de Meredith era buena, siempre y cuando Meredith no metiera la nariz en los preparativos previos.

—Toma —dijo Sydney, apartando un edredón hacia un extremo del sofá y quitando un cojín. —El mejor asiento de la casa.

—El único asiento —Gracie miró las pilas de libros, las cestas llenas de material para manualidades, el mueble medio restaurado en una esquina y la cama sin hacer que se veía tras la puerta entreabierta del dormitorio. Movi6 la cabeza y suspir6. —Pero no te molestes por m6.

—No es molestia —Sydney quit6 una bola de lana de la vieja mecedora de mimbre y se sent6. Hab6a intentado ordenar la casa, pero hab6a pasado mucho tiempo trabajando en el decorado, en el teatro de la comunidad. Era bueno mantener la mente alejada de... cosas. —Iba a limpiar antes de que Henry viniera a recogerme para ir a cenar la otra noche, pero me distraje con algo. Qu6 l6o.

—¿Tu casa? ¿O la cita?

Sydney mir6 fijamente su t6 antes de contestar.

—Las dos cosas.

—Casi me da miedo preguntar —suspir6 Gracie.

—Entonces no lo hagas.

—¿Y de qu6 hablaremos entonces?

—Se supone que vamos a hablar de la fiesta post-tour —apunt6 Sydney.

—Si insistes... —Gracie prob6 el t6. —Aunque no me importa escuchar si quieres hablar de ese l6o tuyo.

—Dijo que s6lo era una cena —explic6 Sydney. —Sin presiones.

—Y lo cre6ste.

—Vale, soy tonta.

—No eres tonta, cielo. S6lo eres demasiado agradable para tu propio bien,

—S6, 6sa soy yo. Agradable —Sydney se puso en pie, fue hacia la ventana y apoy6 un hombro en la pared. Mir6 los abetos que bordeaban el camino y las monta6as que hab6a en la distancia.

—No tiene nada de malo ser agradable, Syd.

—Pues anoche fue demasiado agradable para contestar que no.

—¿Qu6 est6s diciendo? —Gracie se atragant6 con el t6.

—Henry me pidi6 que me casara con 6l. —¿Y dijiste que s6?

No.

—Acabas de decir que no dijiste que no —Gracie dej6 el taz6n en la mesa y arrug6 la frente.

—No lo hice. Dije «quiz6».

—¿«Quiz6»? —Gracie se hundid en el sof6. —Sydney. No puedes haber hecho eso.

—No pongas esa cara de horror. S6 que «quiz6» suena fatal, pero hice lo correcto. Por fin s6 lo que quiero. S6lo necesito un poco de tiempo para acostumbrarme a la idea.

Tom6 un reconfortante sorbo de t6 y continu6: —¿Sabes?, dicen que un viaje a Europa ensancha los horizontes de una persona. Que nunca vuelve a ser la misma, dicen. Pues tienen raz6n.

—As6 que si no hubieras hecho el tour —dijo Gracie, —podr6as haberte mantenido firme en tu «no» inicia] a la primera propuesta de Henry y vivido feliz para siempre.

—Eso no es justo —Sydney se acomodó en la mecedora.

—¿Para Henry? ¿O para ti?

—De eso se trata —Sydney se inclinó hacia adelante, —¿Cómo iba a saber si estaba viviendo feliz para siempre o no? Quiero decir, ¿qué otra cosa espera la gente cuando hace planes? ¿Qué hacen para que las cosas salgan bien? Yo nunca habría sabido que todo podía ser... que podía haber...

—¿Más?

—Sí —Sydney volvió a recostarse. —Exactamente eso. Más. Puede que lo que sienta por Henry ahora no sea suficiente. Es posible que el matrimonio no solucione eso. Pero puede que consiga que sea suficiente. Quiero arreglarlo. Quiero intentarlo. Se lo merece.

Miró la expresión dubitativa de Gracie.

—Es un hombre muy dulce, en serio.

—Sí, losé —dijo Gracie. —El equivalente masculino de una «chica agradable».

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sólo que obviamente estáis hechos el uno para otro —Gracie puso los ojos en blanco. —Es tan agradable que un hombre y una mujer agradables se unan... Todo resulta tan... agradable.

—Haces que suene como una enfermedad.

—No he dicho que tuviera nada de malo, ¿no? He dicho que era agradable —dijo Gracie con voz melosa y expresión inocente. —Mucho más ordenadito que eso de que los opuestos se atraen.

—¿Qué preferirías tú? —preguntó Sydney. —Un escenario en el que las chicas agradables se escapan con algún truhán problemático, guapo y fácil de palabra.

—¿En qué truhán pensabas, en concreto?

Sydney abrió la boca y volvió a cerrarla.

—No hablaba de mí, quería decir, yo... era una situación hipotética.

Gracie se puso de pie y se acercó a Sydney, con las manos apoyadas en las caderas.

—No te quedes ahí sentada, compuesta y primorosa, hablándome de situaciones hipotéticas. Estuve allí, en Londres, viendo cómo Nick y tú os desnudabais con la mirada. Estuve allí, en París, viendo el enamoramiento en caída libre, los revolcones en un granero imaginario. Estuve sentada a tu lado en el vuelo de vuelta, viéndote leer ese pobre sustituto de la realidad y lamentando la pérdida de tu inocencia de «chica agradable» como si fuera una especie de pseudo- virginidad.

Se detuvo para clavarle a Sydney un dedo en el pecho.

—Y no te atrevas a simular que no sabes de qué diablos estoy hablando, porque te he visto en el escenario. Puede que seas buena actriz, incluso muy buena, pero esas mejillas sonrojadas te delatan —fue hacia la puerta y descolgó su bolso del único gancho libre que había en el perchero de segunda mano. —Contesta a dos preguntas, Sydney Gordon. Número uno: ¿por qué estás tan segura de que Nick

Martelli no es uno de los hombres más agradables que conocerás en toda tu vida?

Abrió la puerta y se volvió hacia Sydney, que seguía clavada en su asiento.

—Número dos: ¿qué te hace pensar que una chica agradable se plantearía comprometerse con un hombre por quien no tiene sentimientos genuinos?

La puerta se cerró a su espalda y el visillo de encaje revoloteó en el aire antes de volver a su posición original.

A Sydney le ardía la cara y le retumbaba el corazón. Las palabras de Gracie parecían resonar en la casa, haciendo eco en la mente de Sydney. Lentamente, alzó un pie, lo remitió bajo su pierna y empezó a mecerse.

El reloj de cuco continuó su avance y cuando dio la hora el engréido pajarito salió disparado a su percha, como en una ridícula pantomima. La luz de la montaña se convirtió rápidamente en penumbra, como era habitual, creando sombras distorsionadas en la habitación. Siguió sentada en la creciente oscuridad, meciéndose, pensando, esforzándose por contestar a las preguntas de Gracie y preguntándose si las respuestas estaban enterradas bajo sentimientos a los que no se atrevía a enfrentarse.

¿Era Nick Martel 1 i un hombre agradable?

Recordó sus primeras impresiones negativas y la desgana con las que las había abandonado mientras se rendía a su encanto. Pensó que había sido la última persona del tour en convertirse en admiradora suya. ¿Por qué se había resistido con tanto empeño, durante tanto tiempo?

Era porque quería seguir controlando la situación, y Nick había hecho que se sintiera... sin control. De la situación, de sus conversaciones, de sus sentimientos. Su mente ágil, su sentido del humor y su atractivo sexual habían hecho que sus pies dejaran de apoyarse en tierra firme,

Y él había iniciado una energética y abrumadoramente sensual campaña para conseguir su afecto. Había sido un asalto directo y frontal. No había conseguido asustarla, se había escondido e intentado rechazar su humana y femenina respuesta natural al descarado interés masculino. Había estado huyendo de su propio miedo de cometer un error impulsivo. Congelando sus reacciones, negando sus deseos, buscando seguridad en su medio-compromiso con otra persona,

Medio-compromiso. Compromiso cero. Se había dicho que sabía lo que quería, pero tenía demasiado miedo para tomarlo cuando se lo ofrecían. Tal vez los hombres de su vida, como Henry, seguían en ella porque no la presionaban. No hacían que su pulso se desbocara, que el corazón le diera botes, ni que se acalorara y sintiera pánico al ver que perdía el control.

Si Nick estuviera allí con ella, en esa habitación a oscuras, libre de las restricciones del tour y peligrosamente cerca de la realidad de su vida diaria, ¿echaría a correr llevada por el pánico? ¿O se rendiría al anhelo que sentía de su compañía y a la adicción a sus caricias?

Pero no estaba allí. Y no iría. Se había librado de involucrarse con el tipo equivocado de hombre, y se había ahorrado dolores de estómago provocados por una intimidad descontrolada y una pasión de las de para toda la vida.

Entonces, ¿por qué se sentía como si estuviera de luto?

Se meció en la oscuridad, acompañada por sus dudas y el esfuerzo de apagar el calor residual del deseo, enfrentándose por primera vez al hecho de que, como poco, se había medio enamorado de Nick Martelli.

CAPÍTULO 18

A la mañana siguiente, Sydney se sentó en el centro del sofá, cómoda con una camisa grande, pantalones coitos y descalza. Utilizaría los cojines que tenía al lado y el baúl que hacía las funciones de mesa de centro como espacios para organizar correo, revistas, papeles importantes y basura. Los siguientes puntos de su agenda incluían poner dos lavadoras y concretar con Gracie los últimos detalles de la fiesta del día siguiente.

Una jarra blanca cayó al suelo junto a sus pies, y rodó hasta detenerse en una arruga de la alfombra.

—Oh, Blackjack —dijo, levantándose para recoger al gordo gato de Norma de la rejilla de panadero reciclada que hacía las veces de estantería. Al gato le gustaba rebuscar entre sus cosas cuando Norma no estaba en casa, y a Sydney le agradaba su compañía. —Menos mal que no había agua dentro —miró las flores ajadas esparcidas por el suelo y decidió que el correo tendría que esperar.

Su teléfono móvil pitó mientras llevaba a Blackjack a la cocina y se dio la vuelta, concentrándose en el sonido, buscando una pista de su localización. El dormitorio. Tiró al pesado gato sobre la cama y sacó el teléfono de debajo de la almohada. Hola.

—Buenos días, posible futura esposa.

—Henry —parecía mucho más alegre esa mañana, casi de vuelta a la normalidad. —Hola.

—¿Ocupada?

—Sólo organizándome —Blackjack saltó de la cama, corrió hacia el pasillo y se detuvo y arqueó el lomo al oír unos golpecitos suaves en uno de los cristales de la puerta de entrada..

—Buena idea —dijo Henry. —¿Quieres...?

—Perdona, no puedo hablar ahora —miró hacia la ventana y vio un desconocido coche deportivo, de aspecto caro, aparcado en el camino. —Hay alguien llamando a la puerta.

—Llámame después —dijo él. —Hay algo que necesito contarte.

—Vale —los golpes se volvieron más insistentes. —Tengo que ir a abrir.

—De acuerdo. Hasta luego. Te quiero, Sydney hizo una pausa y Henry colgó antes de que tuviera tiempo de contestar. Odiaba que sucediera eso.

La cola de Blackjack se infló como un plumero cuando sonó otra serie de golpes.

—Ya voy —gritó, pasando por encima de las flores, la jarra y las arrugas de la alfombra. Apartó al gato con el pie y abrió la puerta.

Nick Martelli apoyaba su largo cuerpo en un poste del porche.

—Hola, Syd.

Ella tardó un momento en absorber el impacto de la visión, otro en registrar la sobrecarga emocional que estaba provocando un cortocircuito en sus procesos mentales y nada en lanzarse sobre él. Rodeó su cuello con los brazos y su cintura con las piernas, intentando acercarse lo más posible a él: Nick entró en la casa, tambaleándose e intentando mantener el equilibrio.

Nick. Depositó una tanda de besos sobre sus bellos, rudos y torcidos rasgos. El familiar aroma de loción para después del afeitado, la anchura de sus hombros, los mechones de pelo ondulado que acariciaban el cuello de su camisa y le hacía cosquillas en la nariz... todo ello fue como una vuelta al hogar. Después, el ritmo frenético de su bienvenida se ralentizó y profundizó ante la calurosa respuesta de él.

Nick enredó los dedos en su cabello y atrajo su boca hasta la de suya, ardiente, impaciente e insistente: provocando en Sydney una oleada de deseo en estado puro. Estiró la mano por detrás de él, intentando cerrar la puerta, pero dio un traspie y ella golpeó y tiró un cuadro que había colgado en la pared. El ruido que hizo al caer al suelo asustó a Blackjack, que bufó y saltó sobre el sofá.

Sydney echó la cabeza hacia atrás y tragó una bocanada de aire cuando la habitación empezó a dar vueltas a su alrededor. Nick apretó los labios contra su cuello.

—Syd, Syd —gimió—. Oh, cielo, sabes tan endiabladamente bien...—Aquí —exigió ella. Agarró dos manojos de espeso pelo negro y lo obligó a alzar la boca hacia la suya. Nick la asaltó con la lengua y ella emitió un ronroneo satisfecho. Él se arriesgó a dar otro paso hacia el interior, pero se tambaleó cuando su pie chocó con una mesita y la lámpara que había encima cayó al suelo. Blackjack gruñó y golpeó con la cola erizada un cojín bordado a punto de cruz.

Sydney puso un pie en el suelo, intentando incrementar los puntos de apoyo. Nick bajó la mano hasta la pierna que aun rodeaba su cintura y masajeó la parte trasera del muslo desnudo.

—Mmm, piel por fin —murmuró, subiendo la mano hasta el bajo de los pantalones cortos. Sydney gimió y él atrapó su labio inferior con los dientes.

Dio otro paso, intentando llegar al sofá, y resbaló al pisar el jarrón. Se le dobló la rodilla y, mientras caían al suelo, el pie de Sydney se enganchó con el pie del soporte de una hiedra y lo tiró. Eso hizo que Blackjack saliera disparado por la puerta y bajara los escalones del porche aullando como un poseso.

—¿Estás bien? —los ojos oscuros de Nick escudriñaron su rostro y una esquina de su boca se alzó con su media sonrisa habitual.

—Sí —murmuró ella. —Ven aquí —agarró la pechera de su camisa y tiró de él. Nick empujó el baúl a un lado y se tendió sobre ella.

Era grande y pesado, y fue fantástico sentir cómo se moldeaba a su cuerpo. Demasiado fantástico. Sydney tomó aire y sintió un pequeño escalofrío de pánico cuando un rincón de su mente captó la realidad del suelo duro bajo su espalda y el tamaño del hombre que tenía sobre ella.

—Hay algo que tengo que decirte —empezó a decir.

—Mmm —murmuró él contra su mandíbula. Su mano se deslizó dentro de su camisa y se cerró sobre un pecho. —¿Puede esperar?

—Oh —Sydney se arqueó contra él con un suspiro. —Bueno.

—¿Sydney? —llamó una voz conocida desde abajo.

—Oh, no —gruñó Sydney, cerrando los ojos con fuerza.

—¿Quién es? —preguntó Nick, deslizando los dedos bajo la hombrera del sujetador.

—Mi madre.

La mano de Nick se quedó paralizada. —¿Era eso lo que querías decirme? Se oyeron pasos en la escalera.

—¡No! —lo apartó de un empujón. —¿Sydney? —los pasos sonaron más cerca. —Me ha parecido oír un golpe. ¿Qué pasa ahí dentro?

—No pasa nada —gritó Sydney, poniéndose de pie a toda prisa. —He sido yo, tan patosa como siempre.

Corrió hacia la puerta, pasándose los dedos por el pelo y estirando la camisa por encima de los pantalones cortos. Se le encendieron las mejillas al pensar en lo que había estado a punto de ocurrir. En lo que había ocurrido. En el suelo. Con la puerta abierta y su madre a unos pasos de allí. Y sus recientes resoluciones con respecto a Henry hechas jirones.

Una caricia de Nick y había perdido el control por completo.

Meredith Gordon estiró el cuello para mirar por la puerta abierta y comprobar que todo iba bien. Era una bonita y diminuta rubia que compartía los ojos avellana de Sydney, que vestía con elegancia e iba perfectamente arreglada, fuera cual fuera la ocasión. Lanzó una mirada desaprobadora a la desordenada sala y emitió un suspiro; cuando su vista se posó en Sydney, comprimió los labios con disgusto.

Entonces vio a Nick de pie junto al sofá, con la camisa medio salida del pantalón y el pelo revuelto y de punta. La calidez estival de la habitación pareció transformarse en una tormenta de nieve.

—¡Mamá! —Sydney tironeó del bajo de los pantalones cortos, le quitó el bolso a su madre y lo colgó del perchero. —Qué sorpresa. ¿Acabas de llegar a la ciudad?

Meredith Gordon vivía a una hora de distancia, en uno de los pequeños y bonitos pueblos de la ladera de la sierra: una laguna pequeña en la que podía nadar con peces gordos.

—Veo que debería haber telefoneado antes de hacer el viaje. Lo siento si he interrumpido... —consiguió esbozar una sonrisa tensa dirigida a Nick. —Lo que sea que he interrumpido.

—Mamá, éste es Nick Martelli. Nos conocimos en Europa.

—¿Cómo está? —saludó Meredith.

—Bien, gracias —Nick se inclinó sobre el baúl para ofrecerle la mano. Meredith titubeó una fracción de segundo y luego aceptó. Él la estrechó amistosamente y le ofreció su resplandeciente sonrisa torcida. —Me alegro de conocerla, señora Gordon.

Sydney inspiró una temblorosa bocanada de aire.

—Estaba a punto de hacer café. ¿Te apetece uno. Nick? ¿Mamá?

—No para mí, gracias. No pienso quedarme mucho tiempo —dijo Meredith. Apartó un periódico del asiento de una de las sillas del comedor y lo dejó junto a un montón de libros que había sobre la mesa. —Tengo muchas cosas que hacer. He pensado en empezar a hacer planes para la boda.

—¿La boda? —Sydney juntó los dedos de ambas manos y los apretó. —¿Qué te ha dicho Henry?

Meredith echó un vistazo a Nick. Él se metió las manos en los bolsillos y le devolvió la mirada.

—Siento que Henry estropeará la sorpresa —dijo, sentándose. —En realidad es culpa mía. Lo llamé para comentar algunos asuntos financieros con él, ya sabes que ha estado ayudándome con ese fondo mutuo, y cuando mencionó que había cenado contigo anoche... bueno, tuve que preguntárselo. Le disgustó mucho estropear la sorpresa, había pensado anunciarlo durante una cena en familia. Qué hombre tan dulce y adorable.

Su madre hizo una pausa y la miró fijamente, esperando una respuesta.

—Sí —dijo Sydney, dolorosa mente consciente del hombre quieto y callado que había al otro lado de la habitación. —Es verdad que lo es.

Henry debía de haber olvidado mencionar la palabra «quizá» al hablar con su madre, o quizá fuera su madre quien tenía planes de transformar ese «quizá» en un «sí».

Sydney se volvió hacia Nick. La miraba con expresión inescrutable y cerrada, mientras su cuerpo irradiaba oleadas de intensa dureza que se estrellaban contra ella.

—¿Café, Nick?

—¿Café? —se le tensó un músculo en la mandíbula.

—¿Té?

—No, gracias.

—¿A qué te dedicas, Nick? —preguntó Meredith.

—Soy escritor.

—¿Publicado?

—Sí.

—Nick escribe historias cortas —dijo Sydney. —Son muy buenas.

—Debería irme —Nick miró a Sydney con el ceño fruncido y se metió la camisa en los pantalones.

—No, espera, yo... —Sydney se mordió el labio. —Apenas acababa de empezar tu visita.

—¿Eso es lo que quieres, Syd? —inclinó la cabeza hacia el hombro. —¿Una visita?

—Quiero que tengamos la oportunidad de hablar —contestó ella.

—De acuerdo —asintió lentamente. —Eso me parece buena idea.

—Encantado de conocerla, Meredith —le dijo a su madre. —Estoy seguro de que volveremos a vernos pronto.

—¿Eso cree? —la mirada de Meredith se clavó en Sydney, que pudo ver todo lo que le estaba pasando por la mente a su madre. Otro error impulsivo. Aferrándose al desastre y dando de lado al éxito y la seguridad. Igualita que su padre.

Nick asintió y le ofreció una sonrisa descarada.

—Cuente con ello.

Dirigió una mirada neutra a Sydney y fue hacia la puerta. El cuco eligió ese momento para salir disparado y mover la cabeza emitiendo su grito. Nick hizo una mueca al pájaro y puso la mano en el picaporte.

—Eso viene a resumir perfectamente lo que va de mañana.

Cuando Nick se hubo marchado, Meredith tamborileó en la mesa con sus uñas perfectas y le lanzó a Sydney el tipo de mirada que solía utilizar justo antes de decirle cuánto tiempo estaría castigada sin salir.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Voy a preparar café —Sydney fue a la cocina y cumplió la rutina ruidosamente; después se tomó un par de analgésicos fuertes. Aún no tenía dolor de cabeza, pero suponía que uno estaba en camino.

—¿Quién era ese hombre? —Meredith se acercó al umbral de la cocina. —¿Y cuándo fue la última vez que fregaste los platos? Mira este lugar, Sydney. Y mírate tú. Estás hecha un desastre.

—Estoy demasiado cansada para esta conversación, mamá —Sydney se apoyó en la estrecha encimera y se apartó un manojo de rizos de los ojos. —Aún estoy cansada del viaje y tengo muchas cosas en la cabeza.

—Espero que una de esas cosas sea tu boda.

—Necesito comprometerme antes de poder casarme —señaló Sydney. —Y no creo que eso vaya a ocurrir. No de momento, al menos.

—Tonterías. Sabes que Henry es perfecto para ti. Por qué no le das a ese hombre la respuesta que se merece es algo...

—No estaba hablando de Henry. Meredith cerró los ojos y exhaló un suspiro. —Te lo preguntaré de nuevo, y esta vez quiero una respuesta. ¿Quién era ese hombre?

—Nick Martelli. Lo conocí en Europa —Sydney sirvió café en una taza. —¿Café?

—No, gracias. ¿Conociste a alguien de Truckee en Europa?

—No vive aquí. Es de... —se quedó parada con la taza de café en el aire. No sabía dónde vivía Nick.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Vino a verme.

—Creo que deberías denunciarlo —dijo Meredith. —Podría ser un acosador. Desde luego, tiene aspecto de criminal, parece que se ha peleado con alguien.

—No es un acosador. Es...

¿Cómo la había encontrado? No aparecía listada en la guía telefónica. ¿Habría llamado al instituto para pedir su dirección?

—Sydney.

A lo largo de su vida había oído demasiadas veces a su madre decir su nombre con ese tono de decepción bajo el cual se percibía dolor y resignación. Siempre significaba lo mismo: fin de la discusión.

—Tengo que volver a casa pronto y me gustaría empezar a hacer cosas —dijo Meredith, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta de entrada.

—No sé qué te habrá dicho Henry, pero... —Sydney dejó la taza a un lado.

—Estoy segura de que me dijo la verdad, que sigues sin estar decidida a casarte con él.

Sydney se frotó la frente y deseó que los analgésicos hicieran efecto rápidamente.

—La verdad es que ya he decidido que no lo haré. Que yo... no puedo hacerlo.

—Ya veo —Meredith se quedó paralizada en el sitio.

—No, no creo que lo veas —Sydney se dejó caer en la mecedora y la impulsó hacia atrás. —Estoy tan disgustada como tú al respecto, créeme.

—No lo creo. Esta vez no —Meredith descolgó su bolso del perchero. —Me has decepcionado en el pasado, Sydney, pero nunca me has hecho dudar de tu cordura hasta este momento. Quiero que me prometas una cosa.

—¿El qué?

—Quiero que prometas que esperarás veinticuatro horas antes de comunicarle a Henry tu decisión —Meredith se retocó el peinado en el pequeño espejo con forma de rombo que había en la pared, junto al perchero. —Y luego quiero que utilices ese tiempo para pensar largo y tendido en cómo afectará esa decisión a tu futuro... y al de Henry —se volvió hacia ella. —¿Harás eso por mí? ¿Por Henry? ¿Por ti misma?

Parecía poco pedir en medio del caos que la rodeaba por fuera y por dentro.

—Sí —contestó. —Sí, lo haré.

Con la Negada de la tarde el sol empezó a entrar por la ventana de la sala, agravando el martilleo que Sydney sentía en la cabeza. Dado que ya estaba de un humor pésimo, decidió que era el momento ideal para dedicarse a sus tareas. Con la cesta de la ropa sucia bajo un brazo, empezó a bajar las escaleras de su piso al porche de servicio que compartía con Norma, donde estaba la lavadora,

Nick la esperaba en el escalón de abajo.

—Hola, Syd.

Ella se quedó sin aire al verlo, y parte de su dolor y frustración se evaporaron.

—Hola, Nick.

—¿Hay algo que quieras decirme? —empezó a subir. —¿Algo que intentabas decirme antes de que nos interrumpieran esta mañana?

—Sí —dijo ella volviendo a subir. —En cierto modo me he comprometido. No es un compromiso de verdad, sólo... una «especie de», supongo. Dije «quizá». A Henry. Henry Barlow. Pero he...

—Imaginé que podía ser eso —Nick se acercó y le quitó la cesta del brazo con gentileza. —¿Por qué no me invitas a entrar?

—Oh —era muy mala idea, por todo tipo de razones. —De acuerdo.

Cruzaron la puerta de cristales enmarcados en azul y Nick dejó la cesta sobre la mesa.

—Quiero que salgas conmigo esta tarde —dijo.

—¿Qué? ¿Adónde?

—Tú. Yo. Salir —señaló la ventana. —Ahí fuera. Esperaré mientras te preparas.

—Nick, yo... no creo...

—Es una visita —se metió las manos en los bolsillos. —Dijiste que querías una visita.

—Sí, lo dije —se frotó la frente. —Vale.

—Lo que llevas puesto está bien —comentó él, mirando su ropa. —Sobre todo el largo de esos pantalones. Una mejoría indudable. Y perfecta para lo que tengo en mente. Pero necesitarás calzarte. Zapatillas deportivas.

—De acuerdo —fue hacia el dormitorio. —No debería pasar fuera demasiado tiempo. Tengo que ponerme en contacto con Gracie. Y ahora que mi madre está en la ciudad, querrá hablar conmigo de... ciertas cosas. Y después tengo que trabajar en el decorado del teatro.

—Me encantaría verlo —sonrió él.

—Puede que Henry esté allí.

La sonrisa de Nick se volvió aún más descarada, algo que ella habría considerado imposible.

—Henry no me preocupa —dijo él.

CAPÍTULO 19

Sydney entró en el coche de alquiler de Nick y él condujo hasta un embarcadero del lago Tahoe, donde un velero los esperaba sobre una zona arenosa de playa. El agua lamía el curvado casco blanco. Sydney lo miró dubitativa mientras Nick comentaba detalles de última hora con el encargado.

—Bien, todo listo —anunció Nick, reuniéndose con ella en la playa.

—¿Todo listo? —preguntó ella. —¿Sabes manejar esta cosa?

—No puede ser tan difícil —encogió los hombros. —Sólo tiene una vela grande.

—Y otra pequeña delante. ¿Has hecho vela alguna vez?

—No —sonrió. —Venga, Sydney. No puede ser tan complicado. Lo empujamos al agua, subimos, uno de nosotros se ocupa de esta cuerda que hay aquí y el otro guía el timón.

Ella dudó, mirando con suspicacia los cabos y el timón. Él soltó una risa, la alzó en brazos y la metió en el barco. El encargado lo ayudó a empujar la embarcación al agua y luego le gritó algunas instrucciones más.

—¿Has oído eso? —preguntó ella.

—No te preocupes —dijo Nick, mientras el pequeño barco se alejaba de la playa. —De momento todo va bien.

—Bueno. Fantástico. ¿Ahora qué?

—Tú ocúpate de esto —sugirió él, entregándole el extremo de un cabo. —Yo me sentaré aquí atrás y haré de piloto.

Sydney agarró la cuerda. Tiró de ella y el triángulo de nylon de colores que había sobre ellos se tensó e inclinó. El estrecho navío pareció saltar sobre el agua y alejarse con rapidez de la orilla.

—¡Syd! ¡Eres un genio! —Nick ajustó el timón. —Sabía que podríamos hacerlo.

El barco dio unos botes sobre las estelas que dejaban atrás unos esquiadores acuáticos. Sydney rió y agitó los rizos que la brisa alborotaba hacía caer sobre su rostro. Los últimos rastros de dolor de cabeza se esfumaron y la tensión de los últimos días se disolvió.

—Gira hacia la derecha para tener más viento —gritó por encima del hombro.

—Entendido —respondió él.

Ambas velas se agitaron e hincharon cuando él corrigió el rumbo; Nick encontró el ángulo adecuado y adquirieron más velocidad. Iban en paralelo a la playa, evitando el tráfico de aguas más profundas. Se oía el zumbido de las motoras dedicadas al esquí acuático, y el cálido aire le llevaba aroma a aceite bronceador y a perritos calientes. Sydney apretó el pecho contra las rodillas y rió, por pura diversión.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó Nick.

—Sí —se apartó el pelo con una mano y le sonrió. Pero su sonrisa se desvaneció cuando adquirió conciencia de la situación. —Lo siento, Nick, siento... todo esto.

—No tienes por qué disculparte —dijo él alzando los hombros. —Me alivia saber que te alegras de verme —se inclinó hacia ella con una sonrisa lobuna. —Te alegras de verme ¿no?

—Sí —contestó Sydney, porque era la verdad, —me alegro mucho de verte.

—Eso me pareció —ajustó levemente el timón. —Pero tus juegos preliminares son un poco bruscos.

—No esperaba compañía —dijo, sonrojándose.

—Apuesto a que eres muy popular entre los chicos de reparto.

Sydney observó cómo el viento le apartaba el pelo negro de la frente y aplastaba la camisa contra los músculos anchos y fuertes de su pecho; sus pensamientos se mezclaron con la reacción de su cuerpo. No sabía cuánto más podría soportar. La súbita aparición de Nick en su vida diaria incrementaba sus dudas sobre el futuro, y todo junto parecía oprimirla como una tenaza.

También estaba molesta por las preguntas que su madre había sembrado en su mente, pero ahora que estaban allí necesitaba las respuestas. Juntó los dedos y los apretó.

—¿Qué estás haciendo aquí, Nick? Deberías estar en algún lugar de Holanda a estas alturas, ¿no?

—Cambié de opinión. —Y acabaste aquí.

Él agarró otro cabo y lo sacó de la cornamusa.

—Vamos a intentar dar la vuelta.

Tras unos minutos de caos náutico, consiguieron que el barco se moviera en dirección opuesta.

—No has contestado a mi pregunta —dijo ella. —¿Por qué estás aquí?

—Querrá saber qué pensabas de mi historia —la miró. —La que te di antes de que subieras al avión.

—¿Has cruzado medio mundo en avión sólo para preguntarme eso? —movió la cabeza. —¿No habría bastado con una llamada telefónica?

—Creía que estabas contenta de verme.

—No debería estarlo —se mordió el labio y volvió la cabeza.

—¿Porque estás medio comprometida en este momento?

—Está eso, sí.

—¿Y ésa es la diferencia entre cómo te sientes ahora y cómo parecías sentirte hace una semana? ¿Un anillo?

—De hecho, no tengo anillo. Aún no.

—De hecho, preferiría no oír los detalles —se apartó el pelo de los ojos. —No te he traído hasta aquí para hablar de eso.

—Necesitamos hablar de ello.

—Vale —dijo él, apretando la mandíbula. —¿Qué es exactamente lo que quieres decirme?

Sydney abrió la boca para hablar, pero las dos primeras cosas que se le pasaron por la cabeza no sonaban bien del todo.

—No quiero hablar de ello.

—Por mí, perfecto —Nick encogió los hombros y tiró de una cuerda. —Volvamos al tema anterior. ¿Qué te pareció mi historia?

—Muy interesante, la verdad. Esclarecedora, incluso —Sydney se relajó un poco, aunque sabía que la difícil e importante conversación sólo se había retrasado temporalmente. —En primer lugar, el héroe, ese Jack Brogan.

—¿Sí? —Nick se apoyó en el casco y estiró las largas piernas sobre la estrecha cubierta. —¿Qué hay de él?

—Es arrogante, machista, temerario, irresponsable...

—Algunos lectores lo definirían como seguro de sí mismo. Viril. Valiente e independiente.

—¿Vas a dejar que haga de crítica o no?

—Parece que el papel te va demasiado bien —dijo él entrecerrando los ojos.

—En segundo lugar, las mujeres.

—¿Ellas también te parecen esclarecedoras?

—Sobre todo la de San Francisco —dijo Sydney, poniendo los ojos en blanco. — Labios carnosos y fruncidos. Voz seductora e intensa como el whisky. Y un pecho que daría una lectura de 9 en la escala de Richter cada vez que jadea.

—Buena frase —sonrió Nick. —¿Te importa que la utilice en mi próximo libro?

—En serio, Nick. ¿Esa es la clase de mujer que consideras atractiva? —cruzó los brazos sobre el pecho. —Hace que me pregunte qué has podido ver en mí.

—Un mundo de diferencia, Sydney —entrecerró los ojos para evitar el destello del sol en el agua. —De eso se trata. —Eres tan bella como una de esas delicadas colchas de punto de tu sofá, y tan fresca como una de las flores del jardín que hay junto a la entrada de tu casa. Además, las mujeres de esos libros no son reales, son un... prototipo. Tienen un estilo determinado. Y, a pesar de su atractivo y su brillante inteligencia, Jack Brogan no soy yo.

Las velas se destensaron y agitaron cuando la brisa cambió de dirección y trabajaron juntos para solucionar el problema. Sydney notó que el sol ya acariciaba las copas de los árboles más altos y se le encogió el corazón al pensar que la maravillosa tarde estaba pasando rápidamente. Gran parte de su tiempo con Nick se había medido en momentos seguidos de una despedida. Esa vez sería mucho peor cuando se marchara. Y se iría, antes o después. ¿O no?

—¿Nick?

—¿Humm?

—¿Por qué le disgustan tanto las mujeres a Jack Brogan?

—Las mujeres le gustan —arrugó la frente.

—Oh, sí, le gustan —dijo ella. —Le gustan a docenas. Le gustan con ropa ajustada, le gustan en la cama. Pero parece que las damas siempre acaban abandonadas o en la cárcel. O muertas. No confía mucho en ellas, ¿verdad?

—Es un truco literario, una fórmula. No es nada personal.

—No lo decía como un comentario personal.

—Ni yo me lo he tomado así —sonrió. —Dios, es divertido que me acribilles así.

—Podríamos hablar de otra cosa —lo miró por encima del hombro. —Podríamos hablar de ti.

—Uno de mis temas favoritos —comentó él, con un gesto de indiferencia.

Sydney tomó aire y se preparó a aprovechar la pauta de entrada que acababa de proporcionarle.

—Podríamos hablar de qué haces cuando no estás escribiendo. Nunca me dijiste qué trabajo realizabas antes de ir a Europa.

Nick estrechó los ojos y la escrutó durante unos largos y tensos segundos.

—Construía casas.

—¿Eres carpintero?

—No exactamente.

Ella esperó, pero él no ofreció más información.

—¿Qué hacías exactamente?

Nick contempló a un esquiador saltar sobre la estela del barco.

—Creé una empresa. Construcción especializada. Renovábamos viejos edificios comerciales para convertirlos en casas. Una especie de reciclado arquitectónico.

—Suenas bastante impresionante.

—Suenas más impresionante de lo que es —se miró las manos.

—Era.

—¿Era?

—Lo dejé.

—¿Tu propia empresa? ¿Qué hiciste... venderla?

—No. La puse en manos de uno de mis ayudantes.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de meses. —Justo antes del tour.

—Sí —se encogió de hombros otra vez. —Tenía bastante dinero ahorrado y decidí regalarme otro viaje. No alrededor del mundo, esta vez, pero lo bastante lejos para recopilar buenas ideas para mis historias. Para arriesgarme a hacer lo que siempre he deseado.

—Escribir.

—Sí —una esquina de su boca se alzó formando una suave sonrisa. —Para escribir.

A Sydney le asombraron los riesgos financieros que estaba corriendo.

—¿Diste de lado un negocio de éxito por la oportunidad de hacer eso?

—Estaba listo para un cambio. —¿Pero qué harás entretanto?

—No me moriré de hambre —dijo Nick con una de sus sonrisitas de superioridad. — No durante un tiempo, al menos.

Sydney movió la cabeza con asombro.

—Y te has gastado un montón de dinero en un billete de avión para venir hasta aquí.

—Otra apuesta. Me siento como en casa con todos los jugadores fuertes que hay por aquí.

Sydney lo miró con fijeza. Había algo, un montón de «algos», que no le estaba contando, estaba segura.

—¿Por qué estás aquí, Nick?

La mirada de él descendió hasta su boca y la expresión de su rostro provocó un estallido de fuegos artificiales en el sistema nervioso de Sydney.

—Creía estabas contenta de verme.

—Y lo estoy.

—Ven aquí —dio una palmadita en el banco bajo que había junto a él.

Sydney se acercó lentamente el borde y cuando estuvo lo bastante cerca, él alcanzó su mano y se la llevó a los labios.

—Razón suficiente para los dos, ¿no?

Ella asintió y miró el agua. No podía mirarlo en ese momento. Mirar a Nick hacía que el pecho se le encogiera con deleite y frustración, anhelo y lujuria, y sentía que hasta el último ápice de sentido común se le escapaba por los poros de la piel. Estaba a pocas horas de rechazar una propuesta de matrimonio de un hombre que nunca jamás se plantearía, ni por un segundo, jugarse su futuro en un viaje a Europa y la tenue posibilidad de vender una novela que aún no había escrito. Sabía, en lo más profundo de su excitado y acelerado corazón que estaba a horas de lanzarse a una aventura con un hombre que era capaz de hacer un vuelo intercontinental para satisfacer un capricho.

—¿Qué te parecería hacer de guía turístico mientras esté aquí? —preguntó él. — Pareces disfrutar con eso.

—Tengo mucho trabajo que hacer en el decorado durante estos días —le lanzó una mirada de reojo. —De hecho, seguramente debería ir para allá dentro de poco.

—No es problema. Soy flexible —el viento adquirió más fuerza y se concentró en el timón. —Nos acoplaremos a tu horario. Lo que tú quieras,

Sydney. Cuando puedas. No voy a irme a ningún sitio.

De alguna manera, sus serenas palabras sonaron como una amenaza.

Nick escondió una sonrisa mientras observaba a Sydney intentando ocultar el hecho de que la confundía. No se le daba nada bien y tenía la intención de confundirla endiabladamente durante los días siguientes. Sería tan fácil que casi no le divertiría. Casi. Ella había intentado hacerse la estrecha con él en Europa. Eso tampoco se le daba nada bien. Además, ya la conocía mejor.

Había disfrutado contemplándola esa tarde: los femeninos músculos de sus brazos tensándose mientras forcejeaba con la vela, los dientes clavados en el labio inferior cuando se concentraba, los ojos avellana estrechándose por el esfuerzo mientras experimentaba con la tensión de la tela, la forma en que las largas y satinadas piernas se transformaban en unas curvas muy interesantes al llegar al bajo deshilachado de los pantalones cortos de tela vaquera.

Volverían a salir a navegar pronto. Tal vez comprara un barco, si decidía quedarse un tiempo por allí.

Puso rumbo al embarcadero y llegaron rápidamente a la orilla. El encargado salió corriendo a recibirlos, agitando los brazos y gritando algo. Una motora que pasaba cerca de allí ahogó sus palabras.

—¿Qué dice, Nick?

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

—Algo de una tabla...

La pequeña quilla se clavó en un banco de arena y el súbito frenazo los lanzó a ambos al agua helada.

CAPÍTULO 20

Nick ayudó a Sydney a llegar a la arena, donde se dejó caer con una carcajada burbujeante.

—Vaya, somos los mejores marineros del mundo, ¿no crees? —se quitó los zapatos y vació una cascada de agua del bolso de lona. Para cuando él terminó de ayudar al encargado a sacar el bote del agua, el labio inferior le temblaba de frío.

—Ven, vamos a hacer que entres en calor —puso un brazo sobre sus hombros, la apretó contra el costado y fue dándole palmaditas suaves en el brazo mientras la conducía de vuelta al coche.

La instaló en su asiento, entró al coche, arrancó el motor y pulsó el botón de la calefacción.

—Esto sí que es nuevo —dijo ella. —La calefacción a tope en el mes de julio —recostó la cabeza en el cuero y cerró los ojos.

Nick le echó un par de vistazos mientras esperaba su turno para incorporarse al lento tráfico veraniego.

—Lo siento, Syd.

—¿El qué? —sonrió y se volvió hacia él. —¡Ha sido fantástico!

Nick le lanzó una mirada incrédula, pero Sydney ignoró su reacción. En vez de eso se emprendió un divertido monólogo, entreteniéndolo con historias de balsas de río con afán de huir, canoas inestables y otros desastres personales relacionados con el agua. Él limitó su contribución a sonrisas de ánimo, mientras disfrutaba viendo los rizos rojizos que rodeaban su rostro y cómo envolvía con su voz cada recuerdo y lo amplificaba. En ese momento no deseaba más que oírla hablar y observar las emociones que cruzaban su expresivo rostro con cada historia.

Era cautivadora y muy buena compañía, le encantaba estar con ella. Adoraba su empeño en intentar hacerlo todo bien que acaba convirtiéndolo todo en un desastre. Adoraba cómo sus largas y delgadas piernas se movían con gracia femenina. Le encantaba cómo funcionaba su mente y su manera de poner los ojos en blanco cuando la pinchaba para rápidamente devolverle la pulla.

La adoraba.

Le pareció extraño que ese hecho se saltara su guardia y lo golpeará entre los ojos en ese momento concreto.

Y estuvo seguro de que había hecho lo correcto al ir allí. Que había hecho bien aceptando, en cierto modo, el estúpido reto de Joe, cortejándola, conquistándola, besándola la primera vez y también las demás. Y se juró, mientras conducía en ese lío de tráfico, que continuaría haciendo lo correcto. Seguiría cortejándola, conquistándola y besándola hasta que aceptara casarse con él. Haría lo que fuera para unirla a él para siempre.

No tenía ninguna duda de que Sydney Gordon era la mujer adecuada para él. Sólo le quedaba convencerla de que era el hombre adecuado para ella.

Por fin llegaron al amplio camino que llevaba a un alto y moderno hotel de lujo situado frente al lago. Nick aparca cerca de la entrada y apagó el motor.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella.

—Aquí es donde me alojo —contestó él. —He pensado que podríamos secarnos, pedir algo al servicio de habitaciones y volver con tiempo de sobra para que hagas todas esas cosas que tienes que hacer.

—No creo que esto sea buena idea —dijo ella, mirando la entrada del hotel.

—¿Lo dices porque tardaremos demasiado?

—Porque... porque —se tocó la camisa mojada—. Y por esto.

Él salió del coche, le abrió la puerta y agarró su mano.

—Vamos, Syd. Simularemos que ir mojado es la última moda. ¿Crees que podrás hacerlo?

—No será problema —lo miró de reojo. —He sobrevivido a escenas de vestíbulo de hotel peores que ésta.

Sydney salió del cuarto de baño de Nick media hora después, secándose el pelo con una toalla. Él estaba junto a la ventana con pantalones vaqueros, descalzo y con el torso desnudo, mirando las vistas con el ceño fruncido. Ella se detuvo y bajó lentamente la toalla. Su cuerpo delgado y musculoso le quitaba el aliento.

—Todo parece muy sencillo desde aquí —dijo él. —Velas surcando la superficie con suavidad. No puede ser tan difícil. Y yo pensé que teníamos el tema dominado... hasta el final.

Sydney sonrió y dobló hacia atrás las largas mangas de la bata de terciopelo azul marino.

—¿Cuánto tiempo dijeron que tardarían en lavar y secar nuestra ropa?

—Alrededor de una hora —le entregó la carta del hotel. —Dejaré que pidas por los dos —se detuvo para rozar su boca suavemente con los labios y fue hacia el cuarto de baño. —No tardaré mucho —dijo, cerrando la puerta a su espalda.

Sydney sacó el móvil del empapado bolso y lo probó de nuevo. Seguía muerto. Se preguntó si volvería a funcionar cuando se secase.

Lo dejó sobre el escritorio y alzó el teléfono para llamar a su casa y escuchar los mensajes. Ninguno de su madre. Ninguno de Henry. Pensó en llamarlos, pero decidió no hacerlo, ¿Qué iba a decirles?

Después llamó al servicio de habitaciones y pidió hamburguesas, patatas fritas y refrescos, Era una pena que su vida no pudiera ser tan sencilla como el menú. Era muy consciente del aroma de Nick en la bata, y de su desnudez bajo la suave y pesada prenda. Sintió una oleada de excitación que puso en pie de guerra a cada uno de sus nervios. Una hora para pasarla en su habitación. Una hora solos, ellos dos, suspendidos temporalmente en un extraño aislamiento del mundo exterior. Sin horarios de tour, toques de queda ni responsabilidades hacia docenas de personas.

Una semana antes habría dado cualquier cosa por una oportunidad como ésta. En ese momento estaba aterrorizada, temblando por dentro y por fuera. Porque Nick le importaba más que la semana anterior. Porque tenía menos control de sus emociones que el que había tenido hacía una semana. Porque estaba a punto de tirar a la basura sus oportunidades con un hombre perfecto que afirmaba que la quería, por una

arriesgada relación con un hombre que ni siquiera había sugerido que podría llegar a quererla.

Estúpida. Débil. Pero sólo podía pensar en lo que podría ocurrir esa tarde y en cómo conservarlo cerca de su corazón durante el resto de su vida.

Tendría que añadir «egoísta» a la lista.

E «inquieta». Recorrió la habitación de arriba abajo, hasta acabar frente al portátil de Nick. Pasó los dedos por la funda y rememoró pasajes de la historia que había leído en el avión. Frases llenas de vida por su sentido del humor, un argumento que giraba y corría llevado por su energía.

—¿Qué pasa, Syd?

Se dio la vuelta, sobresaltada. No lo había oído entrar en la habitación. Estaba apoyado en el umbral, con los brazos cruzados sobre el ancho pecho desnudo, salpicado de vello negro y húmedo. Tenía una toalla blanca enrollada a la cintura. Cuando una esquina de su boca se curvó lentamente, ella se ordenó dejar de mirarlo. Y dejar de babear.

—Estaba pensando en Jack Brogan —dijo.

—¿Debería prepararme para otra sesión con la crítica del infierno?

—No he sido tan mala —puso los ojos en blanco.

—Todo el mundo tiene derecho a su opinión.

—¿No se trata de eso?

—He estado sentado en esta habitación, o conduciendo por las carreteras que bordean el lago, recordándome que soy un escritor, que debería ser capaz de idear algo para... —se pasó la mano por el pelo mojado con gesto impaciente. —No dejo de decirme que debería poder encontrar las palabras correctas para situarnos donde quiero que estemos.

«Donde quiero que estemos». Ella casi temía esperanzarse, pero era un escritor hablando sobre palabras... debía de haber utilizado las que pretendía utilizar.

—¿Nosotros?

—Sí, Syd. Nosotros —buscó sus ojos. —Es hora de que me cobre esa cita.

—Eso... —un escalofrío recorrió su espalda. —Pensé que era una cita para cenar.

—Comeremos después —frunció el ceño. —El caso es que nunca he tenido un bloqueo de escritor tan malo.

«Cita. Nosotros», pensó ella.

—De momento no vas nada mal.

—No te pongas condescendiente conmigo ahora —dijo él con una mueca. Dio un paso hacia ella. —Intento crear una historia. Principio, desarrollo y final.

Sydney asintió, no quería hablar, por si acaso arruinaba la trama. Comprendió que estaba conteniendo la respiración, esperando que él acabara su historia y llegara a la parte en la que vivirían felices para siempre.

—Necesito que te encuentres conmigo a mitad de camino —dijo Nick, dando otro paso.

Con el corazón acelerado, Sydney ordenó a sus pies que avanzaran, hasta que estuvo ante él. Sus pestañas, aún húmedas tras la ducha, formaban puntas negras que

enmarcaban sus ojos. Los cardenales casi habían desaparecido y el corte del labio ya no era más que una fina línea. Sin nada que compitiera con los planos duros y angulosos de sus facciones, era devastador amenté guapo.

—Nunca he escrito una obra de teatro —dijo él, —pero podría intentarlo. Podría ser una colaboración —se inclinó hacia delante, hasta que su rostro estuvo a centímetros del de Sydney. —¿Qué desea la heroína?

—Yo... pensaba que el escritor eras tú —el pulso de Sydney retumbaba en sus oídos.

—Ah, pero soy nuevo en esto, Sydney. Creo que voy a necesitar ayuda de una profesional del teatro para acertar con el ritmo correcto —se movió un poco, sus labios estaban muy4 muy cerca. —Me parece que lo del ritmo es la parte más difícil.

—Sí. Puede serlo —el de ella, desde luego, dejaba mucho que desear.

Nick tocó el cuello de la bata de Sydney y ella se estremeció cuando sus nudillos rozaron la tela que cubría sus senos.

—¿Qué me dices de la motivación? —preguntó él. —¿Qué desea la heroína?

La expresión de su rostro hizo que sus pensamientos se convirtieran en un amasijo y cerró los ojos para no verlo. Pero entonces su olor a hombre caliente y jabón asaltó sus sentidos.

—No puedo pensar cuando estás tan cerca, yo...

—¿Qué deseas, Sydney? —agarró sus brazos y la acercó más.

—Te deseo a ti.

La boca de Nick acarició la suya. Juguetona, tentadora. Muy tentadora.

—Eso no ha sido tan difícil, ¿verdad? —preguntó él.

Sydney movió la cabeza y se estremeció cuando los dedos de Nick trazaron un camino por su cuello, junto al borde de la bata.

—Ahora viene la parte difícil.

—¿Cuál es? —Sydney se preguntó si él podía oír el martilleo de su corazón contra las costillas.

—El ritmo, cielo —mordisqueó el lóbulo de su oreja y una corriente de fuego líquido la recorrió de arriba abajo.

—Ah —suspiró. —Sí. Eso.

—Creo que es hora de que el héroe aparezca en escena.

Sydney ladeó la cabeza y casi gimió de placer cuando él besó el punto sensible que tenía detrás de la oreja.

—¿Tenías algún héroe concreto en mente?

—Probablemente un escritor —depositó besos como plumas a lo largo de su mandíbula. —Son muy creativos, como sabes.

—Mmmm, hum.

—Alguien alto. Y moreno. Podría ser de ascendencia italiana.

Un dedo largo y moreno se introdujo bajo la solapa de la bata para acariciar la curva de su pecho. Sydney trago aire al sentir el delicioso contacto.

—Podría ser.

—Creo que disfruta besando a la heroína en los jardines de los palacios. O en desordenados suelos de madera... no es picajoso.

Sydney sonrió y besó la base de su cuello. Sintió el latido de sus venas bajo los labios, fuertes y firmes.

—¿Qué crees que descubrirá el héroe antes de que caiga el telón? —le preguntó.

Él la abrazó.

—Tiene la esperanza de encontrar la respuesta a todas sus preguntas y satisfacer todos sus sueños.

—Suenan divino.

—El piensa que podría serlo —murmuró Nick. Después atrapó su boca, exigiendo, atormentando, retirándose. —El héroe espera la invitación de la heroína. Ella toma su mano, sabiendo adónde conduce cada paso, y le muestra el camino.

Sydney siguió sus instrucciones de escena, con el pulso desbocado por el deseo y los nervios tensos de excitación. Lo llevó hacia la cama pero titubeó ya muy cerca de su destino.

Él se giró para mirarla y sus dedos se deslizaron por los pliegues de la bata, trazando su forma.

—El héroe lleva semanas observándola, contemplando cómo se mueve su cuerpo bajo la ropa, captando la curva de un seno o el atisbo de un muslo largo y esbelto. De pronto se siente impaciente por poner las manos sobre la piel que ha imaginado acariciar.

El ronroneo de su voz la hechizó, acariciándola con cada sílaba. Sintió la corriente del aire acondicionado cuando él abrió la bata, pero eso no calmó el ardor de su piel.

Nick agarró sus manos y las guió hasta que estuvieron a centímetros de su pecho.

—Quiere que ella lo toque, que sienta su corazón latir y sepa que late por ella —soltó sus manos y bajó las de él. —Tócame, Sydney.

Sydney pasó las manos por su pecho lentamente, explorando su sólida estructura, y él gimió cuando los introdujo bajo el vello áspero y rizado y palpó sus músculos. Al sentir que se estremecía con el contacto, alzó el rostro para mirarlo y se movió para cerrar el estrecho espacio que los separaba.

Titubeó, esperando sus seductoras instrucciones. Él alargó el silencio, incrementando la excitación y la tensión embriagadora.

—Bésame, Sydney.

Sydney se acercó dando rienda suelta a la pasión que había hecho crecer en ella con sus palabras y Nick atrapó su boca con un asalto feroz y devorador. Caliente, salvaje, desesperado y glorioso, pero no suficiente. En absoluto suficiente. Ella clavó las uñas en su espalda y él bajó las manos por sus hombros, despojándolas de la bata y dejando que cayera y formase un charco azul a sus pies. Por fin el abrazo era piel contra piel, pero seguía sin ser suficiente.

—El héroe quiere saberlo todo de su heroína —dijo Nick, con la voz ronca de la tensión. —Ver, tocar, saborear cada centímetro de su piel. Necesita saber si ella también está ardiendo.

—Sí, Sí que lo está. Lo estoy —Sydney intentó liberarse de la atormentadora fantasía y se apretó contra él. —Nick, por favor... quiero...

—Dímelo, Sydney —tomó su rostro entre las manos. —Dímelo. Haré lo que quieras.

—Lo que has dicho —dejó escapar las palabras como un gruñido quedo. —Lo que has dicho que ibas a hacer.

La alzó en brazos y Sydney se estremeció al comprobar su fuerza.

—Mmm. Eso va a llevarme mucho tiempo. ¿Cuánto falta hasta que tengas que volver?

—No tengo que volver. Irme, quiero decir. No ahora. Ni después. En realidad no.

Nick sonrió y la bajó lentamente hacia la cama. Se arrodilló sobre el colchón y exploró su cuerpo con la vista.

—Eres bellísima.

Sydney alzó una mano hacia su rostro y acarició su labio. Él agarró su mano, se la llevó a los labios y depositó un beso en la palma abierta.

—La última vez que hice eso —murmuró contra sus dedos, —deseé apretarte contra mí y no dejar que te marcharas nunca —la miró con intensidad. —Sigo sintiendo lo mismo.

—Nick —sintió el ardor de las lágrimas en los ojos y se las tragó. —Oh, Nick.

—No necesito disimular más, Sydney. Sé exactamente lo que estoy haciendo —se desató la toalla de la cintura y la dejó caer al suelo. —Y por qué.

La envolvió en un abrazo de amante. Su boca era insistente, sus caricias como brasas. Sydney notaba en un mar de sensaciones, cada una más exquisita que la anterior. Se imaginó que podía sentir el pulso de Nick transmitiendo su ritmo al cuerpo de ella, los temblores de él como un eco de los suyos.

Nick dejó de moverse y Sydney vio que estaba colocado sobre ella, reclamando su atención.

—Sydney. Te deseo. Quiero me pertenezcas —dijo. Ella alzó los párpados y vio el reflejo de su exquisita tortura, de su sofocante deseo. —¿Lo entiendes?

—Sí —susurró. Entonces él la penetró para reclamar su cuerpo como ya había reclamado su corazón.

Como si regresara de muy lejos, Sydney flotó de vuelta a la realidad. Sentía el aliento de Nick en el cuello, en oleadas suaves y húmedas. Con cuidado, para no romper el hechizo, alzó una mano para tocar el pelo negro como la noche que se enroscaba debajo de su barbilla. Le maravilló su tacto sedoso y sonrió al percibir su leve humedad.

Nick la arrastró consigo, poniéndose de costado, con la espalda de ella contra su pecho. La besó en la nuca y Sydney se estremeció.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él.

—Tengo hambre.

—Es imposible tenerte satisfecha —Nick se apoyó sobre un codo. —¿Qué has pedido?

—Hamburguesas —bajó de la cama, se puso la enorme bata y abrió la puerta. La bandeja estaba en el suelo. —Supongo que no oímos cuando llamaron.

—Supongo que no —sonrió él. —¿Dónde quieres comer?

Nick se sentó y dio una palmada en el hueco que había junto a él.

Su guapo amante era la imagen de la tentación en carne y hueso. Sydney puso la bandeja sobre el colchón y al subir a la cama volcó uno de los vasos.

—Uy, lo siento.

Él tiró los cubitos de hielo al suelo de un manotazo y limpió lo demás con una esquina de la sábana.

—Un desastre andante —farfulló. —Llamaré al servicio de limpieza cuando nos vayamos.

—¿Vamos a irnos? —preguntó Sydney con la boca llena de hamburguesa.

—No lo sé —la miró. —¿Vamos a irnos? Sydney pasó un dedo por un pezón oscuro y masculino y Nick enarcó una ceja. Después le quitó la hamburguesa de la mano, la dejó en la bandeja y volvió a aplastar a Sydney contra el colchón.

CAPÍTULO 21

Harley estaba de pie ante la ventana, mirando la casa de Norma. Había puesto un vídeo para que le hiciera compañía en una de sus escasas tardes libres y había hecho café para mantenerse despierta hasta que acabara, pero las idas y venidas de la calle eran igual de interesantes. Más gente de lo habitual había subido y bajado por las estrechas escaleras que llevaban al acogedor ático de Sydney. De momento, Syd no estaba en casa. Se había ido en coche con un misterioso visitante masculino. Hacía horas y horas.

Tal vez el hombre fuera uno de los actores del teatro local en el que estaba preparando una obra, y hubiera ido para recogerla. Tal vez fuera un pariente que había ido de visita. Tal vez...

A Harley se le habían acabado los «tal vez». Además, quienquiera que fuese, no daba la impresión de encajar en ninguna de las posibilidades que se le habían ocurrido.

Y eso era muy extraño porque, según Norma, Sydney por fin había dado una respuesta a la proposición de Hank.

La que se merecía, en opinión de Harley. Una respuesta que lo dejaba en la misma especie de limbo en el que la había tenido a ella durante los últimos días.

Sin duda era rencoroso pensar eso. y él nunca admitiría haberlo hecho, pero era la verdad a pesar de todo. Ningún hombre que se tomara en serio casarse con una mujer haría lo que él había hecho, ni diría lo que había dicho, a otra mujer. Y menos un hombre como Hank.

Mientras estaba allí, con la taza de café en la mano y la cabeza llena de «tal vez», Hank aparcó su coche junto al de Sydney. Subió las escaleras, llamó en la ridícula puerta azul y esperó. Y esperó.

Después bajó las escaleras, se metió las manos en los bolsillos y fue hacia casa de Harley. Oh, no. Otra vez no.

Fuera lo que fuera que ocurría en casa de Sydney, no era correcto que Hank acabara en la de ella. O iba a buscar a Sydney o a buscar un poco más de comprensión.

Segundona y un hombro sobre el que llorar. Se estaba cansando de conformarse con dos opciones tan limitadas en lo concerniente a Hank. Apretó la taza contra su corazón dolido, soltó la cortina y fue hacia el pequeño vestíbulo para abrir la puerta.

—Buenas tardes, Hank.

—Harley —asintió con la cabeza y esperó. Después carraspeó y esperó un poco más.
—¿No vas a invitarme a entrar?

—No estoy segura de querer hacerlo —dejó la taza sobre la consola de entrada y cruzó los brazos sobre el pecho. —¿No le molestará a tu prometida? ¿O debería decir tu «no al cien por cien» prometida?

—Sabes lo del compromiso —cerró los ojos y suspiró.

—En este vecindario lo compartimos todo. ¿Sydney?

—Norma.

—Ha sido rápida.

—Esa viejecita tiene alas en los pies cuando hay algún cotilleo que compartir — Harley apoyó el hombro en la jamba de la puerta. —Lo que intento dilucidar es lo de los porcentajes. Si no está convencida al cien por cien de casarse contigo, ¿cuál es el porcentaje? ¿Cincuenta por ciento? ¿Setenta y cinco?

—¿Vamos a tener el resto de esta conversación en la puerta? —él guiñó los ojos.

—Repito, ¿no le molestará a tu prometida que te deje entrar?

No.

—Entiendo. No sabe lo que ocurrió entre nosotros.

—No hay un «nosotros», Harley.

Esa última frase fue una puñalada. Rápida, ligera y con una hoja tan afilada que la sangre ya se estaba secando sobre la herida. Seguramente no quedaría cicatriz.

No dejaría que ocurriera, no per mi ti lía que él dejara su marca en ella.

—En eso tienes razón, Hank. Buenas noches.

Empezó a cerrarle la puerta en las narices, pero él alzó la mano para impedirlo.

—Déjame entrar, Harley.

—Me parece que no. —Quiero hablar contigo.

—Pues yo no quiero hablar contigo —dijo ella, molestándose al oír el tono plañidero de su propia voz.

—No hace falta que tú digas nada.

—Eso es muy conveniente.

Él suspiró y se miró los zapatos.

—Siento que ya hayas oído la noticia. Quería decírtelo yo mismo.

—¿Por eso estás aquí?

—Sí —alzó la vista. —Especialmente por eso.

Parecía tan compungido que ella no tuvo corazón para dejarlo en la calle. Echó un vistazo a las ventanas oscuras de Sydney. Tal vez él hubiera tenido más problemas con lo ocurrido, hubiera sufrido más que ella con todo el lío.

—Oh, de acuerdo —dijo, haciéndose a un lado. —Entra.

Él obedeció y esperó a que cerrase la puerta. Harley señaló hacia el fondo de la casa. —Ya sabes dónde está la cocina. —¿Es ése el mejor sitio para hablar?

—Lo es si quieres beber algo mientras lo haces.

—No creo que eso sea inteligente —movió la cabeza de lado a lado. —Necesito tener la mente despejada para esto.

—Parece algo serio.

—Todo lo parece últimamente.

Parecía una torre en el diminuto vestíbulo, tan alto y con su conservador traje gris y tradicional corbata de rayas. El aroma de su colonia le cosquilleó la nariz y estiró las neuronas del recuerdo. Estaba segura de que siempre que oliera esa colonia, pensaría en él. Pero no sería exactamente igual, porque el hombre que la llevara no sería el mismo.

Su sensación de pérdida la aplastó, amplificada por la presencia de Hank en su casa. Tan cerca y sin embargo tan lejos de su alcance. Pero siempre había estado fuera de su alcance. Siempre había sido de Sydney, se lo mereciera ella o no.

El dio un paso hacia ella y Harley echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—¿Qué es eso tan serio?

—Mi vida. Mis planes —arrugó la frente. —Mi trabajo.

—¿Algo va mal en el trabajo?

—No exactamente. Es sólo que los socios y sus esposas están muy, muy contentos de mi compromiso con Sydney. Mi futuro compromiso, es decir —la escudriñó atentamente, como si buscara la respuesta a una pregunta no expresada en sus ojos. —De hecho, están todos mucho más contentos que yo.

El corazón de Harley dio un ridículo saltito.

—Creía que querías casarte con ella.

—Yo también lo creía.

—Llevas meses intentando convencerla —Harley movió la cabeza de lado a lado.

—Lo sé —asintió, solemne e intenso, sin dejar de mirarla.

—Y por fin lo conseguiste. Convencerla. Hasta cierto punto.

—Sí, lo hice.

—Entonces, ¿por qué no te complace que te dijera «quizá»?

—Porque he cambiado de opinión —los labios de Henry se curvaron con un atisbo de son lisa.

—¿Sobre casarte?

—No.

—¿Sobre Sydney?

—No exactamente —movió la cabeza.

—No entiendo.

—Yo tampoco —extendió los brazos y rodeó los de ella con los dedos. —Esa es la otra razón por la que estoy aquí.

Él corazón de Harley estaba dando botes a tal velocidad que temía que él sintiera la vibración.

—No quiero que me beses.

—Yo tampoco quiero besarte —bajó la cabeza lentamente, hasta que sus labios casi rozaron los de ella. —Pero parece que no puedo evitarlo, Harley.

Acarició sus labios con tanta suavidad y ternura que el corazón de Harley dio un último salto y luego se derritió en un montoncito cálido y quedó a la espera de que él lo moldease a su gusto.

—Yo tampoco puedo evitarlo, Hank.

—Me gusta que me llames así —sonrió, tomó su mano y la condujo hacia el fondo de la casa.

—¿Te gusta?

—Sí —contestó. Se detuvo ante la puerta de la cocina. —Hay un montón de cosas que me gustan de ti.

—¿Las hay?

—Me gustas, Harley —la maravillosa sonrisa de Hank se ensanchó. —Mucho.

Gustar. Estaba bastante lejos de amar, pero estaba demasiado enamorada para preocuparse por eso de momento. Aceptaría las migas que él tirara en su dirección y las atesoraría como pepitas de oro. Había tenido mucha práctica en eso.

Tiró de su mano y lo condujo a la puerta del dormitorio.

—Tú también me gustas, Hank.

—No sé por qué. Somos completamente distintos. Casi no tenemos nada en común.

A Harley le encantaron la confusión de su voz y de su rostro. Se rió y le echó los brazos al cuello.

—Ay, Hank, ¿nunca has oído decir que los opuestos se atraen?

—Eso sólo es un dicho.

Ella se acercó y apretó el cuerpo contra el suyo.

—¿Tienes la sensación de que esto es algo antiguo y gastado?

—No —los ojos de Henry se oscurecieron de deseo. —Tengo la sensación de que es un problema.

—¿Es porque técnicamente sigues casi comprometido? —le añajo la corbata.

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque creo que es posible que siga medio comprometido con la mujer equivocada —la alzó en brazos y la llevó a la cama. —Y no quiero ni pensar en cómo voy a salir de este lío.

CAPÍTULO 22

Esa especie de trinar no encajaba en la escena, pensó Sydney, tapándose la cabeza con la colcha. La colcha era extraña, sintética y resbaladiza. No era su edredón de tonos pastel. Abrió los ojos de par en par e intentó enfocar una pared que había al otro extremo de la habitación. La luz del sol iluminaba una lámina con marco de cromo que colgaba sobre un papel pintado verde y a rayas... no la chimenea antigua que había utilizado para enmarcar una estantería ni la pared amarillo y oro de su dormitorio. Esa no era su casa.

Era la habitación de hotel de Nick. Y, por lo que parecía, era por la mañana. Giró la cabeza sobre la almohada y miró la pantalla de la radio-despertador. Primera hora de la mañana.

Nick se arrodilló a su lado y le puso el móvil en la mano.

—Es tu madre —susurró. —Tu teléfono se parece al mío y contesté sin pensar —le llevó el teléfono al oído y le dio un beso dulce y silencioso en los labios.

—Mamá —gimió Sydney.

—Un hombre ha contestado tu teléfono —el suspiro de Meredith fue más largo de lo habitual. —No era Henry.

Sydney se frotó los ojos y se sentó en la cama de un bote. Eh...

Nick se dio la vuelta y se estiró. Los músculos de su espalda se movieron bajo la piel bronceada y sus pantalones vaqueros enfatizaron el largo de sus piernas mientras iba hacia el escritorio y miraba su ordenador portátil con el ceño fruncido. Una sombra de barba añadía un toque peligroso a sus rudos rasgos. Sydney se estremeció, desconcertada al encontrar a una criatura tan bella, sombría y ceñuda compartiendo su habitación.

—¿Sydney?

—Sí —se aclaró la garganta.

—¿Qué hace un hombre en tu casa a esta hora del día?

Nick se sentó en la silla y empezó a teclear rápidamente. Ella había dejado el móvil en el escritorio la tarde anterior, y él debía de haber estado trabajando cuando sonó. Echó otro vistazo al despertador. Eran las ocho y media.

—Vamos a salir a desayunar. Juntos.

—¿Y dónde estabas anoche? Te llamé varias veces antes de marcharme. Y cuando llegué a casa.

—Debo de haber apagado el móvil —se lo apartó de la oreja y lo sacudió. No cayó ninguna gota de agua. —Lo siento.

—Henry también te estuvo buscando. Me llamó para preguntar si sabía dónde estabas.

—¿Henry?

—Sí. Henry —su madre volvió a suspirar. —El hombre que quiere casarse contigo.

—Siento no haberlo llamado —Sydney hizo una mueca de dolor.

—Eso no importa ahora. Llamo porque me gustaría saber qué quieres que lleve a la fiesta.

—La fiesta —Sydney bajó las piernas al suelo. —Mamá, no hace falta que...

—Tonterías. No me importa y será divertido. Quiero hablar contigo otra vez hoy, Sydney, y esa fiesta parece una oportunidad excelente... al menos sabré dónde encontrarte.

Sydney se rindió y le dijo a su madre a qué hora se encontrarían en el instituto, colgó con un suspiro agotado y dejó el teléfono en la mesilla.

—Bueno, ha ido sorprendentemente bien. Nick sirvió una taza de café y se la ofreció. —Toma —dijo. —Parece que necesitas esto. —¿Sí? —parpadeó y lo miró.

—Sí. También pareces despeinada, sonrosada y lista para una sesión de sexo matutino.

—Ese es un comentario mucho más agradable. Nick se sentó a su lado y llevó la taza a su boca.

—Bebe —ordenó.

—Sí, madre —tomó un sorbo. —Ya sabes cómo son los padres a veces. Te sofocan por tu propio bien —miró a Nick. —¿Los tuyos son así?

—No. Una vez los atamos a un árbol y amenazamos con prenderles fuego; desde entonces han sido bastante fáciles de manejar.

Sydney se echó a reír, dejó la taza a un lado y lo abrazó para demostrarle su aprecio por cómo le había alegrado la mañana.

El móvil de Sydney volvió a sonar cuando ella estaba en la ducha. Nick miró la pantalla, era Gracie. Supuso que a Sydney no le importaría que la saludara, siempre y cuando no revelara dónde estaba.

—Residencia de Sydney Gordon —dijo.

—Y un cuerno —dijo una voz femenina.

—¿Gracie?

—¿Quién diablos eres?

—Soy Nick.

Gracie soltó una carcajada tan sonora que él tuvo que apartarse el teléfono de la oreja.

—¿Dónde estás, Nick?

—Con Sydney.

—Sí, eso explica que tengas su teléfono. ¿Pero dónde estás?

—¿Dónde estás tú? —no quería decirle a Gracie que Sydney estaba en su habitación del hotel. Aún no.

—Yo he preguntado primero. Maldición.

—Estoy delante de casa de Sydney —dijo Gracie, —así que sé que no estáis en su cueva.

Doble maldición. Nick se pasó la mano por la cara.

—Estamos en la mía.

—¿Y eso está...?

—Aquí. Cerca del lago.

Un largo silencio concluyó con una risita de Gracie.

—Vaya, vaya, vaya. Parece que nuestra Sydney tiene un buen lío entre manos. Ojalá hubiera estado ahí cuando te vio y comprendió que tendría que enfrentarse contigo aquí, en casa.

Hizo una pausa y Nick oyó el crujido del envoltorio de plata de un chicle.

—Entonces —siguió ella, —¿has derribado la puerta del castillo? ¿O aún sigues en la fase de asedio de la relación?

Sydney apareció en la puerta del cuarto de baño, con el pelo alborotado y rizado alrededor de un rostro sonrojado de calor, sueño y efectos secundarios de otra sesión de sexo. La enorme camisa de algodón estaba ladeada, exponiendo un tentador trozo de hombro y la hombrera del sujetador. Nick maldijo su preferencia por la ropa suelta y vaporosa. Era muy sexy.

Volvió a concentrarse en la última pregunta de Gracie.

—Un poco de las dos cosas, creo.

—Bueno, ¿está ahí?

—¿Sydney? —él la miró y ella extendió la mano hacia el teléfono, arrugando la frente.

—Sí, está aquí. Adiós, Gracie.

—¡Espera! Nick...

—¿Sí? —él alzó la mano, pidiendo un momento más.

—Tenemos una pequeña reunión esta tarde —le dijo Gracie. —Todos los chicos que participaron en el viaje a Europa estarán allí. ¿Por qué no vienes como mi acompañante?

—No sé —miró la expresión asesina de Sydney. —La vida está bastante complicada en este momento. Probablemente no sea buena idea.

—*Au contraire*, Nick —farfulló Gracie con un atroz acento francés. —Un poco de complicación es exactamente lo que recomienda el médico.

—¿Es otra de tus teorías, Gracie?

—No. Una intuición.

—Eso es aún peor.

—Dame tu número, te llamaré con los detalles. Nick hizo lo que pedía y después le entregó el teléfono a Sydney con un encogimiento de hombros.

Ella se dio la vuelta para discutir unos detalles de última hora con Gracie, andando de un lado para otro, y Nick intentó volver a concentrarse en su trabajo. Su nueva idea, un misterioso asesinato a bordo de un yate de vela, se desarrollaba tan rápidamente que apenas le daba tiempo a seguirla.

Sydney dejó el teléfono sobre el escritorio.

—¿De qué iba tanta conversación?

—Gracie quiere que nos veamos —se volvió y la sentó en su regazo. —Buenos días. Otra vez.

—Buenos días —contestó Sydney, ruborizándose. —¿Qué tal va?

El estiró una mano por detrás de ella, pulsó una tecla y la pantalla se apagó.

—No va.

—¿No va? —ella se enderezó.

—No puedo hacer nada mientras estás aquí en mi habitación —frotó los labios en su cuello, —como una invitación a una mañana en el paraíso.

—Lo siento, no pretendía interrumpir tu trabajo —se colocó el cuello caído de la camisa. Intentó alejarse pero él agarró su cintura antes de que pudiera escapar. —¿Quieres demostrarme cuánto lo sientes?

—¿Tienes alguna cosa en mente? —sonrió y se apoyó contra él.

—Sí —metió una mano por debajo de la camisa. —Investigación.

—¿Qué?

—Investigación —apartó el cuello de la camisa a un lado y mordisqueó la base de su cuello. —Creo que mi editor va a escandalizarse cuando descubra una escena de amor muy gráfica en el siguiente misterio de Jack Brogan.

—Podría ser una mejora.

—No pensarás hacerte la crítica conmigo otra vez, ¿verdad? —le desabrochó un botón.

—Eso depende —puso las manos en sus hombros.

—¿De qué?

—De lo bueno que seas en lo que haces.

—Pensándolo mejor —dijo Nicle, desabrochándole el sujetador, —creo que me apetece que me distraigas un buen rato más.

Nick dejó a Sydney en su casa una hora después y luego fue al otro lado del río a comer algo. Pensaba tomarse un descanso de la novela, quizá matar algo de tiempo visitando una construcción que había descubierto cerca del parque estatal, pero su móvil sonó cuando subía al coche. Era Gracie otra vez, y no estaba dispuesta a aceptar un «no» por respuesta. Él se dijo que no le importaría volver a ver a los estudiantes.

Un par de horas después aparcó ante la casa de Gracie y la ayudó a llevar las provisiones para la fiesta al coche.

—Será una gran sorpresa para los chicos —le dijo, entregándole dos contenedores de plástico llenos de refresco de frutas. —Disfrutaron mucho estando contigo durante el tour.

—Espero que a Syd no le moleste.

—Ya, bueno, puede que tenga un poco de mal genio, pero se calma enseguida —Gracie colocó una caja en el maletero.

—He visto su genio de cerca y en persona. No había visto a nadie que pudiera enfadarse tan rápido, y crecí en una familia italiana.

—Pues parece que encajará perfectamente.

—¿Qué pretendes? —Nick sonrió y cerró el maletero. —¿Estás haciendo de casamentera, Gracie Drew?

—¿Necesitas a una?

Él negó con la cabeza y fue hacia la puerta del conductor.

—Creo que puedo apañarme yo solo.

—Hum —Gracie subió al coche y se abrochó el cinturón de seguridad. —¿Sabes?, me he estado preguntando por qué contestaste tú el teléfono esta mañana, y no Sydney.

—Estaba más cerca del teléfono —Nick echó un vistazo al tráfico que parecía atascar los alrededores del lago perpetuamente.

—Yo diría que una habitación de hotel no es tan grande. Diría que podría haber contestado ella.

—Estaba ocupada.

—Estaba dormida. O en la ducha.

Él apretó las manos en el volante y mantuvo la boca cerrada.

—Estás tenso —señaló ella. —Eso significa que he acertado.

—No es justo, Gracie.

—Todo es justo en el amor y en la guerra —le clavó un dedo en el hombro, —no lo olvides. —¿Estoy luchando en una guerra?

—¿Estás enamorado? —lo retó Gracie. —¿O sólo estás jugando con el afecto de mi ex compañera de habitación?

—Si hay alguien que esté jugando aquí, no soy yo —le lanzó una mirada significativa. —Ya probé un poco de eso en Inglaterra, lo bastante para no volver a intentarlo. Calculo que desperdicié dos o tres días muy valiosos con esa táctica de «no prestarle atención».

—Contesta a la pregunta, Nick.

—De acuerdo —soltó un suspiro. —Sí. La quiero.

—Ah, entonces es la guerra —Gracie se volvió hacia él. —La forma de conseguir que Sydney se rinda es sencilla. Ataca sus flancos, rodéala, bloquea toda ruta de escape y luego siéntate y espera. Caerá en tu trampa antes de lo que crees.

—No quiero que se case conmigo sólo porque se ha quedado temporalmente sin otras opciones.

—¿Quieres casarte con ella? —Gracie esperó a que asintiera y una sonrisa feliz iluminó su rostro. —Entonces no lo estropees —dijo. —¿Es que no ves cómo funciona esto? Primero, accedió a pasar algo de tiempo contigo. Después de rechazar tus primeras invitaciones, ¿correcto?

—Más o menos.

—Pero las cosas en París fueron agradables.

—Extremadamente —sonrió con descaro.

—Así que apareciste en su puerta, esperando recibir más dulzura. Ella accedió. ¿Tras una pequeña resistencia inicial?

Nick arqueó una ceja, pero no ofreció ninguna información.

—Tengo la impresión de que has tenido mucho éxito estos últimos días.

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde te has despertado esta mañana?

—Eso es información clasificada.

—Eso es obvio —Gracie se dio unos golpecitos en el labio con un dedo. —Hum. Conociendo a Sydney como la conozco, yo diría que el primer comentario que haga alguien sobre por qué estás aquí le dará el primer empujón hacia el altar.

—¿Cómo es eso?

—No es una mujer voluble y no querrá que nadie piense que lo es.

—Pues va a resultar difícil.

—¿Por qué?

—Técnicamente, sigue estando comprometida. Más o menos.

—Bueno, pues es un buen lío —Gracie sacó una tira de chicle y le quitó el papel. —¿Quieres uno?

—No, gracias.

—¿Cómo se ha podido meter en ese lío para empezar? —se metió el chicle en la boca.

—Me gusta pensar que porque es leal, sensible y porque yo no había reaparecido en escena aún —dijo Nick. —Tal vez Henry ganó ventaja porque ella pensaba que no volvería a verme —cambió de marcha y masculló una palabrota a un coche que se cambió a su carril sin poner el intermitente. —Desde que nos conocimos ha habido un problema de ritmo. Siempre vamos un poco desacompañados. No a la par.

—Bueno, pues va a tener que romper con Henry. Definitivamente.

—Lo hará. Ya lo ha hecho mentalmente. Pero antes quiere hablar con él, hacerlo con suavidad.

Gracie señaló una calle lateral y él giró.

—Pero acabas de decir que no es voluble y si es verdad que no quiere parecerlo, eso no encaja.

—No hace falta que encaje. Se despertó en tu cama esta mañana, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

—No hacía falta —Gracie lo miró satisfecha. —Y lo que he dicho sigue valiendo. No es voluble. Si estaba contigo, entonces ahí es donde quiere estar.

—Me estoy aferrando a ese pensamiento, créeme —se pasó la mano por la boca. —¿Por qué no es capaz de enfrentarse a ese hecho ella misma?

—Seguramente se lo está tomando con calma, poco a poco, día a día, esperando que las cosas se arreglen por sí solas. Es un comportamiento aprendido. Si conocieras a su madre, lo entenderías.

—La conozco —resopló él. ¿Qué?

—Conozco a su madre. Meredith y yo fuimos presentados ayer por la mañana. Apareció un par de minutos después que yo.

Gracie apoyó la cabeza en la ventanilla y se echó a reír.

—Ay, pobre Syd. Menuda mañana.

—Sí. Y por lo que he oído. Henry había hablado con ella justo la noche anterior.

—Y la noche siguiente está en tu habitación de hotel —Gracie volvió a reírse. — Tiene tendencia a ser algo impulsiva, pero nunca la había visto moverse tan rápido. Debe de estar sin aliento últimamente.

Al oír a Gracie resumir la situación, Nick se sintió incómodo respecto a presionar tanto a Sydney. Una persona sólo podía aguantar una cierta cantidad de estrés.

—No quiero que lo pase mal.

—Caerá de pie —Gracie agitó una mano. —Siempre lo hace.

Le hizo otra indicación para que girara cuando llegaron al instituto.

—Disfruta de la escaramuza. Disfruta del botín tras la batalla. Es difícil compadecer a un tipo que lo tiene todo a su favor, incluyendo el afecto de una mujer guapa, inteligente y con talento.

—Ya —su rostro se relajó con una amplia sonrisa cuando recordó por qué estaba pasando por todo eso. —Sólo necesito reorganizarme. Al fin y al cabo —apuntó, haciendo una maniobra, —el asedio ha terminado. He conseguido derribar la puerta del castillo. Por decirlo de alguna manera.

—Es hora de empezar con la negociación del tratado —Gracie señaló un lugar donde aparcar y se frotó las manos con fruición.

Nick apagó el motor y se recostó en el asiento. Clavó en Gracie una mirada acerada.

—Escucha. Gracie. Sé que tienes nuestros mejores intereses en mente, y aprecio tus sabias palabras. Pero ya seguí tu consejo una vez y no funcionó exactamente como tú pretendías. Si Sydney necesita más tiempo para decidir lo que le conviene, entonces tendré que tener paciencia y otorgárselo. Así que voy a pedirte que te portes lo mejor posible esta tarde. Y que no te metas en medio, si entiendes lo que quiero decir.

—Sé exactamente lo que quieres decir, aunque tú no lo sabes —dijo ella.

—Gracie.

—No te preocupes —dijo ella con una sonrisa inocente. —No le diré una palabra a Sydney.

CAPÍTULO 23

Sydney puso los ojos en blanco cuando su madre recolocó las galletas de un plato que acababa de añadir el padre de un alumno a la mesa.

—Mamá, por favor. Creo que esas galletas estaban perfectamente colocadas.

—No me importa ayudar. En serio —Meredith hizo una mueca cuando uno de los estudiantes agarró una servilleta, y después volvió a completar el diseño en abanico. —Tú concéntrate en tus obligaciones como anfitriona y yo me ocuparé de que la ponchera esté siempre llena.

Sydney echó un vistazo a la sala de reuniones de la biblioteca, observando a estudiantes y padres comentar la colección de fotos y recuerdos. Tenía que admitir que la idea de su madre de celebrar una fiesta había sido excelente. Y nada le agradaría más que compartir recuerdos con sus alumnos y charlar con sus padres. Pero alguien tenía que vigilar a Meredith mientras vigilaba los refrescos. Esperó que Gracie pudiera sustituirla un rato cuando llegara.

Se preguntó dónde estaría.

—¡Nick!

—¡Eh, Nick está aquí!

Los estudiantes se lanzaron sobre él antes de que cruzara la puerta. Gracie se abrió paso entre la gente, haciendo equilibrios con una bolsa de la compra y una caja de galletas.

—Siento que llegemos tarde —dijo, cuando llegó a la mesa.

—¿Qué hace él aquí? —preguntó Sydney. —¿Qué quieres decir?

—No ha sido invitado.

—Oh, cielos —Meredith suspiró y miró a Nick que, en el centro de la sala, estrechaba la mano del señor Tanner, tras haber sido presentado. —Supongo que debería haber esperado algo como esto.

—Por supuesto que ha sido invitado —Gracie dejó las cosas sobre la mesa. —Lo invité yo.

—¿Por qué ibas a hacer eso? —preguntó Sydney. —Si hubiera querido que viniera, lo habría invitado yo misma.

—Estuvo en el tour, ¿no? —Gracie abrió la caja y colocó las galletas en un plato vacío. —Y mira lo contentos que están todos de verlo.

—Deberías estar circulando por ahí, querida —Meredith clavó en Sydney una mirada significativa y recolocó las galletas de Gracie formando una espiral. —Yo puedo ocuparme de las cosas aquí.

Gracie hizo un gesto de resignación, a espaldas de Meredith. Sydney miró al otro lado de la habitación justo a tiempo de ver que Nick le guiñaba un ojo por encima de la cabeza de Lori.

—Vale. Puede que lo haga.

Se acercó a una de las mesas expositoras, deteniéndose para admirar el libro de recortes de Macie y charlar con la madre de Eric, Susan Wittenauer.

—Eric no dejaba de contar historias sobre Nick cuando llegó a casa —dijo Susan. — «Nick dijo esto, Nick dijo aquello. Nick nos llevó aquí y allá». Estoy deseando conocerlo y agradecerle que ayudara a Eric a pasarlo tan bien.

—Desde luego añadió mucho a la experiencia —dijo Sydney con una sonrisa educada.

Susan se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—Indudablemente añadió mucho a la tuya, por lo que he oído.

La sonrisa de Sydney desapareció. Murmuró que tenía que ir a comprobar el vídeo de presentación y fue hacia otra mesa.

—Hola, señorita Gordon.

Sydney se dio la vuelta y se encontró con el sonriente padre de Macie.

—Hola, señor Childers.

—Por favor, llámeme Tom.

—Tom —Sydney extendió la mano. —Macie es una jovencita maravillosa. Me alegro mucho de haber pasado tiempo con ella este verano.

—Gracias. Sí, es una gran chica. Y está encantada de haber tenido la oportunidad de presentarme a Nick. Hemos oído hablar mucho de él. Es usted una dama afortunada.

—¿Lo soy?

—Macie dice que les fue muy bien en París. Las cosas deben de estar poniéndose serias si acortó su viaje para volver y pasar el resto de sus vacaciones con usted.

—¿Macie le ha dicho eso?

—No. me lo ha dicho Nick.

El ojo izquierdo de Sydney empezó a palpar. —Ah, ha sido él.

—Macie opina que es fantástico. Y yo también. Parece un tipo de lo más agradable.

—Gracias, señor... Tom.

—Gracias a usted por cuidar tan bien de mi hija.

Sydney se dio la vuelta, localizó a Nick y fue hacia él. La madre de Matt se interpuso en su camino.

—¿Sydney! Oh, Dios mío, no puedo creer que Nick Martelli esté aquí.

—Ni yo tampoco.

—Matt estaba deseando presentármelo. Sabe que soy una gran admiradora suya.

Nick era un tipo encantador, y la madre de Matt era un poco bala perdida, pero parecía estar llevando las cosas demasiado lejos.

—¿Una admiradora?

—De su programa. Los tengo todos grabados.

—¿Su programa?

—No me diga que nunca ha visto *Reconstruyendo la Historia*. Dios mío, es el mejor programa de construcción de toda la televisión por cable.

—No —el estómago de Sydney cayó al suelo, rebotó y se encajó en su garganta. — Nunca lo he visto.

—Suelen ponerlo los sábados por la mañana, temprano, pero merece la pena madrugar para verlo. Eligen edificios viejos interesantes, no sé dónde los encuentran, la semana pasada fue una capilla y tenía unas vidrieras fabulosas, y los convierten en increíbles casas únicas. Es fascinante lo que llegan a hacer con ellos.

—La creo —«construcción especializada. Reciclaje arquitectónico». Así que tenía algo de dinero ahorrado y le había pasado su «empresa» a un ayudante durante un tiempo... ¿no? Nick Martelli no tenía misterios, ¿verdad?

Cerró las manos y apretó los puños.

—Pero lo mejor del programa es verlo a él —la madre de Matt miró por encima del hombro y soltó un suspiro. —Ya me parecía atractivo con cinturón de herramientas y todo, pero en persona... oh, Dios mío...

—Disculpa —Gracie dio un golpecito en el brazo de Sydney. —Henry está aquí.

—¿Qué?

—Henry —señaló a espaldas de Sydney. —Está aquí.

—¿Qué será lo siguiente? —gruñó Sydney. ¿Sydney?

Ella volvió a gruñir y se volvió hacia su madre. —

—A tu prometido le gustaría hablar contigo.

—¿Tu prometido? —Matt alzó la vista de una mesa expositora. —¿Te has comprometido? ¿Con Nick?

—No —dijo Meredith. —Con Henry Barlow. ¿Por qué ibas a pensar que está comprometida con Nick?

—Porque siempre lo estaba besando y eso cuando estuvimos en Francia —dijo Matt. —¿Quién es Henry?

—El —contestó Gracie, señalando a donde estaba Henry, con aspecto tenso y rígidos estirándose la corbata. —Él es el señor Barlow. El y la señorita Gordon se comprometieron ayer. Bueno, medio comprometieron.

—De hecho, fue antes de ayer —corrigió Meredith. Lanzó una mirada gélida hacia Nick. —Sydney, ¿puedo hablar contigo?

—Ahora no, mamá —Sydney empezó a cruzar la sala para averiguar por qué Henry había decidido presentarse en la fiesta. Aunque, ¿por qué no? Todo el mundo aparecía por allí como si fuera el club nocturno más en boga de Nueva York.

—Sydney —dijo Henry cuando se acercó. —Tenemos que hablar.

—Es muy mal momento, Henry. —Ya lo veo, y lo siento. Es sólo que... —¿Señorita Gordon?

Ella apretó los dientes para mantener la sonrisa en su lugar y giró para encararse a Eric. —¿Ha roto con Nick o algo?

—Eric —dijo ella, —me gustaría presentarte a Henry Barlow. Mi prometido.

—¿Cómo estás? —dijo Henry, ofreciéndole la mano.

—Bien, encantado —dijo Eric, aceptándola. Tenía el rostro rojo como la grana. —Sólo venía a por un vaso de refresco. Nada más.

—Espera, yo te lo serviré —dijo Henry. Alzó el cucharón, echó un líquido rojizo en un vaso de plástico y se lo dio a Eric. —He oído hablar mucho de Nick desde que he llegado. ¿Cómo lo conociste, por cierto?

—Ahora no, Henry. No es buen momento —Sydney se dio la vuelta y echó un vistazo a la habitación, buscando desesperadamente una mesa grande o una palmera o un tanque de aceite tras el que esconderse. En vez de eso vio a Norma y a Harley Maxwell entrar en la habitación. «Ahora no», se repitió.

—¡Sydney! —llamó Norma agitando la mano. —He traído unas galletas.

—Oh, Dios mío —gimió Henry desde detrás de Sydney. —¿Qué hace ella aquí?

—¿Norma? —preguntó Sydney. —Ha traído galletas.

—Norma no. Harley.

La forma en que dijo su nombre hizo que Sydney se diera la vuelta y escrutara su rostro. Parecía un poco pálido.

—¿Henry?

—Ahora no, Sydney —dijo él. —No es buen momento.

Sydney volvió a darse la vuelta y encontró a Matt y a Macie mirándola fríamente.

—¿Queréis un vaso de refresco? —preguntó.

—Sí, claro —Macie acercó su vaso de plástico. —¿Qué pasa con ese tipo?

—¿Con cuál? —preguntó Sydney, sintiendo algo parecido a las náuseas.

—Él —dijo Matt, señalando a Henry.

—Es Henry Barlow —dijo Sydney. —Y estamos comprometidos.

—Ya te lo había dicho —le dijo Matt a Macie.

—Pero, señorita Gordon —Macie la miró con expresión dolida, —¿qué ha pasado con Nick y con usted?

—¿Sydney? —Meredith se acercó a la mesa. —Deberías estar circulando, eres una de las anfitrionas.

Sydney cerró los ojos. El palpito en el parpado estaba empeorando tanto que temía que se extendiera. En cualquier momento podría derrumbarse en el suelo con una variante que afectara a todo su cuerpo.

—¿Señorita Gordon?

Abrió los ojos y vio a la madre de Eric, Susan, de pie junto a Norma al otro lado de la mesa de comida.

—Eric me ha dado las buenas noticias. ¡Enhorabuena por su compromiso!

—¿Cuál de ellos? —preguntó Norma.

—Yo... —la sonrisa de Susan se desvaneció. Parecía confusa. —No entiendo lo que quiere decir. ¿Cuál compromiso?

—No —dijo Norma, mordiendo una galleta. —¿Cuál hombre?

Susan soltó una risita avergonzada y miró a Sydney y a Meredith.

—Disculpadme —dijo. —Creo que iré a echar otro vistazo a las mesas de recuerdos.

Ha i ley fue hasta la mesa, vestida con su uniforme del casino.

—Hola, Harley —la saludó Sydney. —Chica, cómo me alegro de ver una cara amistosa.

—Oh, Sydney —contestó Harley, rompiendo a llorar.

—¡Harley! —Henry apartó a Sydney y rodeó a Harley con los brazos. —¿Qué ha ocurrido?

—Sydney le ha dicho algo —contestó Norma. —¿Qué le has dicho? —Henry parecía furioso—.

¿Cómo has podido ser tan cruel?

—Sólo he dicho «hola» —Sydney miró con ira a su vecina. Harley era una pésima actriz, pero las lágrimas impresionaban bastante.

—Probablemente sólo se sienta culpable —comentó Norma, agarrando otra galleta. —Porque Henry pasó la noche en su casa ayer.

Sydney miró a Henry. No era cosa de su imaginación. Estaba decididamente pálido. Y un poco verduoso. Henry enterró el rostro en su chaqueta.

—¡Henry! —Meredith puso una mano en el brazo de Sydney. —¿Es verdad?

—Nos vamos a marchar —dijo Norma, mirando de reojo a Harley, —Gracias por esta reunión tan agradable.

—Gracias por venir —contestó Sydney. «Llévame contigo», pensó.

Se había hecho el silencio en la habitación, exceptuando los sollozos de Harley. Padres y alumnos recogieron sus cosas y se despidieron apresuradamente de Gracie, casi tropezando unos con otros en su prisa por huir de allí.

—Por fin hay sitio —Nick se acercó a la mesa. —Creí que nunca conseguiría una galleta.

—Prueba una de las de almendra —sugirió Norma. —Están buenísimas.

—No me parece mala idea —extendió la mano. —Soy Nick.

—Ya me lo imaginaba —comentó ella. Nick sonrió a Sydney.

—Ha ido bastante bien, ¿no te parece? —dijo Nick, sonriendo a Sydney. —Lo de la fiesta ha sido una idea genial. La gente lo ha pasado de maravilla.

Todos clavaron los ojos en él.

—Hola, señora Gordon —saludó a Meredith.

—Hola —contestó Meredith finalmente. Aunque durante un momento había parecido estar planteándose varias opciones que distaban de una respuesta cortés.

—Bueno, esto ha acabado antes de lo que esperaba —dijo Gracie, reuniéndose con ellos en la mesa. —Vamos a recoger esto y luego podremos irnos a casa.

—Te ayudaré —dijo Sydney.

La sonrisa de Nick se tornó malvada cuando se volvió hacia Henry.

—Creo que no nos conocemos —dijo, ofreciéndole la mano. —Nick Martelli.

—Henry Bar lo w.

—Encantado de conocerte, Henry.

—Eso me parece difícil de creer —farfulló Meredith entre dientes.

—A mí también —corroboró Norma eligiendo otra galleta. —Teniendo en cuenta que Sydney se marchó con él ayer por la tarde. Y que no regresó en toda la noche.

Harley levantó el rostro de las húmeda chaqueta de Henry.

—¿Qué has dicho?

Gracie se inclinó hacia Sydney.

—Siempre me ha gustado esa Norma —le susurró al oído. —Dice las cosas tal y como son.

—Cállate, Gracie —graznó Sydney.

—Vale. Creo que iré a vaciar la ponchera —dijo Gracie.

—Espera —dijo Nick. —Deja que te ayude con eso.

—A mí me parece que aquí ya has hecho más que suficiente —dijo Meredith, moviéndose para hacerse cargo de la ponchera. —Gracias.

—No es problema —dijo Nick. Curvó los dedos sobre la ponchera. —Además —añadió, guiñándole un ojo a Sydney. —Es lo más caballeroso.

—No —Sydney le lanzó una mirada de pánico. —Ahora no.

—¿Sydney? —preguntó Henry.

—Oh, Hank —sollozó Harley.

—Tienes razón —dijo él. —Ahora no —condujo a Harley a un rincón de la habitación.

—Ayudaré a Gracie en la cocina —se ofreció Norma. —Tal vez podría llevarme algunas de estas galletas para mi grupo de bridge.

—Todas las que quieras —dijo Sydney. Deseó que alguien le diera un golpe en la cabeza para perder la conciencia.

Contempló a Henry y a Harley haciéndose carantoñas en el rincón, oyó a su madre y a Nick discutir sobre las tareas de la cocina y a Gracie y a No una pasándose la bomba mientras rememoraban los momentos estelares de la fiesta.

Dios, Dios, dios... Maldición.

Se metió los dedos en la boca y silbó.

Las conversaciones acabaron de golpe. Gracie y Norma se acercaron a la puerta de la cocina. Todo el mundo la miró.

—Yo limpiaré esto —dijo Sydney. —Sola. No necesito ayuda. Quiero que os marchéis todos. Ahora mismo.

—Pero Syd... —dijo Gracie.

—¿Sydney! —exclamó Meredith.

—¡Fuera! —gritó Sydney, —¡Fuera, fuera, fuera! ¡Todos! ¡Ahora mismo!

—Hora de marcharse —dijo Nick, sacando las llaves del coche del bolsillo. —La he visto cuando se pone así. No es agradable.

—Te llamaré... —dijo Henry.

—¡Fuera!

—Sydney —dijo Meredith, —Realmente debo insistir...

—Tú también, mamá —Sydney señaló la puerta. —Sobre todo, tú.

—Vamos, Meredith —dijo Norma. —Tengo las galletas de almendra. Podemos trasladar la fiesta a mi casa.

CAPÍTULO 24

¡Por todos los diablos!

Henry aparcó a un lado de las carreteras a un par de kilómetros del instituto, apagó el motor, sacó la llave y se volvió hacia Harley.

—Cuando te pones a echar lágrimas, no paras.

—Syd no es la única actriz de la ciudad —Harley se pasó la mano por la cara y le sonrió. —Te saqué de allí, ¿no?

—A mí se me habría ocurrido algo un poco más... ¿Digno?

—Se me da bastante bien la diplomacia, te aviso.

Harley se desabrochó el cinturón de seguridad, se acercó a él, le echó los brazos al cuello y mordisqueó el lóbulo de su oreja.

—Hay un montón de cosas que se te dan bien, Hank.

—Sí.

—Pero hay una cosa que se me da fatal —dijo él, arrugando la frente.

¿Cuál es?

—Estar comprometido.

—Oh —aflojó los brazos y volvió a su asiento. —Sí, eso se te da de pena.

Él tamborileó con los dedos sobre el volante.

—Me hace dudar sobre intentarlo otra vez. Harley sintió que se acercaba otro estallido de lágrimas. Pero esa vez genuinas. Se hundió más en el asiento y miró por la ventana.

—Entiendo tu punto de vista.

—Se me ocurre una forma de solucionar el problema —dijo Henry, apretando las manos sobre el volante—Saltarme el compromiso. Ir directo a la parte del matrimonio.

—Eso podría funcionar.

—Abróchate el cinturón —dijo. Arrancó el coche, giró en redondo y se incorporó a la carretera. Nos vamos a Reno.

—¿En serio?

Él le lanzó una de sus miradas rápidas e intensas. De ésas que hacían que el corazón le diera botes. Adoraba que la mirase así.

—Nos fugamos —dijo. —Quieras tú o no.

—Sí eso es un ejemplo de tu destreza diplomática, tengo malas noticias para ti, Hank —se abrochó el cinturón.

—Te compraré un anillo más adelante. Después de declararme. Después de la luna de miel.

—¿Algunas de esas cosas no están en orden incorrecto?

—Cállate, Harley. Las siguientes palabras que quiero oír de tu boca son «sí, quiero».

El la se recostó en el asiento con una sonrisa satisfecha.

—¿Harley? No contestó.

Él quitó una mano del volante y la extendió hacia ella. Harley entrelazó los dedos con los suyos y apretó suavemente.

Él se llevó la mano a los labios, besó los nudillos y luego se la puso sobre el corazón.

—Una mujer como a mí me gustan.

Sydney estaba tirada en el sofá, descalza, viendo un vídeo clásico en blanco y negro y cenando galletas y helado. Sabía que debería haber ido al teatro a trabajar en el decorado, pero se estaba concediendo veinticuatro horas para dejar de sentirse culpable sobre todas y cada una de las minucias. Incluyendo su elección de comida.

Alguien llamó a la puerta y, aunque sintió la tentación de ignorar la llamada, se asomó por el respaldo del sofá y espió por el visillo. Su madre.

Decidió dejarla entrar, pero no compartiría las galletas con ella.

—Está abierto —gritó.

—Hola, Sydney —Meredith abrió la puerta y entró.

—Hola, mamá, ponte cómoda, como si estuvieras en tu casa —pensó que, de todas formas, siempre lo hacía.

—He venido a hablar contigo —Meredith miró la pantalla del televisor. —Si no te importa.

Sydney alzó el mando y pulsó algunos botones. La habitación se oscureció cuando el brillo de la televisión desapareció, y encendió la viaja lámpara de lectura que se curvaba sobre un brazo del sofá.

—He estado abajo. En casa de Norma —dijo Meredith. Se pasó las manos por los pantalones arrugados. —Hablando con Gracie.

—Gracie es muy divertida.

—Sí que lo es. Me gusta mucho, sobre todo porque, bueno... —Meredith se retorció las manos con inquietud. —Tiene muy buen concepto de ti. Me dijo que no duda en que conseguirás el trabajo de profesora que has solicitado.

—Yo opino lo mismo.

—Me alegra mucho oírlo.

—Sí. No tienes que preocuparte de que me vuelva a tu casa cuando me quede sin dinero.

—Eso nunca me preocupó. Bueno, me preocupaba lo del dinero, pero... —Meredith señaló el sofá. —¿Puedo sentarme contigo?

Sydney trasladó su cena al baúl y se movió a un lado. Su madre se sentó cuidadosamente en un abultado asiento del sofá y se apoyó en un montón de cojines de punto de cruz.

—¿Qué estabas viendo?

—*Tener o no tener.*

—Suenan muy apropiado.

Sydney rezongó y lanzó una mirada suspicaz a su madre. Normalmente hacían falta un par de copas para que Meredith se relajara lo bastante para hacer un chiste. Norma debía de haber celebrado una fiesta de continuación por todo lo alto.

—¿Has sabido algo de Henry? —preguntó Meredith.

—No.

—Entonces aún no has tenido oportunidad de hablar con él.

—No.

—Gracie también tiene muy buena opinión de Nick.

Le irritó, como siempre, que su madre valorara las opiniones y juicios de otras personas por encima de las de su propia hija.

—No lo conoce tan bien como yo.

—¿Y cómo de bien lo conoces tú?

—No tanto como creía, según parece.

—Bueno, para eso está el cortejo. Para descubrir lo que uno necesita saber de la otra persona.

—Nick no me está cortejando.

—Hizo un vuelo muy largo sólo para visitar a una amiga —Meredith tamborileó los dedos en el brazo del sofá. —Estoy dispuesta tener mente abierta con respecto a esta... situación. Y con respecto a él.

—Lo agradezco, mamá. En serio —Sydney se giró para mirarla. —Pero no necesito tu permiso, ni tu bendición ni tu actitud de mente abierta.

—No, tienes razón.

—Es mi vida, y la viviré a mi manera.

—Sí, lo sé —Meredith sonrió con tristeza. —Nunca pude impedirte que cometieras todos esos errores, ya lo sabes. Por más que intentara evitar que te hicieras daño.

Madres. Una madre era lo que le ocurría a una persona cuando estaba ocupada haciendo otros planes. Sydney suspiró y levantó una de las cajas que había sobre el baúl.

—¿Una galleta?

Sydney maldijo cuando el teléfono sonó ya de noche. Se acurrucó bajo la vieja colcha de punto que le gustaba poner sobre el sofá y esperó a que saltara el contestador. Se prometió que no escucharía s pero cuando oyó la voz de Henry, corrió a la mesa del comedor y levantó el auricular. Si había alguien con quien necesitaba hablar, ése era Henry. El bueno de Henry, tan serio y fiable. Bueno, tal vez no fuera tan fiable como había pensado, pero él también se merecía un poco después de lo que ella había disfrutado a sus espaldas.

—Estoy aquí —dijo.

—Oh —siguió una larga pausa. —Bueno.

—¿Qué estabas diciendo? No he entendido el principio de tu mensaje —otra larga pausa. —¿Henry?

—Sí —lo oyó tomar aire. —El caso es que he tenido una conversación con Nick. Una bastante larga.

—Henry, yo... —cerró los ojos con fuerza.

—No, déjame acabar. Es un buen hombre, Sydney —ella oyó un risita grave. —Tengo que inclinarme ante el tipo. Aparece de mitad de la nada, me roba a la novia y, a pesar de todo, me cae bien.

—Sí —Sydney suspiró. —Tiene ese efecto en la gente.

—Lo dices como si lo desaprobaras.

—Oh, no, no lo hago —se pasó los dedos por el pelo, apartándose los rizos de los ojos. —Hay que admirar un talento como éste.

—Tiene que haber algo más que aprecio por el encanto de ese tipo, Sydney. Te conozco. No rechazarías una propuesta de matrimonio sólo por eso.

—Tienes razón —se mordió el labio y sintió que su estómago se contraía con un pinchazo de culpabilidad. —Y sí que hay más que eso.

—Ya, algo he oído.

—¿Qué has oído?

—Que vosotros dos tenéis, y cito, «tema».

—Deja que adivine. ¿Matt, verdad?

—Un chico encantador.

—Tú y yo también teníamos «tema», Henry —hizo una mueca al darse cuenta de que había utilizado el pasado.

—Sí, lo teníamos. Pero ya no —hizo una pausa. —¿Sabes? Creo que nunca me miraste como lo miras a él.

«Porque nunca deseé partirme en pedazos con mis propias manos», pensó Sydney.

—Lo lamento.

—No lo hagas —dijo Henry. —No hay nada que lamentar. Uno no puede evitar sus sentimientos. Igual que no puedes elegir a la persona que los provoca.

—Pero eso no excusa lo que hice. Lo que te he hecho.

—No hiciste nada que yo no te haya hecho a ti —suspiró él.

—Supongo que tienes razón —sonrió. —Harley. Una chica encantadora.

—Escucha, Sydney. No puedo hablar mucho más. Tengo que irme.

—Pero Henry, yo...

—He llamado para decirte que me he casado esta noche.

Sydney se dejó caer en una de las sillas del comedor e hizo un gesto de dolor al pincharse con la grapa de un panfleto.

—¿Has hecho qué?

—Harley y yo nos fuimos y fuimos a Reno —se rió y Sydney se lo imaginó moviendo la cabeza con asombro. —Espero que nos desees lo mejor —dijo.

—Así es —ella también se rió. —Enhorabuena. Te deseo la mejor suerte del mundo, aunque ya no la necesitarás. Harley es la mujer más afortunada que conozco.

—No hace falta que lo digas. Ya llevaba ganados doscientos dólares en las tragaperras.

—Eso no es a lo que me refería, Henry —Sydney apretó los labios y controló una súbita oleada de sensibleras lágrimas de felicidad. —Te hará feliz. Mucho más feliz de lo que te habría hecho yo.

—Ahora ya lo sé —hizo una pausa y Sydney oyó la voz de Harley al fondo. —Estoy loco por ella, Sydney.

—Eso es maravilloso.

—No, quiero decir que estoy desquiciado por ella. En el sentido de demente. Me vuelve loco. Estoy loco. No puedo creer que haya hecho esto.

—¿Casarte?

—No. Quería casarme —suspiró. —Pero no esperaba casarme con alguien que lleva el nombre de la motocicleta favorita de su padre.

—Podría haber sido peor.

—Sí. Podría haberle puesto el nombre de su cerveza preferida.

Sydney nunca había sabido que Henry tenía un sentido del humor tan agudo. Sonaba casi... casi como Nick.

Y sonaba feliz. Mucho más feliz de lo que había sonado nunca estando con ella.

—Creo que es fantástica. Siempre lo he creído.

—Sí. Lo es. Y ella dice lo mismo de ti.

—Oh —Sydney luchó contra las lágrimas. —Me alegra oír eso.

—Oye, Sydney, tengo que irme.

—Vale. Felicita a Harley de mi parte, ¿quieres?

—De acuerdo. Buenas noches, Sydney.

Colgó antes de que ella tuviera tiempo de decir «adiós, Henry».

La mañana después del desastre de la fiesta, Nick estaba ante la ventana de su habitación del hotel, mirando un perfecto cielo azul, un fondo perfecto de montañas y un perfecto grupo de velas surcando las aguas transparentes. Miraba, pero no veía nada. No veía más allá del caos que borboteaba en su interior.

Tras haber conocido a Henry Barlow, entendía que a Sydney le hubiera costado tanto cortar con él.

Era más alto que Nick, y posiblemente más guapo en un día bueno, y el tipo de hombre estable, sólido y responsable que atraía a las mujeres que buscaban respetabilidad y seguridad.

También era un poco estilado. Igual que había sido Sydney cuando Nick la conoció. Si quería seguir con ese papel neurótico, Henry era la mejor apuesta como compañero de escenario. Evitaría que metiera la pata.

Nick conocía a los de su clase. Conocía el mundo de Henry demasiado bien. Nick podía hacer el papel de hombre estable, lo había hecho durante años. Podía ser sólido, lo había sido mientras se creaba la reputación de constructor en quien se podía confiar. Podía ser responsable, había cumplido algunas fechas de entrega imposibles en condiciones horribles.

El problema era que, habiéndolo hecho, tras haber logrado las metas que se ponían la mayoría de los hombres, había descubierto que había otras metas que significaban más para él. Quería ampliar su mente y su imaginación más de lo que quería ampliar su cuenta bancaria. Tal vez no tuviera otra oportunidad de hacerlo, aún le faltaban unos años para cumplir los cuarenta, pero no se estaba haciendo más joven. No quería enfrentarse a la crisis de la mediana edad sin haber perseguido su sueño de publicar una novela. O dos o tres. No quería ser constructor ni hombre de negocios durante el resto de su vida. Quería ser escritor. Tenía que averiguar si era capaz de conseguirlo.

Además, ¿para que quién estaba acumulando todo ese dinero? No tenía con quien compartirlo. Tenía sobrinas, sobrinos y amigos que agradecían que invirtiera en sus negocios, entre otras cosas. Pero los niños no eran suyos y, con mucha frecuencia, las inversiones lo llevaban a acumular más dinero para regalara sobrinas y sobrinos.

Ahora que había encontrado a Sydney había razones más que suficientes para dejar ese engranaje. Podían viajar, a ella le encantaba hacerlo, era obvio. Podían disfrutar de un estilo de vida estimulante: él escribiría, ella actuaría y conocerían a gente interesante y creativa. Podían ser felices con una casa sencilla y acogedora; después de haber visto la de ella, sabía que disfrutaba con cosas básicas.

El único problema era que, si la quería, tal vez tuviera que volver a subirse al engranaje para conseguirla. Sabía que la suya no era la mejor oferta de matrimonio disponible. La carrera de escritor era arriesgada y aunque tenía ahorros cuantiosos, se reducirían en pocos años. Sydney se merecía algo mejor que una apuesta, merecía seguridad. Merecía lo mejor que él pudiera darle, y quería darle cualquier cosa que deseara su corazón.

Meredith Gordon no esperaría menos.

Nick suspiró y se frotó la cara. La idea de tener que aparcar sus sueños por el momento le rompía el alma. Y lo que le hacía más difícil aceptarlo era saber que ya había pasado por eso antes. Había hecho ese tipo de sacrificios por su primera prometida. Y había acabado desperdiciando su tiempo y su talento, además de quedarse soltero.

Bueno, tenía que reconocer que lo de quedarse soltero había resultado ser una suerte.

Pero ahora se trataba de una mujer que ni siquiera había dicho «sí» aún. Si hacía lo que estaba pensando en hacer y Sydney lo rechazaba, sería diez veces más tonto de lo que había sido anteriormente.

Ya estaba siendo tonto. Estaba allí sentado, en la habitación de un hotel californiano, en vez de recorriendo Europa en un viaje que había planificado y deseado durante meses. Un viaje que supuestamente serviría para lanzarlo a su nueva vida, para proporcionarle inspiración para escribir su primera novela.

Ésa debía de ser la razón por la que estaba allí sentado, preparándose para hacer el tonto aún más.

Pero, si la conseguía, ¡menudo premio! Cerró los ojos y dejó que la imagen de los ojos avellana salpicados de colores, los suaves rizos rubios rojizos y los sonrientes labios llenara su mente y lo calmara. Sydney se merecía cualquier apuesta, cualquier precio.

Si iba a quemarse lentamente, era mejor azuzar el fuego y convertirse en hoguera.

Joe había querido saber si aún sabía cómo conquistar a una mujer, cómo cortejarla. Pues Nick Martelli iba a demostrar que era capaz de arriesgarlo todo, su trabajo, sus sueños, su vida, por llevar a buen puerto su cruzada romántica. Alzó el teléfono y marcó el número que llevaba en la cartera desde hacía un par de días.

Veinticuatro horas después de la fiesta post-tour, Sydney estaba ante el espejo de su dormitorio mascullando palabrotas entre dientes. Otra cremallera atascada.

Suponía que sería capaz de retorcerse hasta escapar del ajustado vestido veraniego. Pero quería lucirlo. Lo había comprado especialmente para Nick. Le habrían gustado el corpiño ajustado sin mangas, las finas tiritas que lo sujetaban y la falda corta. Era una forma de compensarlo por los pensamientos asesinos que había tenido con respecto a él. Después de haber seguido el consejo de su madre y tomarse veinticuatro horas para pensarlo bien, estaba dispuesta a conformarse con darle una buena patada en la espinilla; después podrían volver a hacer lo que habían estado haciendo antes de que la situación se les fuera de las manos.

Alguien llamó a la puerta delantera.

Cruzó la sala, miró por el visillo de encaje y se quedó paralizada de asombro por lo que vio: un Nick Martelli que era la viva imagen del refinamiento. Un traje negro de tres piezas, de corte exquisito, que acentuaba su buen tipo y sus rasgos oscuros con un efecto sutil y seductor. Una conservadora corbata de seda estampada que coordinaba con los tonos plateados del pañuelo doblado que asomaba del bolsillo de la pechera. Zapatos italianos que brillaban bajo la raya perfecta de los pantalones y un reloj de pulsera en la muñeca que contrastaba con los blancos puños de su camisa. Sólo la pequeña bolsa con asa metálica que colgaba de una de sus manos estropeaba la impresión de elegancia absoluta.

Abrió la puerta para echarle un vistazo mejor. Se había cortado el pelo. Su colonia tenía un aroma masculino, de bosque, y los cardenales habían desaparecido por completo de su bien afeitado rostro. Era una portada de revista en carne y hueso. — ¿Puedo entrar? —preguntó con educación.

—Perdona —su voz la sacó del trance.

—Sí, claro.

—Parece que vuelves a necesitar ayuda para abrocharte el vestido —dejó la bolsa en la mesa y le dio la vuelta con gentileza. Manióbró con la delicada tela del vestido de espalda baja para enderezar la cremallera. Sydney se estremeció al sentir el roce de uno de sus nudillos en la piel. Sintió su cálido aliento en la nuca mientras subía la cremallera lentamente, volviéndola loca con su seductora caricia.

—Estaba a punto de ir a buscarte —dijo Sydney, cuando terminó de atormentarla. Fue hacia la mesa y levantó un plato de papel envuelto con película plástica transparente. —Te he hecho galletas. De chocolate.

—Tienen buena pinta.

—No seguí las instrucciones. Añadí un poco de manteca de cacahuete al final. En ese momento me pareció buena idea.

—Interesante —una esquina de su boca se torció con ironía.

—Bueno, ya lo veremos —dejó el plato junto a la bolsa. —¿Qué hay ahí?

—Un regalo, por los viejos tiempos. —Gracias —Sydney contuvo, a duras penas, la tentación de mirar dentro.

—Tengo algo que hablar contigo —Nick señaló el sofá. —Siéntate. Sydney.

—Parece algo serio —dijo ella, hundiéndose en el sofá.

—Podría decirse eso —empezó a hablar y luego apretó los labios y frunció el ceño. Se volvió para mirar por la ventana, echándose la chaqueta hacia atrás y metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. —He aceptado un trabajo. De construcción. Voy a comprar un proyecto de rehabilitación cerca del lago. Algo más básico de lo que suelo hacer, pero estoy seguro de que obtendré buenos beneficios con él.

—Pensé que querías escribir —Sydney se enderezó en el sofá y controló una oleada de pánico.

—Seguiré escribiendo. En mi tiempo libre. Eso no voy a dejarlo —se volvió para mirarla. —Una vez le pedí a una mujer que se casara conmigo y me dio una lista de condiciones que debía cumplir. Tú no has hecho eso, y te lo agradezco. Pero las condiciones siguen existiendo. Necesitas seguridad. Quieres un hombre con un sueldo fijo y un futuro estable. Quieres a alguien con un trabajo serio en una profesión respetable. Te mereces esas cosas.

—Nunca he dicho que las quisiera.

—No era necesario. Pero imagino que eso es lo que Henry Barlow te ofrecía y supongo que eso influyó mucho en que consideraras casarte con él,

Sydney sacudió la cabeza, luchando contra una sensación de opresión en los pulmones.

—Puede que sí, al principio. Cuando se declaró por primera vez, quiero decir. Pero no me casé con él. No lo amaba, al menos no como debería amarlo, y no pude seguir adelante. —Gracias a Dios.

—En cualquier caso —dijo, cruzándose de brazos y recostándose en los cojines, —el sólido, fiable y respetable Henry anoche se fugó a Reno con mi vecina, la camarera de coctelería y crupier de blackjack.

—¿Eso hizo?

—Sí.

—¿Con Harley?

Ella asintió.

—Bien hecho, Hank —Nick sonrió de oreja a oreja.

Sydney también sonrió, pero sólo un momento.

—¿Por qué estás aquí, Nick?

—Ya estamos con la pregunta de siempre —se pasó una mano temblorosa por el pelo. —Mira, sé que el matrimonio es un gran paso. Y puede que tú hayas tenido más práctica con lo de las declaraciones, pero yo te gano en lo de estar comprometido. También he tenido más tiempo para pensar en lo que viene después. Diablos, he tenido años para pensar en ello. Puede que no esté siendo justo contigo al no darte todo el tiempo que necesitas.

La miró y esbozó una débil sonrisa.

—Por lo visto necesitas mucho.

Sydney sintió una punzada de remordimiento, recordando la noche de Montmartre, cuando él le contó la historia de su compromiso. Recordó la poca simpatía que habían sentido por la mujer que había prometido amarlo y después lo había tenido años esperando el compromiso. Sydney había tratado mal a Henry; no quería hacerle lo mismo a Nick.

—¿Por qué tiene que ser todo tan difícil? —preguntó. —Yo pensaba que el amor hacía a dos personas felices.

—Puede hacerlo, si se lo permiten.

Nick se levantó y se puso de pie frente a ella.

—He estado pensando que no tiene tanto misterio. Puede que los dos hayamos estado levantando barreras a la felicidad porque teníamos más miedo de perderla que de encontrarla. Si te dedicas a buscar parejas que no son felices, que no funcionan bien, no dejarás de encontrarlas, porque están ahí. Atrapadas en su miseria y aferrándose a su infelicidad por costumbre, porque mucha gente elige ese camino en la vida.

Hizo una pausa y tomó aire.

—La felicidad da mucho miedo. Sydney, porque se escapa. El amor es el juego más fuerte. Y eso de ponerse en pie ante Dios y docenas de personas que se preocupan por ti y prometer que te unirás a alguien y no sólo seguirás a su lado sino que serás feliz y lo amarás para siempre... en fin, tiene que ser la locura más grande que se le ha ocurrido a nadie.

Se sentó en el sofá, junto a ella, y agarró su mano.

—Hace poco alguien me retó a demostrar que podía ser romántico y acabé descubriendo que soy un tonto romántico que cree que decir esos votos de matrimonio es lo más apetecible del mundo. Informa al mundo de que hay dos personas que no sólo están dispuestas a apostar por su amor y buscar la felicidad. Le dice que van a esforzarse por agarrar la felicidad con ambas manos, con toda la fuerza de ese amor, y no soltarla nunca.

Levantó la mano y acarició su mejilla.

—Querrá mirar en tus ojos y ver la casita blanca, los niños, el perro y las galletas de chocolate. Durante un tiempo, me preocupó no encontrarlas. Pero ahora puedo ver tu dulce rostro y contar los colores de esos camal cónicos ojos que tienes. Y en vez de buscar las cosas que creía que me harían feliz, encuentro la felicidad en lo que veo. Quiero aferrarme a esa felicidad con todas mis fuerzas.

»Te necesito, Sydney. Es así. Tú eres la llave de esa felicidad. Porque te quiero.

—¿Me quieres?

—¿Aún no estás segura? —se recostó y la miró ceñudo. —Dios, mujer, acabo de derramar mi corazón a tus pies. Casi se me saltan las lágrimas. ¿Es esto por lo que le hacías pasar a Henry?

—No —Sydney notó que se le encendían las mejillas.

—Es verdad —se puso de pie y volvió a la ventana, se mesó el cabello, despeinándose. —Te limitabas a decirle «no».

—Pensé que te alegrabas de que le dijera «no».

—Y me alegro —suspiró y cerró los ojos. —¿Por dónde iba?

—¿Estabas pidiéndome que me casara contigo?

—Eso es —agarró la bolsa de la mesa y se la dio. —No tengo anillo, así que he traído esto a cambio.

—El regalo de compromiso —Sydney jugueteó con el papel de seda y las cintas de raso.

—Espero que pueda ser un regalo de compromiso. Eso depende de ti.

—¿Esa era tu propuesta?

—¿Quieres abrir la bolsa de una maldita vez? —la miró irritado.

—Eso no es muy romántico —protestó ella.

—Perdona —Nick inspiró profundamente. —Esta parte la tengo un poco olvidada.

Bajo las capas de papel y cinta había un sencillo marco de pino. Sydney lo sacó y vio una dedicatoria escrita en una tarjeta pegada al papel marrón de la parte de atrás.

Siempre nos quedará París. Nick.

—Nick, Nick, Nick —dio la vuelta al marco y vio, con los ojos ya nublados, unas vividas contraventanas azules y las sombras de una calle de Montmartre.

Una lágrima se deslizó por su mejilla cuando alzó el rostro para mirarlo. Aunque veía borroso, captó el pánico que reflejaba su expresión.

—Sé que no soy el hombre perfecto, Sydney, pero estoy trabajando en ello. Cásate conmigo. Por favor.

—Oh, Nick —susurró ella, limpiándose la nariz con el dorso de la mano. —Eres el hombre perfecto para mí. Estoy segura, muy segura.

El alzó su barbilla con un nudillo para secar a besos las lágrimas de sus mejillas.

—Si eso es un «sí», te casarás conmigo, ¿no?

—Sí.

—Sólo quería asegurarme.

—Te quiero, Nick —alzó los brazos y rodeó su cuello.

—Yo también te quiero —Nick apoyó la frente en la de ella... —Parece que por fin hemos conseguido acompasar el ritmo.

FIN